

TALLER
DE
ENCUADERNACIONES
DE
JOSÉ SOLÉR
Union
TARRAGONA.

Handwritten signature or initials

49586

120,000

9 COLON
LAM
cri

R-16-B

Páimies
complet

CRISTÓBAL COLON.

URBANO MANINI, EDITOR

Registro N° 34407

BIBLIOTECA
SEDE IBEROAMERICANA
UNIA

CRISTÓBAL COLON

DESCUBRIMIENTO DE LAS AMÉRICAS.

POR

M. Alfonso de Camartine.

ARREGLADO LIBREMENTE AL ESPAÑOL.

Tomos I.

un
Universidad
Internacional
de Andalucía
A

ADMINISTRACION

CALLE DE SAN BERNARDO, NÚMERO 11.

MADRID:—1867.

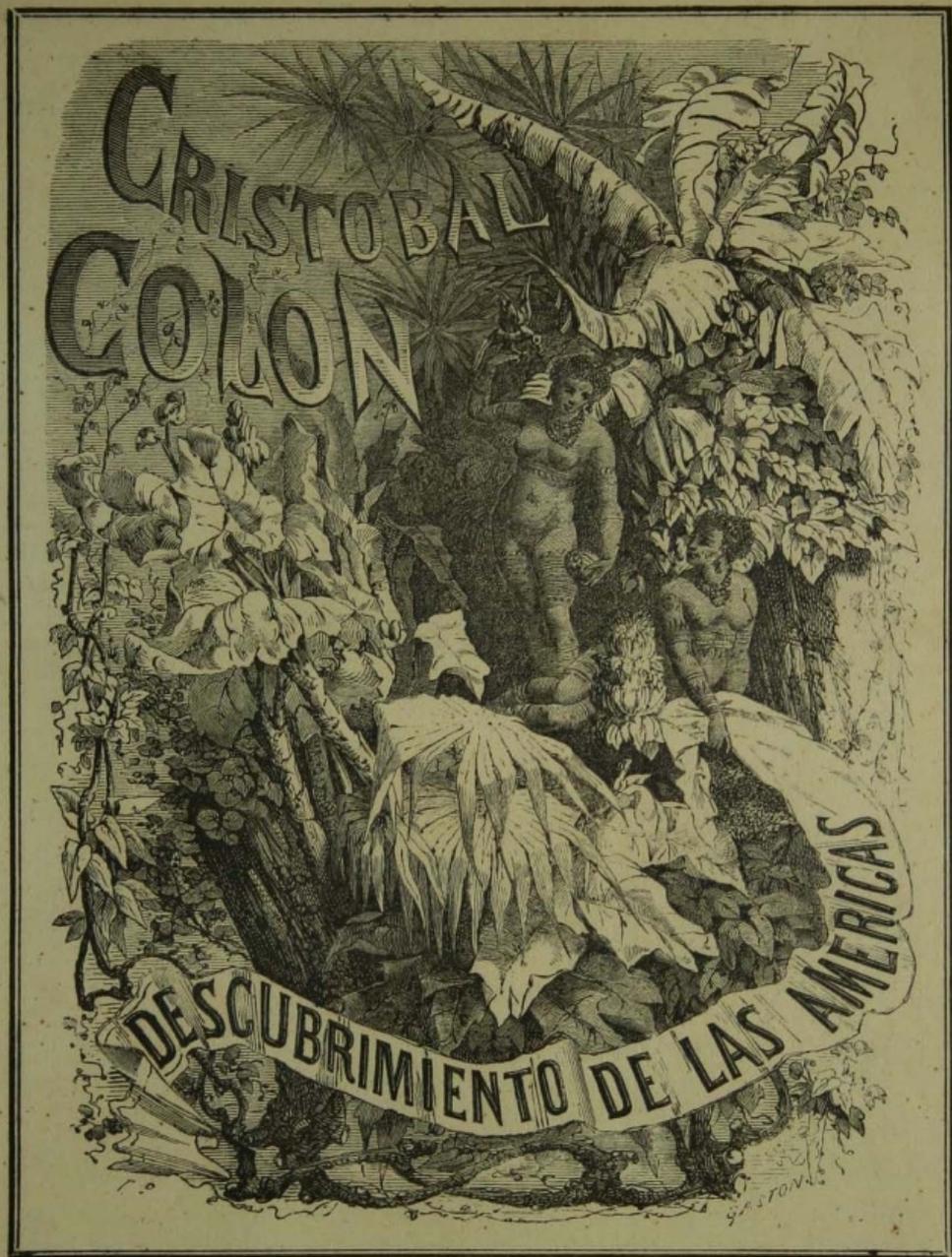
UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
FACULTAD DE CIENCIAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

CRISTÓBAL COLÓN

PARTE PRIMERA.

DESCUBRIMIENTO DE LAS AMÉRICAS
LOS HECHOS DE LA PROVIDENCIA

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.



PORTADA

PARTE PRIMERA.

LOS DECRETOS DE LA PROVIDENCIA.

Capítulo I.

El convento de Santa María de la Rábida.

En la primavera del año 1471, á la una de la tarde y con un sol abrasador, que calcinaba las tortuosas carreteras de Andalucía, dos extranjeros trepaban la cumbre de una colina, distante como media legua del puerto de Palos.

El sudor que bañaba sus frentes, el polvo que cubría sus trajes, en los que se veían vestigios de una pasada y mejor posición, y el deterioro de su calzado, indicaban claramente que aquellas dos personas llegaban de muy lejos y sufrían las fatigas de una larga y penosa marcha.

Apenas se encontraron en el punto culminante de la colina, sus miradas se fijaron en un edificio de modesta apariencia que se levantaba cerca de allí.

Después de una ligera y silenciosa pausa, nuestros viajeros continuaron su camino y se detuvieron ante el pequeño monasterio de Santa María de la Rábida, á la sombra de cuyo pórtico exterior se sentaron sin proferir una palabra.

Su aspecto y el cansancio que en sus rostros se pintaba, no dejaban duda alguna de que buscaban hospitalidad.

En aquella época los conventos de franciscanos eran el asilo de los viajeros pedestres, cuya precaria situación no les permitía la entrada en las posadas.

En este caso, sin duda, se encontraban los dos extranjeros, cuyo exterior anunciaba una reciente miseria.

El uno de ellos era un hombre que apenas había llegado á la mitad de la vida: su estatura era elevada, sus formas robustas, su continente majestuoso, noble su frente y franca la expresión de su fisonomía. En su mirada se adivinaba al hombre pensador, y sus labios se entreabrían dulcemente.

Sus cabellos, que en su primera juventud fueron de un color castaño oscuro, comenzaban á presentar junto á las sienes esos prematuros mechones blancos, seguro indicio, prueba inequívoca de las desgracias, de los callados sufrimientos, del trabajo incesante del espíritu.

Su rostro, bronceado por el sol y la atmósfera



CRISTOBAL COLON.—.....levantó la cabeza y fijó una tranquila mirada en los religiosos.

del mar, tenia esa palidez mate que produce el estudio.

Su voz era varonil, sonora y penetrante, é indicaba un hombre acostumbrado á expresar pensamientos profundos. Sus movimientos no revelaban la menor ligereza de carácter: todo en él era grave y hasta simétrico, pudiéramos decir, en las cosas más minuciosas; se respetaba modestamente á sí mismo, y parecia obrar siempre con la reserva del hombre piadoso en el templo, ó como si continuamente se hallara en presencia de Dios.

El otro era un niño de ocho á diez años. Sus facciones eran más femeniles; pero ya marchitas por las privaciones y fatigas de la vida: tenian tal semejanza con las del primer personaje que acabamos de describir, que era imposible no reconocer en él al hijo, ó al ménos al hermano.

II.

Estos dos interesantes viajeros eran Cristóbal Colón y su hijo Diego.

Fijaron en ellos la atencion algunos monjes, los contemplaron primero con curiosidad y luego con vivo interés, y conmovidos al fin por el noble aspecto del padre y la dulzura infantil del hijo, que contrastaban tan raramente con la pobreza, ó más bien miseria de su ropaje, salieron para ofrecerles la sombra, el pan y el reposo que la caridad cristiana daba á los peregrinos.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse, Cristóbal

Colon levantó la cabeza y fijó una tranquila mirada en los religiosos.

Su hijo, con la natural impaciencia de sus pocos años, púsose en pié, y sus ojos, con expresion afanosa, volviéronse tambien hácia la entrada del santo asilo, donde esperaba encontrar el alimento y el descanso, de que tanto necesitaba.

—Muy fatigados estais, hermanos,—dijo uno de los monjes con dulcísimo acento;—por lo ménos, vuestro aspecto así lo dice.

—No os equivocáis, padre mio,—contestó Colon, levantándose tambien;—hace más de seis horas que caminamos sin encontrar un árbol cuya sombra nos proteja de los abrasadores rayos del sol, sin haber visto un arroyo en cuyas aguas apaguemos la sed que nos devora.

—¿Venís de muy lejos?

—Sí, y casi estoy por asegurar que ya he perdido la cuenta de los dias que dura nuestro viaje, á pesar de que la fatiga y las privaciones me los han hecho tan largos y penosos, que he contado una por una las horas, y aun pudiera decir que los instantes.

—¿Por qué no habeis llamado?

—Descansaba y meditaba,—repuso Colon, en cuyos labios se dibujó una leve sonrisa, que pudiéramos calificar de amarga;—meditaba, y mis pensamientos me habian hecho olvidarme de todo.

El religioso fijó en el extranjero una mirada escudriñadora, y despues de algunos momentos dijo:

—Entrad, hermano: vuestra preocupacion puede

haceros olvidar de la existencia, y aun mirarla con desprecio, si es que á extremo tan lamentable os han llevado vuestras desdichas; pero ese niño...

—¡Mi hijo!—murmuró Colon, fijando en la tierna criatura una mirada penosa y de ternura sin igual.

—Hé ahí,—repuso el monje,—lo que no debeis ni podeis olvidar: vuestro hijo, más débil que vos, necesita alimento y descanso.

—Hace diez horas que no hemos comido.

—Venid, venid.

—Gracias, padre mio,—respondió el futuro conquistador de un Nuevo Mundo.

Y con su hijo siguió al religioso.

Una vez llegados á las habitaciones destinadas á los peregrinos, ofreciéronles agua y algunas viandas, y en tanto que los viajeros refrescaban y recuperaban las fuerzas, los religiosos que les habian ofrecido asilo fueron á dar parte al prior de la llegada de los dos extranjeros, cuya noble apariencia contrastaba tan singularmente con la miseria de sus vestidos.

III.

El superior del convento de la Rábida era Juan Perez de Marchena, antiguo confesor de Isabel la Católica, que entonces ocupaba el trono de España con Fernando V.

Hombre de santidad y de ciencia, modesto como todo verdadero sábio, habia preferido el retiro del cláustro á los honores, el bullicio y las intrigas de la córte; pero no por esto habia perdido nada en el pro-

fundo respeto con que lo miraban todos, ni habia menguado el crédito ni la influencia que ejercia sobre el espíritu de la Católica Isabel.

No era la casualidad, sino la Providencia la que habia dirigido los pasos de Colón; la Providencia, cuyos designios debian cumplirse.

No, no era el azar, sino la Omnipotente mano la que guiaba al gigante de todos los siglos; la Omnipotente mano, que le abria camino hasta el trono ocupado por la mujer cuya virtud no ha tenido ejemplo, cuya grandeza de alma no ha tenido igual, cuyo nombre es una de las primeras glorias de nuestra patria, y aun puede ser el orgullo de la humanidad.

¡Misterios de la divina sabiduría!

Bajo aquella apariencia humilde, agobiado por la miseria, desfallecido por el hambre, se presentaba el que iba á ofrecer un mundo, donde las arenas eran de oro, los riscos de coral y de perlas el lecho de las olas.

IV.

Como no podia ménos de suceder, el relato de los monjes llamó la atencion del superior, que despues de hacer algunas preguntas, sin saber por qué, sintióse interesado por el misterioso desconocido.

¿Qué significaba esto?

Se cumplian los designios del Omnipotente, y nada más.

¿Por qué hemos de buscar otra explicacion?

En el descubrimiento del Nuevo Continente, lo mismo que en todos los grandes sucesos que han pro-

ducido una verdadera revolucion en la marcha de la humanidad, el talento del hombre no ha sido más que el instrumento de que se ha servido la mano de Dios.

Apresuróse, pues, el prior á bajar al aposento donde se encontraban Colon y su hijo.

Sus primeras palabras, dulces y cariñosas, fueron para el niño, que se las pagó besándole respetuosamente la diestra y pidiéndole la bendicion.

—Sí,—dijo entonces el venerable religioso,—Dios encienda más y más la llama de tu fé para que atravesies victorioso el áspero camino de la vida y te se abran las puertas de la eterna mansion de los bienaventurados... Dios te haga virtuoso... Yo, en su santo nombre, te bendigo.

Y despues de haber hecho la señal de la cruz sobre la cabeza del niño, fijó su mirada en el padre, viendo que los expresivos ojos de este se habian empañado por dos lágrimas de inmensa ternura.

A la experiencia y privilegiada inteligencia del prior, bastaba el primer golpe de vista para comprender que el viajero no era un hombre vulgar.

—Dichoso padre y dichoso hijo,—añadió con la misma dulzura.—Sí, dichosos, á pesar de vuestras amarguras, porque sois limpios de corazon, pobres y desvalidos y... ¡Bienaventurados los que sufren y lloran!...

—Padre mio,—respondió Colon,—vuestras palabras son un bálsamo consolador para nuestra alma dolorida, son tanto más gratas y dulces, cuanto amar-

ga ha sido la hiel de la copa que he tenido que apurar.

—¿Os quejais de la fortuna, hermano?

—Libreme Dios de proferir semejante queja: los dolores que el Omnipotente envia á la criatura, no son más que pruebas de nuestra virtud... ¡Bendito sea Dios, porque ha puesto á prueba mi fé!

—Bendito seais, mil veces bendito,—murmuró el religioso con acento que revelaba la más tierna emocion.

Y elevando al cielo una mirada, añadió:

—¡Gracias, Dios mio, gracias!... ¡Aún hay en este valle de lágrimas y desdichas almas puras!

Por algunos minutos reinó un absoluto silencio.

Todos parecían estar profundamente conmovidos.

Los monjes, que presenciaban aquella escena, habían inclinado la frente, y hubiérase dicho que ni aun á respirar se atrevían.

—Sentáos, hermano,—dijo al fin el superior,—sentáos, y si no es un secreto que os importe guardar la historia de vuestras desgracias, referídmela, no para satisfacer mi curiosidad, que no la tengo, sino para proporcionarme la satisfaccion de consolaros y fortificar vuestra fé, si es que la fé que enciende vuestra alma necesita mi ayuda para mantenerse tan viva como está.

—¡La historia de mi vida, la historia de mis amarguras!... No debiera contárosla, porque es demasiado noble y sensible vuestro corazon para que esa tristísima historia no os atormente.

—¿No habeis triunfado hasta ahora de la incredulidad y las malas pasiones?

—Creo que sí...

—Entonces, esos dolores, esas amarguras, como no significan más que triunfos gloriosos de vuestra fé...

—¡Ah!... ¡Cuán grande y cuán bueno sois!... Todo lo sabreis, padre mio, y seguro estoy de que me protegeréis en la empresa que con la ayuda de Dios, que por Dios inspirado, intento acometer. Sí, vos sereis mi sosten y mi guia, á vos deberá el mundo el más grande de los acontecimientos, y por vos, padre mio, la Iglesia nuestra Madre podrá llevar los inmensos beneficios de su santa doctrina adonde tal vez millares de almas se pierden en las tinieblas de una ignorancia tristísima.

El prior fijó una mirada de estrañeza en el viajero. ¿Era este algun desgraciado que habia perdido la razon?

Sus misteriosas palabras parecian hacerlo sospechar así.

Empero bien pronto se tranquilizó el anciano, porque no podia estar loco aquel cuya mirada era tan tranquila, aquel cuyo acento era tan reposado y tan solemne.

No, el viajero no estaba loco: en su noble y espaciosa frente, y en el brillo de sus negros ojos, se revelaba una gran inteligencia, y si sus palabras parecian misteriosas ó eran incomprensibles para el vulgo, era porque expresaban pensamientos demasiado elevados, demasiado sublimes, que no podian estar al alcance de todos.

—Creeríase, —dijo el prior despues de algunos segundos, — que correis tras una de esas glorias que inmortalizan el nombre de quien las alcanza.

—Creo que tengo una mision que cumplir, y nada más. No es la gloria lo que ambiciono, no siento afan porque mi humilde nombre se inmortalice, por más que esto me halague, y tanto es asi, que á esa gloria renunciaria, me resignaria á morir olvidado de todos, por todos ignorado, y me consideraria el más dichoso de los mortales con la satisfaccion sin igual de haber dado cima á mi empresa y haber hecho al mundo un beneficio.

—¿Y entonces vuestra recompensa?...

Colon sonrió dulcemente, levantó la diestra, señaló al cielo y dijo:

—La recompensa allí... ¿No es bastante?

—¡Alma sublime! —murmuró el prior. — ¡Cuánta fé, cuánta fé!... Vuestra será la eterna dicha de los justos...

—Padre mio...

—Explicáos, explicáos, —replicó vivamente el religioso.

Y sonriendo á su vez, añadió:

—No estrañeis mi impaciencia. Me habeis prometido una parte de la gloria que os aguarda, de la satisfaccion que habeis de experimentar, y no olvido la promesa.

Aquellos dos hombres debian entenderse, ó más bien se habian comprendido ya.

Colon estampó un tiernísimo beso en la frente del

niño, diciéndole con acento de conmoción profunda.

—Escucha, hijo mio, escucha tú tambien y graba en tu memoria lo que vas á oir.

La inocente criatura apoyó los piés en el travesaño de la banqueta donde estaba sentado, cruzó las manos, descansándolas sobre las rodillas, y fijó en su padre una mirada de afanosa, de ávida curiosidad.

Cristóbal Colon inclinó la cabeza sobre el pecho, meditó por espacio de algunos segundos, como para reunir sus recuerdos y coordinar sus ideas, y luego dió de este modo principio á su relato:

Capítulo II (1).

Quién era Cristóbal Colon.

I.

No sé hasta qué punto seré imparcial conmigo mismo al hacer el triste relato de mi historia: los hombres no solemos ser más que lo que nos permiten nuestras pasiones, y tal vez yo, ciego por las mias, dejándome llevar de mis humanas debilidades, haga apreciaciones inexactas en cuanto se refiere á mi conducta. Procuraré huir de este peligro, concretándome cuanto me sea posible á los hechos.

En cuanto á lo demás, vos, padre mio, juzgareis, porque para ello os sobra inteligencia y corazon.

II.

Nací en Génova, allí, en aquella tierra bendita, de la verdadera igualdad cristiana.

(1) En el original, la historia de Colon se encuentra extractada, y á fin de darle mayor interés, hemos creído conveniente ampliarla con todos sus curiosos detalles.

(N. del T.)

Perdonadme: á pesar de mi propósito, empezaba quizás á extraviarme; pero si supiéseis cómo allí se respetan á los hombres por su talento y sus virtudes, comprenderíais mi entusiasmo.

Mi buen padre, á quien Dios habrá dado un lugar en la mansion de los justos, era un pobre industrial, un simple trabajador, un humilde cardador de lanas, que no tenia más riquezas que el producto de su trabajo, que no tenia más goces que el tierno amor de su familia y la tranquilidad de su pura conciencia.

Laborioso hasta donde puede concebirse, trabajó noche y dia sin descanso para reunir algunos ahorros con que poner á sus hijos á cubierto de la miseria, cuando el Omnipotente lo llamase ante su justicia.

Tres hermanos me habia dado el cielo, nacidos despues que yo...

¿Volveré á verlos?...

¡Dios mio!

III.

Mi buen padre pensó enseñarme su oficio, á la vez que procuraba dirigirme por la senda de la virtud dándome el ejemplo de la suya; pero nuestros primeros instintos puede decirse que nacen de los espectáculos que la naturaleza ofrece á nuestros sentidos en los lugares donde recibimos la existencia, sobre todo cuando esos espectáculos son majestuosos é infinitos como las montañas, el cielo y el mar, y sin duda por esta razon me sentí impulsado hácia distinta senda.

Nuestra imaginacion es el espejo de las primeras

escenas que nos impresionan, y como mis miradas de niño contemplaban con admiración el firmamento y los mares, lo que en los mares y el firmamento veía era lo que me cautivaba.

¡Cuántas horas pasé, ya en las risueñas mañanas de la primavera, mientras el sol se levantaba en un horizonte purísimo, ya en las tranquilas noches del estío, mientras la luna derramaba sobre el oleaje torrentes de argentados reflejos! ¡Cuántas horas, digo, pasé arrobado en muda contemplación, no solamente admirando en la naturaleza, sino bendiciendo y adorando al Creador!

Mi imaginación de niño iba en aquellos momentos...

¡No sé adónde iba!

Lejos, muy lejos, y mi ardiente afán era ir más allá todavía; mucho más allá, no solamente para descubrir lo que no alcanzaban mis ojos, sino para adorar más y más la omnipotente mano, porque á pesar de la flaqueza de mi razón de niño, sin duda movido por la fé que habian sabido inspirarme mis padres en la obra divina, lo que yo siempre buscaba era á Dios...

¡Y á Dios lo encontré siempre en el fondo de su misma obra!

IV.

—Si,—dijo el religioso sin poder contenerse;— Dios en todas partes, Dios en todo, porque todo es obra de Dios... ¡Ah!... ¡Y no se ha entibiado vuestra ardiente fé!...

—No, padre mio, y antes que se entibie, deseo que la misericordia divina acabe con mi existencia. Grandes han sido mis desgracias, rudas, espantosas las luchas que he tenido que sostener; pero aun en esas mismas desgracias he visto y reconocido siempre la justicia de Dios, en ellas mismas he encontrado una prueba de su amor infinito.

—¡Bendito seais!... Proseguid, proseguid.

V.

—Mi buen padre, que me estudiaba con el cariñoso cuidado que un padre estudia á sus hijos, comprendió mis inclinaciones, y haciendo uso de los ahorros que á costa de tantos afanes habia reunido, los empleó en satisfacerme, ayudando mis inclinaciones, y me envió á Pavia con el fin de que allí me dedicase al estudio de las ciencias, y adquiriese además conocimientos de alguna importancia en la navegacion.

Mi inteligencia podria ser muy limitada; pero en cambio contaba con mi ardiente deseo de aprender y con mi voluntad firme de corresponder á los sacrificios de mi padre.

Así pueden explicarse los rápidos adelantos que hice, llegando en poco tiempo á saber lo que saben muchos.

Empero no quise detenerme donde se detienen todos, y á los catorce años volví al seno de mi familia con la firme resolucion de seguir estudiando con el mismo afan y con la misma constancia que hasta entonces lo habia hecho.

VI.

Pocos dias despues de haber vuelto á mi casa manifesté á mi padre el deseo de navegar, para completar así con la práctica los conocimientos que habia adquirido en las escuelas de Pavia.

Púsoseme el inconveniente de mis pocos años; pero insistí de tal modo, tanto supliqué y tales razones dí, que al fin mi padre accedió á mi deseo, y en breve me embarqué para comenzar mi peligrosa carrera.

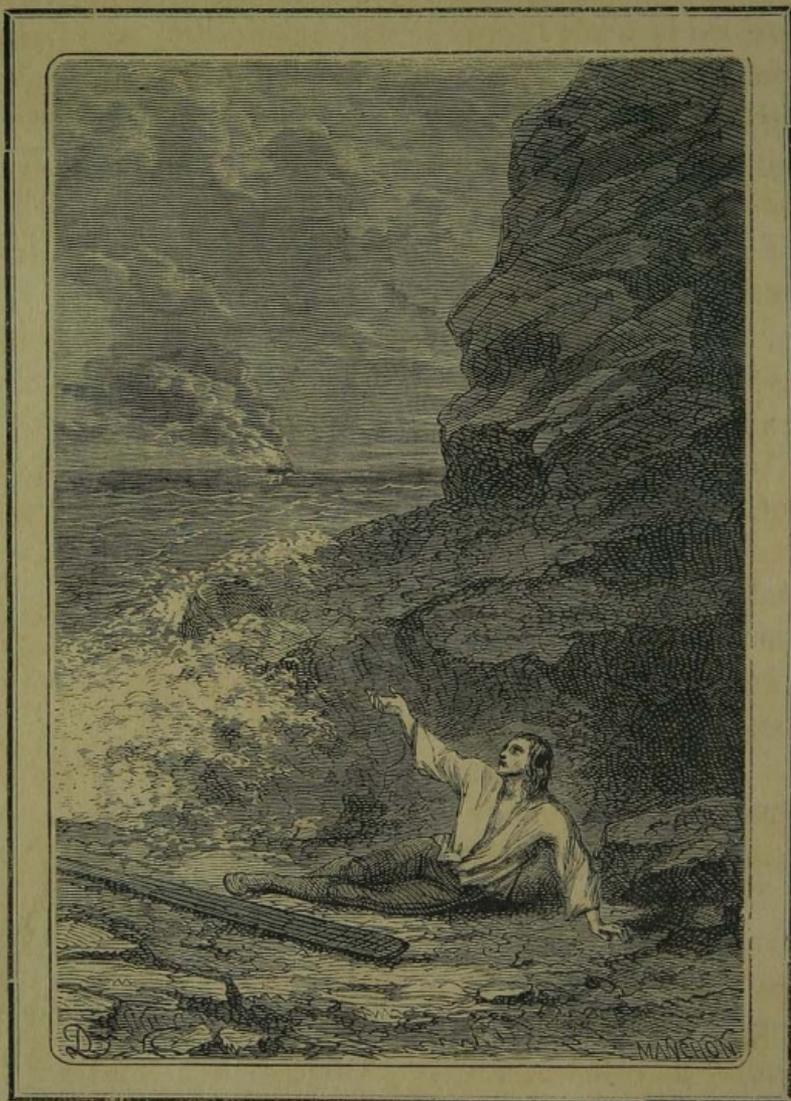
VII.

¿Para qué he de entrar en detalles sobre mis expediciones marítimas?

Los años que invertí en ellas, serví lo mismo en los barcos mercantes que en las armadas, con que mi patria combatió en el Mediterráneo á los españoles y á los moros, guerra que unas veces era de interés nacional y otras de religion.

Fuí soldado y marinero, de todo me ocupé; pero no por eso dejé mis estudios durante aquella vida agitada, sino que, al contrario, aumenté el caudal de mis conocimientos.

Todo esto lo consideré poco; parecíame que tenia debéres más importantes que cumplir; mi pensamiento era más grande, y en mi ambicion, loco tal vez, aunque ambicion desinteresada, soñé con algo más que con la conquista de algun puerto ó la presa de algunos bajeles para mi patria... ¡Quise hacer una conquista para la humanidad!



CRISTÓBAL COLON.—... conseguí poner mi planta
sobre la arena.

Los sucesos vinieron á favorecerme, ó por lo ménos así lo creí; lo que debia considerarse una desgracia, lo tuve por una fortuna, y aun ahora sigo pensando lo mismo.

El último combate que sostuvo la armada donde yo servia, tuvo lugar en las costas portuguesas.

La suerte favoreció á nuestros contrarios, que alcanzaron la victoria.

La galera en que yo iba se incendió, y el naufragio fué inmediato, dando apenas tiempo á unos pocos para salvar la vida.

Yo pedí auxilio al Omnipotente, y fiado en su ayuda, cogí un remo y me lancé á las aguas.

Me encontraba á una distancia respetable de la orilla; pero mis fuerzas, en vez de menguar parecian crecer con el peligro, y despues de una larga y tenaz lucha con el elemento que amenazaba tragarme, conseguí poner mi planta sobre la arena.

No puedo explicar lo que en aquellos momentos sentí: no era la alegría de habersalvado la existencia, que por grata que me fuese, siempre habia sido para mí una série no interrumpida de trabajos y durísimas pruebas.

Yo, ciego tal vez por mi vanidad, creía que me estaba reservada una gran mision, que el fruto de mis trabajos y mi constancia debia ser un beneficio inmenso para la humanidad, y mi alegría en aquellos momentos fué la idea de que salvándome yo, se salvaria la empresa con que siempre habia soñado.

Esto que digo no es la manifestacion de un amor

propio, que estaba muy lejos de tener, es simplemente la expresion de lo que siento, y vuelvo á repetir que ninguna ambicion me guia, ni siquiera la ambicion de la gloria, sino el deseo de ser útil á la humanidad y de que se cumplan los designios del Omnipotente.

VIII.

El afan de hacer descubrimientos marítimos habia llegado á ser en el pueblo portugués una verdadera pasion, y por consiguiente, ningun lugar más conveniente á mis inclinaciones y mis proyectos podia buscar.

Allí me establecí, y para atender á mi subsistencia, en tanto que encontraba quien favoreciera mis proyectos, me dediqué á dibujar mapas.

Las horas que me dejaba libre mi trabajo, las empleaba en buscar relaciones con los que se dedicaban á la navegacion y al estudio de geografía, esperando conseguir así la ocasion en que pudiera lanzarme á mi placer en medio del Océano para realizar mis planes.

Así trascurrió el tiempo sin que yo abandonase un instante mi idea, y alentado por mis esperanzas, no desistí de mis proyectos, á pesar de que desde el primer dia empecé á encontrar inconvenientes que parecian invencibles.

IX.

Un nuevo incidente vino á cambiar la faz de mi vida.

Permitaseme hablar de él, aunque no se relacione

muy directamente con la idea que me preocupa; pero interesa demasiado á mi corazón, y no puedo guardar silencio al hacer el relato de mi vida.

Me refiero á la mujer virtuosa y sublime que me amó con una ternura sin igual, que compartió conmigo mis trabajos, y que sin duda fué puesta por Dios en mi camino para consolarme en mis días de amargura...

¡Ah!...

¡Felipa, esposa mia, tuyo será siempre mi recuerdo, y para tí tambien mi último suspiro!...

Ruega al Omnipotente, á cuya santa mansion te habrá llevado tu virtud, ruégale que proteja á tu esposo.

Capítulo III.

Amor y dicha.

I.

Colon, profundamente conmovido, tuvo que interrumpirse.

Dos lágrimas rodaron por sus tostadas mejillas.

Los ojos de su hijo se humedecieron también, y como impulsados ambos por un mismo sentimiento, abrazáronse y quedaron inmóviles por algunos segundos.

—¡Hijo mio, hijo de mi alma!—exclamó al fin Colon.—Lloras al oír hablar de tu santa madre, y mientras que con lágrimas das desahogo á tu pesar, con tiernas caricias das consuelo á mi dolor... ¡Hijo mio, hijo de mi alma, bendito seas!

El prior, también dolorosa y profundamente conmovido, contempló á aquel grupo sin pronunciar una palabra.

¿Qué habia de decir?

Todo hubiera sido pálido y frio en aquellos instantes, en que todo era sentimiento, ternura y amor. Aun no habia manifestado el viajero cuáles eran sus planes, cuál el objeto de su constante afan, y por conocerlo tenia gran prisa el religioso; pero ¿cómo atreverse á interrumpir los desahogos del corazon de aquel hombre, cuyos sufrimientos estaban pintados tan claramente en su noble semblante?

Por esto dominó su impaciencia el anciano y esperó.

II.

Colon se desprendió al fin de los brazos de su hijo, y esforzándose para recobrar la calma; dijo:

—Si fuéseis otro que no tuviese un alma tan grande y tan generosa, mi respetable padre, os pediria perdon porque ocupo vuestra atencion con lo que á muy pocos interesa, haciéndoos perder un tiempo que tal vez necesitais ocupar en graves asuntos; pero á vos no os lo pido, porque estoy seguro de que no os enojo...

—Sí,—se apresuró á responder el prior,—proseguid como habeis empezado, que en vez de enojarme, os agradezco la prueba de confianza que me dais, dejándome ver vuestro corazon, y si ocasiones me dais en que prestaros consuelo y aliviar vuestras desgracias, será más grande mi satisfaccion.

—Gracias, padre mio...

—Proseguid, que ya os escucho.

III.

—Así como en todo he visto siempre á Dios, y en todo he admirado su prodigiosa obra, así en Dios solamente he buscado siempre el consuelo á mis amarguras y diariamente visitaba los sagrados templos, donde pasaba algunas horas orando fervorosamente.

Desde los primeros dias de mi estancia en Lisboa, acostumbraba á asistir á los divinos officios á un convento de religiosas, donde, por circunstancias que no son del caso en este momento, llegué á ver á una jóven que se educaba allí.

Ni ella habia pensado profesar, ni su familia se lo habia indicado tampoco.

Su padre, noble italiano al servicio de Portugal, habia tenido que emprender un largo viaje marítimo, y habia depositado allí á su hija para que cuidasen de ella hasta su regreso.

Las virtudes de la jóven eran más apreciables aún que su belleza, y su belleza era un verdadero prodigio, que no podia admirarse con indiferencia.

Su nombre era Felipa de Pallestrello.

Separada de su padre, sin parientes ni amigos, en tierra extraña como yo, y como yo tambien pobre, nos amamos con inmensa ternura, y tal vez tanto mas, cuanto era más parecida nuestra situacion.

No habia experimentado las desgracias que yo; pero en su aislamiento habia sufrido, porque su corazon sensible necesitaba afecciones y no tenia más que la de su padre, de quien estaba separada casi siempre.

A su madre apenas la conocia, por razones que despues os diré.

Ningun inconveniente se oponia á nuestro amor, y como ambos necesitábamos consuelo, decidimos hacer comun nuestra suerte y sufrir ó ser dichosos juntos.

Nuestro deseo se vió bien pronto realizado, y ni en aquellos primeros dias de mi felicidad, ni despues tuve que arrepentirme de mi determinacion.

Escasísimos eran nuestros recursos; pero ¿qué importaba?

Desconocíamos la ambicion y nuestras almas estaban satisfechas con nuestra misma ternura.

¿Necesitábamos algo más para considerarnos completamente dichosos?

No pasaba dia, no pasaba hora sin que yo diera al Omnipotente infinitas gracias, y sin que mirando á la sociedad, no le preguntase:

—¿Por qué dices que no es posible la felicidad completa en esta tierra de desdichas?... Contémplame, mundo, y reconoce tu error.

¡Ah! Sin la fé, ¿qué seria la vida?

Mi alma estaba llena de fé; yo creia, esperaba; aquel sentimiento amoroso que habia despertado Felipa en mi corazon, no me dejaba tiempo ni espacio para pensar que nuestra felicidad no debia ser nuestra solamente.

Cuando logré alcanzar la confianzade aquel ángel; cuando se convenció de que mi amor era verdadero, de que aspiraba á ser su esposo, á consagrarle toda mi vida, cuando despues de vacilar me comprendió y

me amó, ¡oh! entonces mi inteligencia, entregada á la ciencia, cedió el dominio de mi sér á la imaginacion, al sentimiento, y fui feliz, sí, padre, muy feliz.

Pero despues turbó nuestra felicidad una nube.

V.

Felipa guardaba en su corazon un secreto doloroso.

Este secreto pertenecia á sus padres, á los que debia el sér, á los que amaba con toda su alma, y la melancolía que se veia en su rostro, aumentando su celestial belleza, demostraba bien claro que aquel secreto le pesaba, que necesitaba confiarlo al hombre que habia alcanzado su cariño; pero que temia, porque para confiárselo necesitaba acusar á sus padres.

Estaban separados.

Se habian unido con verdadero amor; de su union habia nacido Felipa, y la hermosa niña habia aumentado su ventura.

Guido de Pallestrello, que así se llamaba el autor de sus dias, era militar.

Honrado, pundonoroso y valiente, tenia un defecto; era muy susceptible é iracundo.

Con estos elementos, fácilmente se comprende que las pasiones llegasen á dominarle, que los más delicados sentimientos se trocasen en su alma en vehementes pasiones.

Su condicion de militar le obligaba á pasar algunas temporadas fuera de su hogar.

VI.

Un día, al volver inesperadamente, vió salir de su casa á un criado con librea.

Suspicaç en extremo, subió de prisa las escaleras, llamó con estruendo á su casa, y cuando su cariñosa compañera fué á tenderle los brazos para darle la bienvenida:

—¿Qué ha venido á hacer, —exclamó con destemplado acento, —ese lacayo que he encontrado á la puerta?

Aquella pregunta, hecha en un tono de reconvençion, la asustó; porque, en efecto, el lacayo habia ido á llevarle un ramo de flores y una carta, que un alto personaje, prendado de su belleza, le enviaba.

La honrada esposa habia despedido al lacayo arrojando las flores y la carta para que las recogiese.

El lacayo partió.

Guido vió sobre el pavimento el ramo y el billete, leyó aquellas líneas, trazadas en un momento de abandono por la mano de un noble y poderoso señor desocupado, y aunque su esposa no era culpable, los celos le cegaron, obligándole á tomar una resolucìon desesperada.

Abandonando su hogar con un resplandor siniestro en los ojos y el sentimiento de la venganza en el corazon, buscó al hombre que se habia atrevido á mancillar su honra, le provocó y tuvo la desgracia de matarle en buena lid.

Horrorizado de su obra, en vez de volver á su ca-

sa, corrió á la campiña; su hija Felipa, muy niña aún, convalecía de una enfermedad al lado de una familia de *contadini*, ó aldeanos; se apoderó de ella, y escribiendo á su esposa una carta en la que se despedía para siempre de Italia, le anunció que se llevaba á su hija.

En cambio le dejó un hijo menor que Felipa, y aquel niño, hombre ya y verdadero hermano para mí, vive en España, no lejos de estos sitios, y espero verle, porque mi corazón me dice que ha de ofrecer verdaderos consuelos á mi abatido espíritu.

VII.

—Pero la madre de vuestra esposa, que era inocente, ¿no buscó á su marido?—preguntó el prior, á quien la historia de Colon interesaba en extremo.

—La inocencia es altiva cuando la culpan sin razón, y aunque su pena fué muy grande al verse separada de su hija, aguardó confiada la hora de la justicia, y buscó consuelo á sus amarguras en su hijo Bepo, niño entonces de tres años, y que como su buena madre me ha referido despues, pareció comprender su desventura, á pesar de su corta edad, y sentir para ella, además de su amor, el de su padre y el de su hermana.

—¿Y el padre de Felipa?

—Se encaminó á Portugal, y no tardaron en hallar empleo su valor y su pericia militares. Nacido en Italia, y en un puerto de mar, era además marino: Portugal le acogió con entusiasmo, y Guido, despues de confiar

su hija á unas monjas para que la educasen en el santo temor de Dios, se hizo á la vela, formando parte de una de las infinitas y audaces excursiones de los portugueses en busca de lo desconocido.

Al volver de su primer viaje, halló á Felipa convertida en una mujer.

Hallábase, en efecto, en ese bellissimo período de la vida, en el que la niña y la mujer se funden; en ese momento en que el candor de la niña colora las mejillas de la mujer cuando siente el fuego abrasador de la mirada de un hombre.

Resuelto Guido á emprender nuevos viajes, no la sacó del convento; pero fué á verla varias veces, y un dia... un dia sufrió el castigo del abandono en que habia dejado á su esposa, cuando su hija le preguntó por su madre.

Guido no tuvo mas remedio que confiarle la verdad, y aquella conversacion arrancó muchas lágrimas á sus ojos.

Las súplicas de su hija le conmovieron profundamente.

—Ya repararé mi falta, hija mia,—le dijo; y salió de Lisboa dispuesto á volver á su patria.

Pero en la travesía estalló una tempestad.

Los elementos se desencadenaron, la embarcacion, combatida por las encrespadas olas, zozobró, perdió sus palos, y en uno de los golpes arrojó al abismo á algunos de los tripulantes más audaces.

Guido fué uno de ellos.

La noticia de su desastrosa muerte llegó á Lisboa;

con todas las precauciones posibles fué transmitida á Felipa por la superiora del convento, y desde entonces su único anhelo fué buscar á su madre.

—Pobre niña,—añadió Colon, enjugando una nueva lágrima que resbaló por sus tostadas mejillas;— en la primavera de la vida, cuando nacia en su alma las ilusiones, cuando todo parecia sonreirle, dos sentimientos dolorosos turbaron su paz y llenaron de melancolía su corazon.

En aquella situacion de su espiritu, nos reunió la Providencia.

Los dos habíamos sufrido mucho, los dos sufríamos y debíamos comprendernos.

Para que ella pudiera salir del convento, necesitaba que su madre fuera á buscarla.

La superiora no tardó en conocer la inclinacion que sentía hácia mí, yo la hablé, y me tomó gran afecto.

La religion, representada por aquella santa madre, protegía nuestros amores; pero sin que la madre de Felipa los aprobase y bendijese, no podian realizarse nuestros deseos.

La noticia de la muerte de Guido llegó hasta ella, y desde aquel momento su único anhelo fué recobrar á su hija.

Por algunos marineros, á quienes habia encargado que tomasen informes, sabia que estaba en un convento, y sin vacilar fué con su hijo á Lisboa.

Cuando ménos lo esperaba, aquella virtuosa mujer se presentó en el convento, identificó su persona,

cubrió de besos y de lágrimas á su adorada hija, y me permitió darle el nombre de madre.

Nuestra felicidad debia alcanzarle tambien, y halló en nuestro cariño el premio de la constancia y la resignacion con que habia soportado sus desdichas.

VIII.

El sacerdote bendijo nuestra union, y Felipa, su hermano Beppo y yo, formamos una sola familia y un solo hogar.

Creíamos que nada nos faltaba; pero no tardamos en sufrir escaseces, y no hay enemigo mayor de la felicidad doméstica que la zozobra del mañana.

Felipa era tan pobre como yo. Su padre habia gastado su patrimonio, y su madre habia tenido que vivir con el producto de su trabajo.

Nos unimos confiando en la Providencia.

—¡Ah! Sí, hijo mio,—exclamó el prior Juan Perez de Marchena;—ella es quien obra los mayores prodigios, nadie la invoca con la fé en el alma, sin conseguir su proteccion.

—Tanto es así,—prosiguió Colon,—que me dió fuerzas para redoblar mi actividad.

Nos amábamos, y era necesario que las privaciones no nos robasen aquella dicha que sentíamos.

Beppo era aun muy niño, no podia trabajar; pero estaba en el caso de aprender, y enseñarle cuanto sabia era para mí una satisfaccion, porque cumplia un deber y le abria el camino del porvenir.

La madre de Felipa queria ayudarnos con su tra-

bajo; mi misma esposa aspiraba á emplear el tiempo con provecho pecuniario; pero yo no podia consentirlo.

¡Cuánto me costó disuadirlas de su empeño!

Y sin embargo, trabajaban, trabajaban para que nada faltase en nuestro hogar, para que durasen los recursos que yo ganaba, proporcionándome con ellos el mayor número de comodidades.

¡El amor! ¡La familia! ¡Ah! Padre mio, perdonad que os lo diga; no hay, no puede haber un goce mayor en el mundo.

Yo trabajaba dia y noche trazando mapas y fabricando globos y esferas, muy buscados entonces por los navegantes.

Los míos adquirieron alguna fama; eran, segun decian los inteligentes, los mas perfectos, y me los pagaban bien.

¿Qué más necesitábamos?

En nuestra casa reinaba la paz, nuestras necesidades estaban satisfechas, nuestro amor iba á ofrecernos el más preciado fruto.

Mi hijo Diego nació, y con él se aumentó nuestra ventura.

El niño, que oia con religiosa atencion el relato de su padre, no pudo ménos de besar su mano.

—Sí, hijo mio,—añadió Colon,—tú viniste al mundo para colmar la felicidad de tus padres; aquella familia, estrechamente unida por el más acendrado cariño, te saludó con júbilo. De aquellos séres, sólo quedamos tú y yo... y mi pobre hermano, que nos espera.

—Segun eso,—le interrumpió el prior,—perdisteis á vuestra esposa.

—Sí, la perdí, y con ella se alejó la esperanza de mi corazon. Pero oid, que me quedan aún muchas desdichas que contaros.

Capítulo IV.

El presentimiento del Rey y Mucho.

—La primera expedición que había llevado á cabo el padre de Felipe,—le siguió el vigero,—fue muy fructifera para la corona.

Yo, sin saber por qué, albergaba la esperanza de hallar tierras desconocidas, y leia con avido todas las descripciones de los vigeros.

Al mismo tiempo, no perdí una sola ocasión de hablar con los marinos, y hasta con los marineros que habían cruzado el mar en busca de aventuras.

Por la mar de Felipe sabe que cómo había tenido gran amistad con un celebre geógrafo llamado llamado Toscanelli.

Le había escrito sus impresiones de viaje, y dirigiéndose á él, no sólo logró que me trasmitiese las cartas del padre de mi esposa, sino que al saber mi

Capítulo IV.

El presentimiento del Nuevo Mundo.

I.

—La primera expedición que había llevado á cabo el padre de Felipa,—prosiguió el viajero,—fué muy fructuosa para la ciencia.

Yo, sin saber por qué, abrigaba la esperanza de hallar tierras desconocidas, y leía con avidez todas las descripciones de los viajeros.

Al mismo tiempo, no perdonaba una sola ocasión de hablar con los marinos, y hasta con los marineros que habían cruzado el mar en busca de aventuras.

Por la madre de Felipa supe que Guido había tenido gran amistad con un célebre geógrafo florentino llamado Toscanelli.

Le había escrito sus impresiones de viaje, y dirigiéndose á él, no sólo logré que me transmitiese las cartas del padre de mi esposa, sino que al saber mi

profundo amor á la ciencia, me envió escritos suyos, en los que hallé nociones preciosísimas sobre los lejanos mares de la India, y los medios de rectificar los elementos, entonces confusos y fabulosos, de la navegacion.

La sociedad que se formó en torno mio se componia de los navegantes que habian llevado á cabo expediciones lejanas, de los que, aficionados como yo á la navegacion, participaban de mis creencias y soñaban con tierras desconocidas en medio del Océano.

II.

En mi modesta casa tenia yo una habitacion, cuyas paredes estaban cubiertas de mapas toscos: en una mesa habia esferas, manuscritos, relaciones de viajes; y en aquel santuario de la ciencia pasaba yo con mis amigos horas enteras, sacando deducciones de los hechos, formulando conjeturas, alimentando ilusiones, acariciando esperanzas.

Y no habia duda: despues de examinar atentamente los espacios de tierra marcados en el globo, despues de examinar la posicion y circunstancias especiales de las islas conocidas, comprendia yo que habia un vacío inmenso en medio del Océano Atlántico, un vacío en el globo y en los mapas, un mundo nuevo, que prometia inmarcesible gloria al que le descubriese.

Esta creencia llegó á ser en mí una continua preocupacion, casi una manía.

20 Cuanto más estudiaba, cuanto más pensaba, mayor era mi seguridad.

25 Por otra parte, los navegantes que habian llegado á las islas Azores referian ciertos rumores vagos, maravillosos, que habian llegado á sus oídos.

30 Decian, en efecto, que desde los puntos más elevados de las islas Azores se habian descubierto en los dias serenos, y en medio de la inmensidad del Océano, tierras inmóviles ó flotantes, que se mostraban y desaparecian, se acercaban ó se alejaban, cuando los más audaces pilotos, desafiando las iras de las olas, y sedientos de lo desconocido, aspiraban á acercarse á aquellas masas que les parecian costas.

¡Qué época aquella de entusiasmo marítimo! ¡Qué amor en todos los navegantes al proceloso elemento, que guardaba secretos inapreciables, que querian arrancarle! ¡Qué fiebre por alcanzar con la ciencia, con el cálculo, conquistas que hasta entonces sólo habian hecho los hombres con el acero!

Yo participaba de aquel entusiasmo, de aquel amor, de aquella fiebre, y lo confieso, una ambicion de gloria desmesurada se apoderó de mi alma.

Felipa averiguó mi secreto.

Ella, que estaba acostumbrada á adivinar mis pensamientos, no tardó en comprender que uno muy grande, muy imperioso, muy trascendental llenaba mi inteligencia.

Y fué tan generosa, que en vez de lamentarse de una preocupacion que le robaba, si no mi cariño, gran parte de mi atencion, me animó á continuar en mi empresa.

III.

Por aquel tiempo se hablaba en todas partes de un viajero veneciano llamado Marco Polo.

Unos le consideraban pura y simplemente como un embaucador, como un inventor de fábulas maravillosas.

Contaba, con asombro de cuantos le escuchaban ó tenían noticias de lo que habia dicho, cosas extraordinarias de los Estados y de las civilizaciones de la Tartaria, de la India y de la China.

Yo, que tenia más motivos que el vulgo para dar crédito á lo que aquel calificaba de suposiciones ó fábulas, comprendia hasta qué punto podian ser verídicas sus narraciones, y lo mismo que ahora, estaba entonces seguro de hallar en la extremidad del Atlántico las célebres comarcas del oro, de las perlas y de la mirra de donde Salomon sacaba sus inmensas riquezas, el Ofir que menciona la Biblia, y que parece envuelto entre las nubes de lo lejano y lo maravilloso.

No era, pues, un continente nuevo lo que yo me proponia encontrar, sino un continente perdido y olvidado.

El prior no pudo ménos de reflexionar sobre aquella idea, que á pesar de su apariencia de paradoja, era por sí sola bastante para incitar á la meditacion.

—¿Y vos creéis,—preguntó á Colón,—que en el confín del Atlántico pueden hallarse esas comarcas que la Biblia señala, y de las que solo el nombre conocemos?

—Me fundo para ello en poderosas razones: según la doctrina de Ptolomeo y de los sábios geógrafos orientales, la tierra es un globo cuya circunferencia se puede recorrer.

Si mi juicio respecto de la estension del globo es acertado, no debe ser tan grande, como suponen algunos, la extension que es preciso recorrer para llegar á las tierras desconocidas de la India.

Por otra parte, la existencia de estas tierras está probada y comprobada.

Cuantos pilotos han ido más allá de las Azóres, están contestes en afirmarlo.

Unos han visto flotar sobre las aguas ramas de árboles desconocidos en el Occidente.

Otros han hallado en la superficie de las olas fragmentos de madera esculpida; pero no con el auxilio de instrumentos ó útiles de hierro.

Otros han descubierto pinos monstruosos, de los que un solo tronco parecía una canoa, en la que podían funcionar ochenta remeros.

Y estas canoas, á juzgar por las descripciones que de ellas he oído, habían sido fabricadas toscamente; pero con la intencion de que sirvieran para surcar las olas.

Algunos han contado que al alejarse mucho, mar adentro, vieron, cubiertos de musgo y de plantas marinas, cadáveres de hombres blancos y cobrizos, cuyas facciones no se semejaban nada absolutamente á las de las razas occidentales, africanas ó asiáticas.

Todos estos vestigios que la agitacion de las olas

y las tempestades han ofrecido á los más atrevidos viajeros, y sobre todo ese vago instinto, ese presentimiento que precede á los hechos de la humanidad, como la sombra precede al cuerpo cuando está el sol detrás de uno, me han dado la profunda convicción de que existen tierras más allá de las que los geógrafos han trazado en los *Mapa-Mundis*.

—Y esas tierras, que suponeis que existen, ¿á qué region creéis que pertenecen?

—En mi concepto, señor prior,—dijo Colon con el aplomo de la más profunda convicción,—son una prolongacion del Asia, y llenan por sí solas más de una tercera parte del globo.

IV.

Esta opinion era en aquellos tiempos de oscurantismo, atrevida, fantástica para unos pocos; cuestion de brujería para la mayor parte.

—Y no creais,—añadió Colon, sacando á los frailes de su estupor,—no creais que soy yo sólo quien participa de este delirio: he conversado con pilotos muy viejos, con geógrafos consumados, y en su mayor parte todos convienen en que existen esos terrenos; en lo que varian es en la apreciacion de su extension y su figura.

Hay quien los cree incomensurables.

Hay quien los considera como una especie de éter profundo y sin límites, en el que los navegantes se pierden.

La mayor parte, admitiendo la redondez del glo-

bo, temen, desconociendo las leyes supremas de la atraccion, que al traspasar el polo, se desprenderán de la superficie que los sostiene, para caer en los abismos del espacio.

V.

¿Cómo destruir la opinion de los marinos más avezados, que consideran el mar más allá de las islas descubiertas, como una especie de caos líquido, cuyas desmesuradas olas se elevan formando montañas inaccesibles, ó abriendo precipicios sin fondo, dispuestas de cualquier modo á devorar las embarcaciones?

¡Ah! Todas estas suposiciones, todos estos temores que hacen al más audaz desmayar, son mi encanto, padre mio.

Yo veo, no sé por qué, en medio de ese caos la luz consoladora; yo veo en mi imaginacion esas vírgenes tierras y descubro los tesoros que encierran en sus entrañas.

No hay duda, no, creedme, tengo fé; me han calificado de loco, de visionario; pero no es cierto.

Desconfian de mí, porque no me comprenden; y perdonadme que os lo diga: yo mismo veo algo de sobrenatural en este deseo, que es el único de mi vida.

¡Cuánto he luchado!

Si lo supiérais, aun tendríais más compasion de mí, porque he sufrido mucho.

—Lisboa,—exclamó con lágrimas en los ojos aquel hombre inmortal,—tú me recibiste en tu seno y me diste una patria.

En tí hallé la felicidad de mi alma, tú me otorgaste la inefable ventura de verme reproducido en un hijo adorado; bajo tu cielo concebí la primera idea de la empresa que es mi esperanza; pero ¡cuán caros me has hecho pagar estos favores!

Me has exigido la juventud, el amor, las ilusiones.

Afortunadamente, no has podido arrebatarme ni la esperanza, ni la fé.

En ti hallé la felicidad de mi alma, tu me glorias-
te la inefable ventura de verme reproducido en un
dijo ahora; bajo tu cielo concebí la primera idea de
la empresa que es mi esperanza; pero ¿qué caros me
has hecho pagar estos favores!

Me has exigido la juventud, el amor, las ilusiones.

Alórnadame.

Capítulo V.

Un rey y un loco.

I.

Cuanto más avanzaba Colón en su relato, mayor era la emoción que su alma revelaba en sus francas palabras.

El prior del convento y los demás frailes que oían aquella narración, participaban de un mismo sentimiento.

Este sentimiento era una profunda admiración hacia aquel hombre, en cuya espaciosa y serena frente, en cuyos negros y penetrantes ojos, en cuya actitud humilde y majestuosa á la vez, no podían menos de reconocer una naturaleza privilegiada, uno de esos seres destinados por la Providencia para dar en la tierra la más completa idea de la grandeza del Hacedor encarnada en sus criaturas.

Es que se les había aparecido al principio como un mendigo, como un pordiosero, y sin recursos para alo-

jarse en una posada; el que llamaba á las puertas del convento implorando la caridad; el que sólo les habia inspirado al principio ese deseo de proteccion sencillo, natural, comenzaba á tomar para ellos el verdadero carácter que tenia.

No era una obra de caridad, como las que á todas horas realizaban aquellos santos varones, la que iban á llevar á cabo.

II.

Juan Perez de Marchena, el prior del convento, hombre á la vez de gran corazon y de superior inteligencia, capaz de comprender al viajero, veia en su llegada á aquella hospitalaria casa, una ocasion que le proporcionaba la Providencia de prestar á uno de los séres más privilegiados de la tierra, la proteccion que podia dispensarle con la influencia que le habian adquirido sus virtudes, su talento y su carácter severo y bondadoso.

Todos los circunstantes, atraidos por la mágia de las palabras de Colon, se habian ido acercando á él hasta el punto de rodearle.

Ninguno separaba de él su vista, y sobre todo, el superior no quitaba sus ojos de los de aquel hombre, creyendo leer en sus miradas algo más todavia de lo que le decían sus palabras.

¿Y cómo no habia de suceder esto?

En todo tiempo, pero particularmente en aquella época oscura, en aquella época en que la ciencia vivia en un reducido espacio, en que apenas salia de

los conventos, en que era patrimonio de un corto número de hombres, la aparición de uno que, obedeciendo á una inspiración sublime, revelaba con la sinceridad de la fé, que habia soñado un nuevo mundo, un nuevo, inmenso y rico territorio, y que estaba seguro de realizar aquel sueño, tenia precisamente que aparecer un hombre sobrenatural, el que al vulgo y á los envidiosos solo habia parecido hasta entonces un mísero demente.

III.

—Y vos, amigo mio,—dijo el prior,—seguro como estábais de descubrir ese nuevo y soñado territorio, ese inmenso tesoro, defendido de las miradas de los hombres por las amenazadoras murallas del Océano, ¿no aspirásteis á convenceros de la verdad de vuestra inspiración, no os sentísteis con bastante valor para luchar brazo á brazo con el Océano, arrancarle sus secretos y cubrir vuestro nombre de gloria?

—¡Ah!—dijo suspirando Colón.—¿Vos me preguntais eso? ¿No habeis descubierto en mi rostro las huellas del dolor? ¿No habeis visto en las canas que empiezan á blanquear mi cabello, dándome una vejez prematura, no habeis adivinado que he luchado mucho, que me ha devorado largo tiempo y me devora todavía la sed de realizar mi pensamiento? Pero ¿cómo vencer la indiferencia, la ignorancia y la envidia?

Toda la vida de un hombre no basta para destruir uno solo de estos tres enemigos, que son los que la combaten decididamente y sin tregua.

—Pero al ménos, para tranquilizar vuestra conciencia, para satisfacer vuestras aspiraciones, debisteis implorar la proteccion de los grandes.

—Y qué, ¿no la he implorado?

El soberano de Portugal, D. Juan II, es un monarca ilustradísimo: vos lo sabeis; un rey emprendedor, activo, inteligente. Todo lo grande, todo lo heróico le seduce: ha escuchado á los sábios, ha estudiado con verdadero amor las ciencias. Cuando yo me acerqué á él, se habia apoderado de su espíritu un vivísimo deseo de unir la Europa con el Asia. Vasco de Gama habia salido á descubrir un camino marítimo para las Indias. Ninguna ocasion mejor que aquella; ningun soberano mejor que aquel, para escucharme, comprenderme y apoyarme. Yo estaba convencido de que tenia los medios de realizar de una manera más ventajosa su proyecto. En mi imaginacion veia yo un camino más ámplio, más directo, tomando el rumbo del Oeste, y supliqué una audiencia al rey para revelar-le mis planes y pedirle los medios de realizarlos, en beneficio de la fortuna y de la gloria de sus Estados.

—¿Y el rey de Portugal os escuchó?

—Generoso, benéfico, con la fé y la esperanza, me recibió en su régia cámara. Nunca podré olvidar aquel dia, en que resonaron por la primera vez sus palabras en mi oido. Era difícil para un hombre como yo, sin posicion, sin influencia, sin patrimonio de ningun género, llegar hasta las gradas del trono.

A pesar de la oscura vida que yo hacia, los hombres ilustrados más próximos al rey habian tenido

noticia de mis estudios, de mis proyectos, de mis esperanzas; y cuando humildemente me acerquéá algunos de ellos para implorar su mediacion á fin de que me recibiera el rey, procuraron desilusionarme primero, evitar mi entrevista despues.

Todo fué inútil. D. Juan II sintió curiosidad, deseo de oirme, y cuando ménos lo esperaba, uno de sus gentiles-hombres llegó á mi casa y me anunció que el soberano accedia á mis ruegos, y me honraba concediéndome una audiencia.

¡Oh! ¡Qué dulcísima esperanza nació en mi corazón y en el de mi adorada esposa!

—Vé, Cristóbal,—me dijo llena de júbilo y entusiasmo:—tal vez ha llegado para nosotros el dia del premio; tal vez vas á encontrar en el monarca la mano protectora que necesitas para realizar esos sueños sublimes que llenan tu imaginacion, para aumentar la felicidad de la mujer que te ama, para dar un noble ejemplo que imitar á nuestro amado hijo.

Y al decir esto, lágrimas de ternura surcaban sus mejillas.

Inmediatamente fui á Palacio.

El rey no me hizo esperar.

IV.

Al entrar en su cámara, mis esperanzas se aumentaron.

No era aquella ostentosa habitacion la morada de un rey ocioso.

Los caprichos del lujo, las riquezas, estaban postergados á los atributos de la ciencia.

Todo en aquella augusta morada hablaba de su dueño, y decia que el que habitaba allí era un hombre amante del progreso, conocedor de la ciencia; un hombre, en fin, que queria legar á la posteridad su nombre con el prestigio de la gloria.

—¿Sois vos,—me dijo,—el estudioso geógrafo que está seguro de que guarda el Océano en su seno nuevas tierras, con razas primitivas, con riquezas inmensas?

—Sí,—contesté al monarca.

Y le referí, con la voz elocuente de la sinceridad, las razones en que fundaba mi pensamiento.

El rey me escuchó con interés.

—No sé,—me dijo,—si soñais: pero de cualquier modo, vuestro sueño es grandioso y merece la proteccion de un soberano.

No sois vos el primero que ha abrigado ilusiones tan magnificas como esa.

Pero de todo cuanto he oido, nada ha logrado convencerme de la manera que vos.

Yo os prometo someter al fallo de los hombres más sábios y más ilustres de mi nacion el proyecto de que me habeis hablado, y si ellos, como espero, se convencen de la posibilidad de su realizacion, si ellos no encuentran argumentos bastantes para calificar de un sueño, solamente de un sueño, vuestro plan, yo os ofrezco todo mi apoyo, todos los recursos que necesiteis, todas las embarcaciones y todos los marinos que

puedan ayudaros en vuestra empresa; y si tal sucede, no cambiaré mi gloria por la de ningún otro monarca de la tierra.

V.

— Vos, padre mío, — añadió Colón, dirigiéndose al superior, — vos que habeis podido comprender mi alma desde que me oís hablar, no extrañareis que os diga que en aquel momento sentí una profunda gratitud hacia aquel poderoso rey, que fortificaba la esperanza en mi corazón.

Estaba seguro de que mi plan sería aprobado, y con esta confianza, apenas supe que su majestad había convocado un consejo de sábios y de políticos para que examinasen mis proposiciones, pidiéndole un informe acerca de la posibilidad de mi empresa, aguardé tranquilo su fallo.

¡Tranquilo digo! No, no estaba tranquilo.

Aquellos altos personajes iban á decidir de mi suerte, de mi suerte, que yo creía ligada al porvenir glorioso de una nación que me había amparado, y en la que había encontrado mi alma la más pura, la más grande, la más inmensa de mis felicidades.

VI.

Formaban el consejo el confesor del rey y algunos geógrafos, tanto más acreditados en la corte, cuanto que se separaban menos de las preocupaciones vulgares que había por entonces.

Mientras ellos estaban reunidos y examinaban mi

proyecto, ¿por qué no he de decirlo? yo, tembloroso, volví á mi hogar para ver si encontraba en las palabras de mi esposa alguna esperanza que mitigase mi temor.

VII.

Era el anochecer.

Llegué á las puertas de mi casa, y pude entrar sin que nadie se apercibiera de mi llegada. Busqué á mi familia, y con sorpresa y alegría en mi corazón, encontré á todos aquellos seres que vivían en torno mio, en una habitacion retirada, prosternados delante de una imágen de la Virgen, y entregados á la mas ferviente oracion.

Todo lo comprendí.

Obedeciendo á un impulso secreto, caí tambien de rodillas.

Mi esposa imploraba la proteccion de la Virgen en favor de mis planes.

Al verme, vino á mis brazos y me dijo:

—Vuelve, vuelve á saber cuál ha sido el resultado de esa sesion solemne, en la que una nacion va á juzgar tus proyectos.

Mi corazón me dice que triunfarás.

VIII.

—¿Y triunfásteis?—preguntó el superior.

—¡Ah! No; sin duda alguna no habia hecho bastantes méritos para alcanzar la proteccion divina, ó el triunfo que me reservaba la suerte era demasiado

grande, para que yo lo consiguiese con tanta facilidad.

El consejo calificó de ilusorios mis proyectos, y aun hizo más: declaró mis ideas contrarias á las leyes de la física y á las leyes de la religion.

—¿Será posible?

—Sí; yo, el hombre de la fé, el hombre que más motivos tenia para comprender y admirar á la Providencia, para amarla, era [calificado por aquellos sábios, por aquellos altos personajes que rodeaban al rey, de ignorante y de anti-religioso.

IX.

Colón se conmovió profundamente al evocar este recuerdo.

El superior estrechó su mano con efusion.

—Animo, amigo mio, ánimo,—le dijo;—proseguid esa historia, sin olvidar que el martirio solo le sufren los que merecen alcanzar la gloria.

—El rey, no satisfecho todavía con la opinion de sus consejeros, se dignó oirme de nuevo, y á ruegos míos nombró un nuevo consejo para que me escuchase.

Yo asistí á él.

—Hablé, perdonad mi soberbia, expuse tales razones, que no encontraron argumentos con que destruirlas.

Y sin embargo, rechazaron mis planes y me calificaron de visionario.

X.

Pero al mismo tiempo, sin que el rey lo supiese, con una perfidia que yo perdono, comunicaron mis planes á un piloto, hombre audaz, atrevido, emprendedor y bastante diestro, y dándole recursos, le obligaron á partir misteriosamente en un navío, sin otro fin que el de robarme mi pensamiento y el de que fuese á buscar el camino que yo habia indicado, como el que podia conducir al Asia más directamente, para darle la gloria que deseaba para mí

—Y cuál era la causa de esta enemistad, de esta perfidia, de este ódio hácia vos?

—¡Misterios son de la conciencia humana!

Yo no les habia hecho daño.

Si de algo era culpable, era de haber adelantado algo más que ellos en mis investigaciones, de haber refutado sus argumentos, de haber demostrado la insignificancia y la vulgaridad de sus ideas.

Tal vez llevé á su ánimo la conviccion, tal vez desperté en ellos la duda, y la duda les inspiró el propósito de buscar una persona que me suplantase, que me arrancase la esperanza, que era toda mi vida.

XI.

—¿Y conocíais al piloto?

—Sí, no sólo le conocia, sino que habia tenido ocasion de prestarle un gran servicio.

Al volver de su primer viaje le conocí.

Deseoso de oírle hablar de su navegacion, le escu-

ché con entusiasmo. Había en él algo de extraordinario que me cautivaba, y fui su amigo.

Una segunda expedición le alejó de su casa; y dejó solas á su esposa y á una hija.

—Durante mucho tiempo no se supo nada de él.

—Un día llegaron nuevas de que su embarcación se había perdido, y de que él había muerto.

La pobre viuda vino á buscarnos con el dolor en el alma, con las lágrimas en los ojos.

Carecía de recursos, no tenía á quien implorar auxilio, y nosotros, que éramos pobres, hicimos por ella cuanto nos fué posible.

Más de dos años compartimos con ella nuestro sustento.

Al fin cesó su amargura.

Un día llamó á sus puertas el hombre á quien lloraba muerto.

—La esposa halló al esposo, la hija al padre.

—Jamás olvidaré lo que habeis hecho por mí, — me dijo, estrechando mi mano.

—¿Y sin embargo, fué capaz de haceros esa traición?

—Os he dicho que le perdono. Hay pocos hombres que puedan dominar la codicia.

—¿Y decís que partió?

—Partió, sí, con las instrucciones de mis enemigos. Algun tiempo despues de haberse celebrado el consejo, llegó á las Islas Azores, las abandonó para internarse; pero despues de haber navegado muchos dias, se volvió espantado ante la inmensidad del

espacio, que formaba el único horizonte de su vista.

—¿Es decir que?... le había obligado á obrar así?

—Que no tenía la fé que yo, que tal vez la conciencia le remordia al hallarse en medio de la inmensidad de los mares.

XII.

Poco despues volvió, y su vuelta confirmó la creencia del Consejo. Los que habian querido venderme, contestaron á las reiteradas indicaciones del soberano para que estudiásen mi proyecto, que sin su voluntad, y para convencerse de que no se equivocaban, habian costado una expedicion siguiendo el rumbo que yo habia trazado, y aseguraron que el resultado habia sido el convencimiento de que mis proyectos eran sueños.

El monarca quiso oír al piloto.

Este confirmó las palabras de los consejeros del rey, y su majestad, bondadoso conmigo, deseoso de protegerme, me abandonó al fin y al cabo, compadeciéndose de mí, y como los demás, llegó á creer que no era más que un pobre loco.

XIII.

Este golpe fué fatal para mí.

Todas mis esperanzas se habian desvanecido, acaso para siempre; porque ¿á quién pediría proteccion, ni quién me la daria, cuando supiera que todo un soberano habia estado dispuesto á ampararme, y que

el convencimiento de la inutilidad de mis planes le habia obligado á dejarme en el abandono?

No perdía sólo la esperanza del hombre amante de la ciencia, sino la esperanza del padre, del esposo y del hijo.

La fortuna que yo habia soñado para los míos se escapaba de mis manos, y al caer la venda de mis ojos no hallaba en torno mio más que las huellas de la miseria.

Mi pobre esposa no pudo resistir tantas amarguras, y su muerte vino á aumentar mis terribles desdichas.

Capítulo VI.

El peregrino.

I.

Después de una breve pausa, prosiguió el viajero su interrumpida narración:

— ¡Pobre Felipa mía! ¡Ella, que era la única en el mundo que me había comprendido, que había dado fé á mis palabras, me abandonaba. ¿Qué iba á ser de mí?

¡Su pobre madre no tardó en seguirla al sepulcro!

II.

Beppo, amaestrado por mí en el arte de la navegación, ávido de surcar las ondas, había pedido á su madre, y obtenido de ella, el permiso para embarcarse.

Se separó de nosotros antes de perder á su hermana y á su madre.

Su suerte ha sido muy distinta de la mía.

Mas tarde he sabido que es feliz, que cuenta con recursos para vivir holgadamente, y él es quien me ha animado á emprender este viaje, y quien me ha prometido velar por mi hijo, mientras yo busco en todas partes, y hasta el dia de mi muerte, los medios de realizar mis planes.

III.

—¿Y ha trascurrido mucho tiempo desde que visteis al rey de Portugal?

—Sí, han trascurrido algunos años.

—¿Y cómo habeis vivido desde entonces?

—En la miseria, abandonado de todo el mundo, considerado como un pobre loco.

Los que ante la esperanza de que obtuviese yo la proteccion de un soberano, habian acudido en mi auxilio y me habian prestado cantidades para prepararmí empresa, al verme en la desgracia, me persiguieron con un encarnizamiento terrible, se apoderaron de mis mapas, de mis manuscritos, de mis globos, de los escasos libros que poseia. Y yo no sé, desde entonces hasta ahora, ¡cómo he podido dar pan á mi hijo y vivir para él!

¡Cuánta desgracia!

—Yo, que habia soñado un mundo y un premio, no veia en el porvenir más que una muerte desastrosa para mí, un abandono horrible para mi pobre hijo.

IV.

Las privaciones, las fatigas, las pesadumbres, me acarrearón una enfermedad.

En una de las plazas de Lisboa me faltaron las fuerzas, y caí al suelo.

Los que me vieron:

—¡Es el loco, es el loco!—exclamaron.

Compadecidos de mí, me llevaron á un convento, en donde uno de los frailes gozaba de gran reputación como médico.

Al verme, comprendió sin duda que mi enfermedad era más moral que física, y condolido de mi desgracia, mandó que me pusiesen en una celda y me asistiesen con el mayor esmero.

V.

—¿Te acuerdas, hijo mío,—añadió el pobre hombre, dirigiéndose á su hijo,—de aquel día de amargura, el primero en la vida para tí?

Al ver que no llegaba á casa, salió precipitadamente en busca mia, recorrió las calles, preguntó á todo el mundo, y cuando supo dónde estaba voló á verme.

Dijo quien era y llegó hasta mi celda.

—¡Hijo mío, ven, ven á mis brazos, que al recordar aquel momento de nuestra vida, no puedo menos de bendecir á Dios!

Al verle se reanimaron mis fuerzas: los auxilios de la ciencia no tardaron en fortificarme de nuevo, y al salir de aquella santa casa, llevaba en mi alma una resolución irrevocable.

VI.

En el momento más peligroso de mi enfermedad, cuando la fiebre me devoraba, cuando pensaba en la orfandad en que iba á dejar á mi hijo, á impulso del cansancio y del mal, se cerraron mis ojos.

Pero los abrí en otro mundo, en otra esfera, en otra vida.

Soñé, pero mi sueño fué una revelacion; sí, no hay duda, fué una revelacion.

—¿Y qué soñásteis?

—Soñé que iba por un camino, y despues de andar mucho, fatigado, rendido, hallé un árbol, bajo cuya sombra me puse á descansar.

Un cristalino arroyo pasaba cerca de allí. En él sacié mi sed, y aun no habia pasado mucho tiempo, cuando se presentó á mi vista una mujer, que parecia por su rostro una vírgen, por su aspecto una gran señora.

VII.

—Huye de este país, que no te ha comprendido,— me dijo;—en él te aguarda la miseria; pero el mundo es muy grande: otra nacion hay en el mundo que te abrirá sus brazos. Si un soberano cediendo á los consejos de tus enemigos, te ha despreciado, otros soberanos darán cuanto posean por la gloria de que se realicen tus designios. Huye, huye de Portugal; no estés un sólo instante en él. Cerca, muy cerca, al lado, hay otro pueblo, donde quizás se cambie tu destino.

—Y ese pueblo, señora, —le pregunté, —¿cuál es?

La vision desapareció de mi vista; pero una nube pasó ante mis ojos, y en ella, con caracteres de fuego, me pareció ver esta palabra: «Castilla.»

VIII.

—Sí, no hay duda: Castilla decia en aquel letrado misterioso, que era la estrella que debia guiarme á mi felicidad.

En cuanto á aquella aparicion secreta, cuyas palabras resonaron en mi oido, no sé por qué tenia mi alma la esperanza de volver á hallarla en el mundo.

De cualquier modo, lo cierto es que resolví en aquel instante abandonar á Portugal, en cuanto tuviera fuerzas para ello, y á realizar este propósito se encaminaron todos mis actos.

Allí nada podia esperar.

La pobreza habia separado de mí á los amigos, me habia obligado á deshacerme de mis mapas, mis globos, y hasta de algunas prendas que eran recuerdos dulces de mis dias de ventura.

Dejaba en aquella tierra dos tumbas; pero ¿acaso no las llevaba tambien en mi corazon?

¿Podia olvidar á mi adorada esposa, á su madre, que me habia amado como á sus propios hijos?

Confiésoos, padre mio, que el único temor que me asaltaba, era el que me inspiraba el porvenir de mi hijo.

Pero una voz secreta, que á mí me parecia la voz de la Providencia, me alentaba; y una noche, cuando todo estaba en silencio, cuando Lisboa dormia arrulla-

da por el murmullo del Tajo, abandoné mi albergue, llevando de la mano á esta pobre criatura, y me dispuse á partir.

Un templo estaba abierto, y al pasar por él sentí vivos deseos de orar.

—Entremos, hijo mio, —dije á Diego;— vamos á pedir á Dios su amparo, y á despedirnos en su presencia de tu santa madre.

Media hora despues dejábamos la ciudad, envuelta entre las brumas de la noche, y á pié, sin recursos, confiando en la Providencia, nos dirigimos á esta nacion.

¡Cuánto hemos padecido en el camino!

El pobre niño se cansaba, y era forzoso que le llevase en brazos; la sed y el hambre nos asaltaban, y al llegar á los pueblos, nuestra única esperanza era la caridad.

IX.

—Y siendo genovés, —dijo el prior, —¿cómo no habeis pedido á vuestros compatriotas los medios de realizar vuestras ideas?

—¡Ah! Señor, ese es otro de los más dolorosos desengaños de mi vida.

—¿Luego habeis intentado...?

—Sí, he ofrecido el descubrimiento de las nuevas tierras á la noble república de Génova, en cuyo seno he nacido; lo he ofrecido tambien al senado de Venecia; lo he ofrecido al rey de Inglaterra; pero las respuestas de ambas repúblicas y de la Gran-Bretaña, han sido desfavorables.

Las tres han acogido con indiferencia mis proyectos, me han calificado también de visionario, y me han dejado en el abandono.

¡Oh! Si yo hubiera podido ir á mi patria, si los que la gobiernan no hubieran estado preocupados por las rivalidades y las luchas que devoran á la Italia, si me hubieran oído, tal vez hubiera dado á Génova la gloria y la fortuna que al dirigirme á España vengo á ofrecer á sus augustos reyes.

—¿Segun eso,—preguntó el prior con el más vivo interés,—vuestros deseos son...?

—Me habeis acogido, padre y señor, con tanta bondad, me habeis escuchado con tanta atencion, que experimento una satisfaccion inmensa al confiaros mis intentos. Seguro del éxito de mi empresa, he fijado mis ojos en España, en esta nacion que tiene la fortuna de contar por monarcas á doña Isabel, excelsa y preclara reina, cuyas virtudes son el asombro y la admiracion de propios y extraños, y á don Fernando, varon insigne.

Su union ha convertido varios reinos en uno poderoso; las miradas del mundo están fijas en él, y mi plan es dejar á mi hijo Diego al lado de su tio Beppo, que vive en Huertas, pueblo de esta comarca, y proseguir mi camino hasta la córte.

En ella buscaré los medios de ser oído, explicaré mis ideas, y obedeciendo al misterioso impulso que me guia á la realizacion de este plan, acataré con resignacion la voluntad de la Providencia.

Tal es, padre mio, la triste historia de mis esperanzas y mis desventuras.

En medio de los dolores que experimento, de las amarguras que me aguardan, no olvidaré nunca que en mi camino he hallado, en la casa de Dios, á uno de sus más dignos representantes. Si, padre mio, vos me habeis escuchado con cariño y me habeis comprendido; ¿qué más podia desear al llamar á las puertas de este convento hospitalario?

Cualquiera que sea la suerte que me esté reservada, yo bendeciré al cielo, porque al llegar á esta nacion os he encontrado, y es de muy buen augurio para mi porvenir, poseer el aprecio y el interés de un varon tan ilustrado y tan bondadoso como vos.

—Si,—exclamó el prior Juan Perez de Marchena; — el cielo es quien os ha conducido á esta casa; él es quien me ha inspirado vivos deseos de conocer vuestra historia. Contad conmigo para todo; os he comprendido, y prometo ayudaros.

X.

Al llegar á este punto, se levantó el prior y rogó á Colon y á su hijo que le siguieran al refectorio.

Despues de obsequiarle con abundantes manjares, les ofrecieron en el convento cómodos lechos.

El prior reunió á sus hermanos.

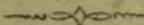
—Creed,—les dijo,—que la Providencia nos ha traído hasta las puertas del convento á ese hombre ilustre, á ese génio inspirado, por más que esté hoy desconocido. Bendigamos á Dios y respetemos sus designios.

Juan Perez de Marchena estaba resuelto á ampa-

rar á Colon; aunque vivia en el retiro, habia sido confesor de la reina Isabel, y conservaba sobre su corazon una poderosa influencia.

Dios habia guiado los pasos de Colon hasta el convento de la Rábida.

Capítulo VII



Y cómo no habla de saber esto?

Como habla de ser ciego el que ha dado la luz á

los ojos?

Como habla de conocer las ideas y de pensamiento

el que ha dotado á la criatura de inteligencia?

Capítulo VII.

El prior Juan Perez de Marchena.

I.

Dios se oculta en los detalles de las cosas humanas, y se presenta en su conjunto.

Ningun hombre sensato ha podido negar que los grandes acontecimientos que constituyen la vida histórica de la humanidad; han sido enlazados y coordinados secretamente por un hilo invisible, suspendido de la mano todopoderosa del Soberano organizador de los mundos, para hacerles concurrir á un designio, á un plan.

II.

¿Y cómo no habia de suceder esto?

¿Cómo habia de ser ciego el que ha dado la luz á los ojos?

¿Cómo habia de carecer de idea y de pensamiento el que ha dotado á la criatura de inteligencia?

Los antiguos llamaban á este plan oculto, absoluto é irresistible de Dios, respecto de las cosas humanas, el destino, la fatalidad.

Los modernos le llaman la Providencia, nombre mas inteligible, mas religioso y mas paternal.

Estudiando la historia de la humanidad, no puede ménos de reconocerse á través de la accion libre del hombre, la accion soberana de la Providencia.

Esta accion no aminora en nada la libertad de nuestros actos, libertad que constituye la moralidad de los individuos y de los pueblos.

Ella es la causa general de los actos de los individuos y de los pueblos, el instrumento oculto, pero divino, de que se vale la Providencia cuando se digna servirse de los hombres para preparar ó realizar sus planes.

III.

La inspiracion es verdaderamente un misterio humano, cuyo origen es difícil hallar en el hombre mismo.

Viene de más arriba y de más lejos.

Hé aquí la razon por la que se le ha dado un nombre misterioso tambien, nombre que no se define apenas por ningun idioma.

Este nombre es el de *genio*.

La Providencia hace que nazca un hombre de genio.

El genio es un don, una cualidad que no se adquiere con el trabajo, que no se obtiene por la virtud,

y de cuya naturaleza y posesion no pueden darse cuenta, ni aun aquellos mismos que lo sienten.

A este genio envia la Providencia la inspiracion.

La inspiracion es al genio, lo que el iman al metal.

Le atrae, independientemente de su conciencia y de su voluntad, hácia algo de fatal y de desconocido.

El genio sigue esta inspiracion que le arrastra, y encuentra un mundo moral ó un mundo físico.

IV.

Cristóbal Colon era un hombre de genio.

Natural era que la Providencia, por medio de la inspiracion, le animase á realizar el descubrimiento de la América.

Hé aquí las reflexiones que se hacia el prior del convento, cuando al retirarse de su celda, preocupado con las narraciones que habia oido aquella tarde, no pudo conciliar el sueño, y meditaba en los proyectos de aquel hombre, en quien, bajo la forma del por-diosero, habia descubierto un genio privilegiado.

Sábio tambien, y á pesar de su carácter religioso, muy dado á los estudios de las ciencias relativas á la navegacion, no podia menos de apreciar en su justo valor todas las observaciones de Colon, ni de convenirse de que podia ser realidad lo que hasta entonces todos habian calificado de delirio.

Colon aspiraba á completar el globo, impulsado, más que por otra cosa, por la necesidad de la unidad geográfica terrestre.

Este deseo era una inspiracion de su época.

Hay ideas que flotan en el aire como miasmas intelectuales, que respiran á un tiempo millares de hombres.

Cada vez que la Providencia prepara al mundo para sufrir cualquiera trasformacion moral, religiosa ó política, se observa con regularidad este mismo fenómeno.

Esto es: una aspiracion y una tendencia más ó ménos completa á la unidad del globo, por la conquista, por el idioma, por el proselitismo religioso, por la navegacion, por los descubrimientos geográficos, ó por la multiplicacion de las relaciones de los pueblos entre sí, y estos pueblos se convierten en uno solo, ayudados por las vias de comunicacion, por las mútuas necesidades, por los cambios de todas clases que entre ellos se operan.

Esta tendencia á la unidad del globo, en ciertas épocas, es uno de los datos providenciales más visibles en los resultados de la historia.

V.

Así pues, cuando la gran civilizacion oriental de las Indias y del Egipto parecia agotarse en la senectud; cuando Dios quiso renovar en el Asia y en el Occidente su civilizacion senil por otra más jóven, más activa, más emprendedora, designó á Alejandro, el cual, sin saber por qué, abandonó los valles de la Macedonia, y el mundo conocido fué uno bajo la influencia del terror y la gloria de su nombre.

Quiso despues congregar un auditorio inmenso

ante el Verbo trasformador del cristianismo en el Oriente y el Occidente, y divulgó el idioma, la dominación, las armas de Roma y de César, desde las orillas del Golfo Pérsico hasta las montañas de la Escocia, uniendo bajo el cetro de una sola idea, la Italia, las Galias, la Grzn-Bretaña, la Sicilia, la Grecia, el Africa y el Asia.

VI.

Algunos siglos despues se propone arrancar á la Arabia y á la Persia de las garras de la barbarie, y hacer prevalecer el dogma irresistible de la unidad de Dios sobre la idolatría y la indiferencia de aquellos países, atrasados y corrompidos.

Arma á Mahoma con el Coran y con la cimitarra, y permite al islamismo conquistar en dos siglos todo el espacio comprendido entre el Oxus y el Tajo, entre el Thibet y el Libano, entre el Atlas y el Tauro.

Una inmensa unidad de imperio responde á una inmensa unidad de idea.

Lo mismo pasa á Carlo-Magno en Occidente, cuando su monarquía universal: situada á los dos lados de los Alpes, prepara con la Scitia y la Germania el vasto centro, donde la civilizacion cristiana va á recibir y á bautizar las hordas bárbaras del Norte.

VII.

En nuestros dias, no ya bajo la forma de conquistas, sino bajo la forma de comunicaciones intelectuales, comerciales y pacíficas entre todos los continentes

y todos los pueblos del globo, la ciencia es la que, erigiéndose en conductor universal, en vez de destruir, crea, en vez de producir el caos, difunde la luz, y sus beneficios alcanzan á todos, lo mismo al que se sienta bajo el s6lio, que al humilde obrero que con el sudor de su frente gana el sustento de su familia.

Hoy es el genio de la industria y de los descubrimientos, el que la Providencia ha elegido para realizar la m6s completa unidad del globo terrestre, para convertir á los hombres en hermanos.

La navegacion, la imprenta, el vapor, esta fuerza econ6mica 6 irresistible que lanza al hombre, á los ej6rcitos y á las mercancías adonde vá su pensamiento; la construccion de las vias férreas, que horadando las montañas, vencen á los titanes de la antigüedad y nivelan toda la extension de la tierra; el descubrimiento de los telégrafos eléctricos, que dá á las comunicaciones entre ambos hemisferios la celeridad del rayo; los globos aereostáticos, que aun buscan un timon, pero que acaso no tarden en hacer navegaciones en un elemento m6s universal y m6enos proceloso que el Océano; todas las revelaciones casi contemporáneas que la Providencia ha dado por medio de la inspiracion del genio industrial, son otros tantos elementos de concentracion, de contraccion del globo; son otros tantos lazos que unen entre sí á los hombres, lazos tan eficaces, que es imposible no ver en ellos un desig-nio de la Providencia, un último esfuerzohácia lo desconocido, revelándose en esto que la Divinidad reserva para nosotros, y nuestros descendientes, miras toda-

vía ocultas á nuestra débil vista, que tal vez podrá ser la unidad de pensamiento, y de ella desprenderse la gran unidad de accion en el porvenir de los hombres.

VIII.

No podia pensar de esta manera el buen prior del convento de la Rábida.

La época en que vivia se asemejaba mucho al caos.

Pero como las inteligencias superiores presienten lo que no ven, adivinan lo que no saben, no podia ménos el venerable anciano de descubrir el dedo de la Providencia en la inspiracion de que se hallaba poseido su huésped.

Era tan grandioso su pensamiento, tan poderosas las razones que alegaba para expresar su idea; por otra parte, como su monasterio estaba muy próximo al puerto de Palos, uno de los puertos de Andalucía donde más actividad reinaba entonces, habia tenido ocasion de hablar con los navegantes, y en sus narraciones y en sus creencias hallaba comprobadas las de Colon.

Partiendo de las suposiciones de los otros, iba mucho más allá.

Juan Perez de Marchena, á quien, como ya hemos dicho antes, no habian alucinado los esplendores dela córte; que habia debido á sus virtudes y talento, no al favor y á la intriga, el haber sido confesor de la reina Isabel, durante toda su vida habia profesado un inmenso amor al estudio, y no eran las ciencias naturales y

los problemas que se agitaban por entonces, los que ménos habian ocupado su imaginacion.

La piedad, el entusiasmo y la conviccion se apoderaron de su espiritu; vió en Colon uno de esos hombres á quienes los príncipes no comprenden, y resolvió proteger á su huésped, no tanto al principio porque ofrecia el descubrimiento de nuevas tierras, sino por la fé que tenia en esta esperanza.

IX.

—Yo necesito amparar á ese hombre,—se dijo el prior,—nosólo para arrancarle de los brazos de la miseria, sino para ayudarle en la realizacion de su pensamiento.

Impulsado por este deseo, se creyó destinado por el cielo á ser desde el fondo de su soledad el introductor de Colon en la córte, el lazo que uniera su poderoso genio al deseo de proteccion de la reina, el apóstol de su gran pensamiento.

La nobleza, el carácter, el valor, la modestia, la gravedad, la elocuencia, la virtud, la dulzura, la amabilidad, la paciencia, el infortunio que llenaban, por decirlo así, la esencia de aquel hombre privilegiado, conquistaron su aprecio, y el gran Colon no tuvo en él un protector vanidoso, un patrocinador indiferente, sino un verdadero y generoso amigo.

Preocupado por estos propósitos, resolvió detener algunos dias en el convento al viajero y á su hijo.

X.

Al día siguiente pidió Colon permiso al prior para despedirse de él.

Inmediatamente hizo Juan Perez de Marchena que entrase en su celda.

—¿Tan pronto deseais abandonarme?

—Son muchas las mercedes que me habeis dispensado, y yo no seria digno de ellas si abusase. ¿Qué más podeis hacer por mí de lo que habeis hecho?

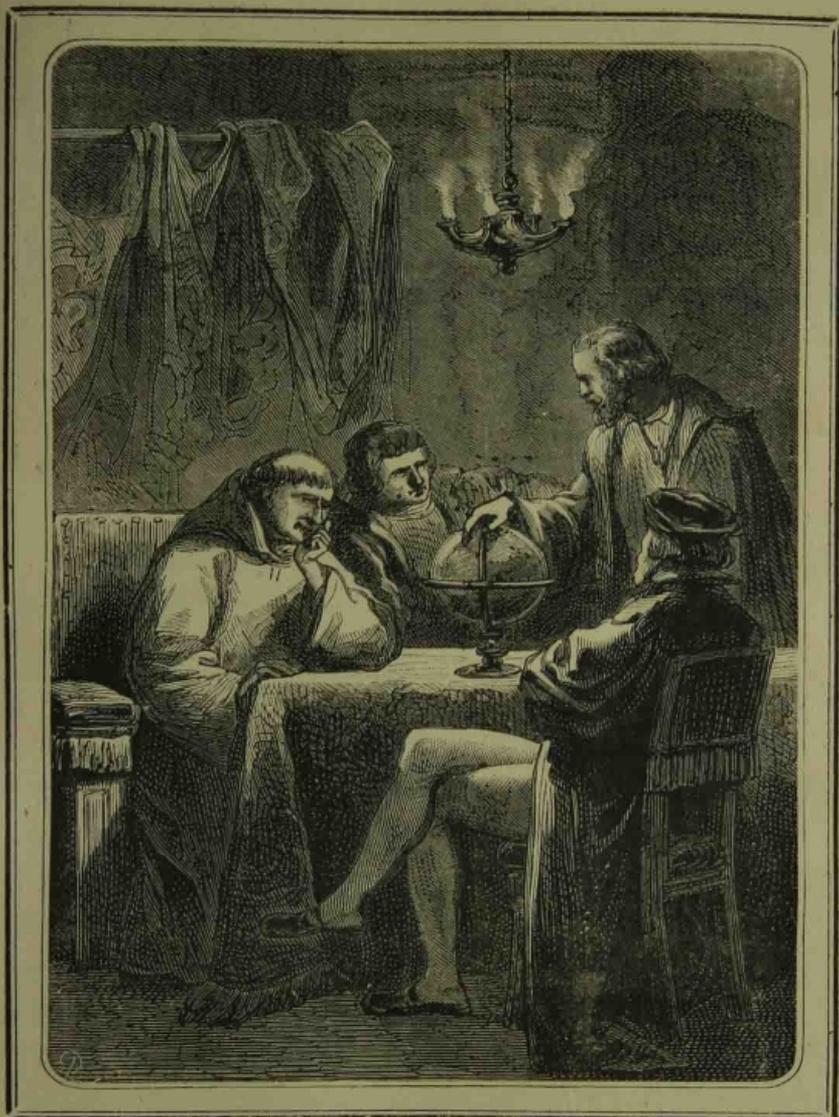
—Si alguna gratitud os inspira mi afecto, yo os suplico que permanezcais algunos dias en esta casa. En ella, con nuestra ayuda, podreis recobrar las fuerzas que las privaciones os han arrebatado. Nada os faltará á vos ni á vuestro hijo. Entre tanto, hablaremos los dos, de vuestros planes, los someteremos á los hombres más instruidos de la ciudad, á los navegantes que hay en Palos, maduraremos vuestro plan, y yo os ayudaré á realizarle.

¿Cómo no acceder á este ruego, sinceramente expresado por el prior del convento?

XI.

Colon besó la mano del venerable anciano y accedió á sus deseos.

Aquel mismo día envió el prior á buscar á un hombre eminente, amigo suyo, á quien llamaban el médico Fernandez, y á un gran piloto del puerto de Palos, Pedro de Velasco, los cuales, reunidos en su convento, oyeron á Colon con asombro al principio, con ad-



CRISTÓBAL COLON.—...explicando sus proyectos á sus amigos de la Rábida.

miracion despues, con conviccion al fin, y concluyeron por ser sus más entusiastas prosélitos.

No habia duda para ellos, como no la habia para Colon: existia un nuevo mundo, desconocido por completo de los habitantes del mundo viejo.

El deseo de proteccion hácia el ilustre geógrafo que abrigaba el prior, llegó á convertirse en su alma en una verdadera pasion, cuando confirmaron la exactitud de sus creencias el médico Fernandez y el piloto Velasco.

XII.

Ocho ó diez dias trascurrieron de esta manera.

Al cabo de ellos tomó el prior una resolucion, y llamando á su huesped:

—Es necesario,—le dijo,—que partais á cumplir vuestro destino. Yo os rogaba hace poco que os quedáseis aquí. La conviccion profunda que tengo del porvenir que os está reservado, me impulsa hoy á suplicaros lo contrario.

No hay duda, la Providencia os ha designado para contribuir al esplendor de España, para abrir á la posteridad nuevos caminos, nuevos horizontes; tal vez para que extendais la religion cristiana en regiones donde es desconocida, donde las almas no pueden disfrutar sus inmensos beneficios. Id, Colon, id; pero antes quiero pedir os un favor.

—Hablad, padre mio, hablad.

—Dejadnos vuestro hijo; en nosotros hallará una familia, en mí un padre. Nosotros le educaremos, nos-

otros le haremos digno de vos. De esta manera, con la seguridad de que nada le falta, podeis partir, podeis encaminaros á la córté y ofrecer vuestros planes á los augustos reyes Isabel y Fernando.

—¿Es posible, Dios mio? ¿Quereis concederme tan señalado favor?

—Lo mereceis, y aun es muy poco lo que hago por vos. Para que venzais las dificultades que se puedan oponer á vuestros designios, voy á daros una carta de recomendacion para el actual confesor de la reina. Cuando su majestad sepa que yo os envio, ella, que no ha olvidado que he sido durante mucho tiempo su confesor, su consejero; que sabe que desde mi retiro pido todos los dias á Dios por su vida, por su acierto, por su grandeza, escuchará mi voz y la del buen amigo á quien voy á recomendaros. Vuestro triunfo es seguro.

XIII.

Colón cayó á los piés del venerable sacerdote.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó.—¡Me dais la vida! Si al fin realizo mis esperanzas, si al fin mi nombre conquista la gloria que he ambicionado, si mis sueños se convierten en realidades, si puedo ofrecer á España un nuevo mundo, á vos lo deberé; á vos, que me habeis arrancado de las garras de la miseria, porque sin vuestro caritativo apoyo, sin los recursos que me habeis ofrecido al llegar á las puertas del convento, sin el cariño, sin la atencion con que me habeis tratado, sin el noble y generoso deseo que ha despertado mi confianza en vuestro corazón, yo no hubiera

podido avanzar en mi camino; hubiera tenido que sucumbir bajo el peso de la desgracia, y no solamente hubiera dejado un huérfano en el mundo, sino que hubiera llevado á la tumba mi secreto y mi gloria.

—Dad gracias á Dios, hijo mio. ¡Él es quien dá fuerzas al náufrago para llegar al puerto! ¡Él es el que inspira á los poderosos el sentimiento de la proteccion hácia los débiles! ¡Él es, en fin, el juez que premia á los buenos y castiga á los malos!

Es necesario que partais mañana mismo: nada os faltará.

Además de la carta que os pienso dar para el padre Fernando de Talavera, superior del monasterio del Prado, prelado insigne, confesor de la reina, y hombre de gran piedad y de buen corazon; además de esta carta, que será eficacísima, aceptareis de mí, porque yo así lo quiero, cuantos recursos necesiteis para presentaros con alguna decencia ante los soberanos.

XIV.

Al dia siguiente, despues de abrazar á su hijo, que le despidió con los lágrimas en los ojos, y de estrechar la mano á todos los individuos de la comunidad, que le veian partir con sentimiento, abrazó á fray Juan Perez de Marchena.

Despues de recibir su bendicion, partió del convento de la Rábida con la alegría y la esperanza en sus límpidos y brillantes ojos.

XV.

El superior habia puesto á su disposicion una mula y un guia, para que le condujese á la córte.

Al mismo tiempo le habia entregado una provista bolsas.

De esta manera salió Colon del convento de la Rábida, para acercarse á la realizacion de su grandiosa idea.

Pero aun no habia acabado su calvario.

XIV.

Capítulo VIII.

Los dos viajeros.

I.

Colón partió precedido de su guía, que era un aldeano de las cercanías del convento, muy diestro en los caminos, muy honrado y en extremo religioso.

La historia ha conservado su nombre.

Llamábase Matías Sampayo, y al elegirle el superior para que guiase á su huésped y protegido, lo había hecho más que nada, por que sabia hasta qué punto sentiria el cariñoso padre separarse de su hijo, hasta qué punto se entristeceria su espíritu en los primeros momentos de aquella ausencia, que debia prolongarse algun tiempo, y confiaba en que Matías, hombre decidor y de buen génio, distraeria al extranjero durante las largas horas de su viaje.

—Vas á guiar,—le dijo,—á un sábio, á un hombre que está llamado á dar dias de gloria á España.

Esto bastó para que el aldeano contemplase con veneracion desde el primer momento al protegido de fray Juan Perez de Marchena.

II.

La córte se hallaba á la sazón en Córdoba.

Fernando é Isabel, que con su union habian realizado un pensamiento eminentemente político, que habian echado los cimientos de la monarquía española, hallábanse ocupados en organizar y constituir, por decirlo así, el nuevo reino que habian fundido con los reinos y principados en que antes se dividia la nacion Ibérica.

¡Triste época era aquella!

Pero dejaba adivinar el porvenir risueño que estaba reservado á la nacion.

Reunidas las coronas de Castilla y Aragon, no sólo tenian que luchar los nuevos soberanos contra los mahometanos, que aun ocupaban, protegidos por las escarpadas sierras, algunas ciudades de Andalucía; sino contra la poderosa influencia de los nobles, que aspiraban á ser otros tantos reyezuelos, y habian logrado contrarestar la influencia del trono de tal manera, que el cetro augusto de San Fernando, sobre todo mientras reinó Enrique IV, se presentaba humillado al pié de los castillos feudales, desde donde imponian su voluntad los nobles, no sólo á los pecheros, sino á los príncipes y monarcas.

III.

Profundamente poseidos Fernando é Isabel de la grandiosa mision que les habia confiado la Providencia, su único deseo era establecer un solo gobierno para toda la monarquía, plantear la unidad religiosa en todo sus ámbitos, y convertir los diferentes reinos en un solo y poderoso Estado.

Ya habian logrado tener á raya las ambiciones de los nobles; ya habian mermado la influencia y el poderío de los musulmanes, continuando la obra empezada por sus antepasados, y relegándolos de nuevo paso á paso hasta las comarcas más próximas al Africa, punto de donde habian salido aquellos aguerridos dominadores.

La córte estaba en Córdoba, y ya los reyes acariciaban el proyecto de dar la última batalla al islamismo, para arrojarle del reino de Granada y purgar á España de los hijos de Mahoma.

IV.

Tal era la situación política y moral de España; tal el pensamiento de los reyes, á quienes más tarde calificó el Supremo Pontifice de *Católicos*, cuando Colon, ginete en una mula regalona, y guiado por el bueno de Matías Sampayo, se encaminaba desde muy cerca de las orillas del Océano hácia las entrañas del antiguo y extenso reino de Andalucía.

V.

Dos días á lo ménos debía durar su expedición. Durante las primeras horas del viaje, Matías no hacia más que mirar al viajero, y aun cuando le miraba con intención de dirigirle la palabra, le veía tan absorto en sus meditaciones, que no se atrevía á sacarle de ellas.

VI.

El día estaba hermoso. Era uno de esos días templados que constituyen el dulcísimo clima de Andalucía.

La atmósfera estaba embalsamada con los perfumes que despedían las infinitas flores y arbustos, que á cada paso, y naturalmente, brotaban en aquellas tierras, trabajadas por el arado de los árabes y bendecidas por Dios, toda vez que después de la reconquista, y cuando estaban abandonadas, por sí solas producían flores y frutos, como un homenaje al dulcísimo poder que las había arrancado de las manos de sus bastardos poseedores, para devolverlas á aquellos á quienes en otro tiempo habían dado la vida.

VII.

Largo trecho anduvieron los dos caminantes sin pronunciar una sola palabra. Ni la sed ni el hambre bastaron á sacar al viajero de su abstracion.

Pero al caer la tarde, en esa hora sublime del crepúsculo, mucho más bella en el espacio que recorrian que en otro alguno, Colon detuvo su mula, y volviendo sus ojos hácia el Occidente, contempló con verdadero entusiasmo los últimos rayos que despedía el sol al alejarse de la superficie visible de la tierra.

—¡Ah!—se dijo Colon.—¡Tú vas ahora, astro purísimo, á inundar con tu luz esos séres á quien nadie conoce y yo he de descubrir; tú vas á vivificar con tu luz las ricas plantas, los dorados frutos que allí nacen, y Dios querrá algun dia que mientras la noche tiende su velo en esta parte del mundo, donde tan desgraciado he sido, vea yo con la luz del dia el premio de mis afanes, la verdad que busco, que siento, y que cuantos me escuchan desconocen!

VIII.

Estas reflexiones sólo las escuchó su corazon.

Pero Matías, viendo que se echaba la noche encima, y que aun estaban distantes de un meson ó posada en donde guarecerse de la intempérie:

—Perdone vuesa merced,—dijo á Colon;—pero ó yo me equivoco mucho, ó vuesa merced vuelve los ojos hácia atrás para ver si nos hemos dejado algun ventorrillo.

—Os engañais, mi querido Matías; no pensaba en eso.

—Bien, entonces eso es por que vuesa merced es un sábio, que yo muy bien me sé, porque á mi padre oi referir el caso, que hubo una vez un fraile de un con-

vento, que se salió á buscar plantas para curar enfermos, y se estuvo tres dias por esos campos sin acordarse de nada, y tanto fué así, que al cabo de los tres dias dijo de pronto: «Me parece que ya es hora de ir al refectorio.» Y cuando fué, ya estaban todos atribulados buscándole. Eso, si vuesa merced no lo lleva á mal, prueba que los sábios no se parecen en nada á nosotros. La sabiduría les alimenta; á nosotros las migas y el jamon.

Colon apenas le escuchaba.

IX.

—Con que si vuesa merced no dispone otra cosa, prosigamos la marcha, porque aun nos quedan dos buenas horas antes de encontrar lecho y comida, y no es cosa de que nos coja la noche en ayunas y á la intempérie.

Colon obedeció.

Al cabo de una breve pausa:

—He oido decir,—continuó el aldeano,—que vuesa merced entiende mucho de astros.

—Algo entiendo, en efecto.

—Si no me hubiera hablado tan bien de vos el prior del convento de la Rábida, os tendria por brujo. Pero me ha asegurado que sois un buen cristiano, y si vuesa merced me lo permite, voy á hacerle una pregunta.

—Hablad, buen hombre, hablad lo que gustéis.

X.

—Pues es el caso, señor y dueño mio, que aquí, donde vuesa merced me vé, yo tengo una mujer, lo que quiere decir que soy casado. De nuestro matrimonio nació, hará veinte años, una niña que, andando el tiempo, se hizo moza. Si la queríamos su madre y yo, vuesa merced puede comprenderlo, porque vuesa merced es padre, y le he visto abrazar, con las lágrimas en los ojos, al pequeñuelo que quedó en el convento.

—Es verdad,—dijo Colon, escuchando con más interés que hasta entonces al aldeano.

—Era mi hija tan frescota, tan guapa, tan así... Vamos, que todos la querian bien en el pueblo, y ella no echaba nada de ménos. Pero un dia llegó á la aldea una familia de gitanos... ¡malditos condenados, nunca hubieran puesto allí el pié!

Se entraron por todas partes, ofreciendo decir la buena ventura á cada uno, y mi pobre Inés cayó en la tentacion de entregar su mano á una de aquellas endemoniadas mujeres.

Yo no sé lo que veria en las rayas de la palma de la mano; pero es lo cierto, segun supe despues, que le dijo muy claro: «Si ves que en la primera luna, cuando más llena esté, se oscurece de pronto, debes abandonar la aldea en donde vives y venirte con nosotros, que no andaremos lejos de estos pueblos, porque será señal de que estás llamada á ser una gran señora,

y en ese caso, nosotros te llevaremos adonde está la corte. Allí verás los príncipes, los nobles y las damas más ilustres, y no te faltará nada.»

—¿Y la joven creyó...?

—Pues qué había de hacer, señor, qué había de hacer. Pocas noches despues se oscureció la luna, en efecto. Yo ya no me acordaba ni su madre tampoco de lo que la gitana había dicho á Inesilla.

Al dia siguiente salió, como de costumbre, muy temprano á buscar agua al manantial que brota al pié del cerro de nuestro pueblo, y desde entonces no la hemos vuelto á ver.

Al decir esto, Matías pasó la parte superior del antebrazo sobre sus ojos, y el tosco lienzo que lo cubria se húmedeció con sus lágrimas.

—¿Es decir, que os han robado á vuestra hija?

—No la hemos vuelto á ver ni viva ni muerta, y por eso preguntaba á vuesa merced, que entiende tanto de astros, si aquella luna fué... porque yo desde entonces, cuando hace luna, ni me atrevo á mirarla.

XI.

Los desgraciados oyen con interés los infortunios de otros, porque son los únicos capaces de comprenderlos.

Colon se interesó vivamente por Matías, y pronunció algunas palabras de consuelo.

—Por lo que juzgo, vuestra hija ha sido victima de la superchería de los gitanos. No desmayeis; tal

vez podreis hallarla, cuando más lejos de ella os figureis estar.

Sus palabras eran proféticas.

XII.

Pasaron la noche en un meson, y al día siguiente continuaron la caminata.

Matías, más expansivo y decididor que el día anterior, distrajo grandemente al ilustre geógrafo con la narración de su vida y milagros, salpicada de muy sabrosos chascarrillos.

Matías Sampayo tenía, además de la pena de haber perdido á su hija, la de tener muy enferma á su mujer, y quedó tan encantado de la amabilidad con que le escuchó y le consoló Colon, que hubo un momento en el que le dijo:

—Mire vuesa merced, si alguna vez me quedé solo en el mundo, lo cual no será extraño, porque mi pobre Paula está ya con un pié en la sepultura, me echaré por el mundo á buscaros, y no pararé hasta que os encuentre, para ver si me quereis admitir como criado vuestro.

—Si tal sucede, que Dios no lo quiera, y yo vivo como hoy, de la caridad de mis bienhechores, no me busqueis, maese Matías, porque no podré ampararos, y sufriré en extremo. Pero si mi suerte varia, si alguna vez me veis rico y dichoso, estad seguros, vos y vuestra mujer, de que hallareis en mí un amigo.

XIII.

Al anochecer del segundo dia entraron en Córdoba por la puerta del Puente.

—¿Vuesa merced no tiene hospedaje en la ciudad?—preguntó Matias á Colon.

—Vengo recomendado por el prior del convento de la Rábida á un eclesiástico muy su amigo; pero no es cosa de ir á verle á estas horas.

—En ese caso, yo conozco una posada donde podrá pasar vuesa merced algunos dias muy bien cuidado por muy poco dinero.

—Vamos allá.

Matias guió á Colon por las tortuosas y todavía moriscas calles de Córdoba, que formaban un verdadero laberinto, y en una muy estrecha, á espaldas de la mezquita, que la piedad de los reyes habia convertido en suntuosa catedral, divisó el viajero genovés sobre el balcon de madera que habia encima de la puerta de la entrada de la casa, un ramo de sabinas.

Era la muestra.

XIV.

Aquella era la posada más acreditada en Córdoba, la posada conocida con el nombre de *posada del Santero*.

—El dueño de esta posada,—dijo Matias á Colon,—ha sido durante muchos años santero en las in-

mediaciones de Sierra-Morena; pero poco despues de la conquista se estableció aquí, y casi todos los que vienen á pretender, mientras está la córte en Córdoba, se hospedan en su casa.

—¿Es decir, que sostiene á los desengañados?

—¡Qué cosas tiene vuesa merced!

—De todos modos, entremos á hospedarnos en su casa.

XV.

No bien se detuvo la mula que montaba Colon, asomó á la puerta de la casa un hombre de mediana estatura, bastante obeso y de nariz muy colorada.

—¡Maese Repulgo!—dijo Matías, dirigiéndose al posadero.

—¿Ucé por aquí, señor Matías? Bien venido sea.

—¿Habrá hospedaje para mi señor?

—Aun cuando no lo hubiera, yo sabria buscarlo para él.

—Gracias, amigo mio,—dijo Colon, que acababa de apearse;—pero no os figureis que se os entra por las puertas un potentado. No soy ni más ni ménos que un pobre pretendiente de los que estais acostumbrado á hospedar en vuestra casa.

—Si paga bien, como creo que pagará vuesa merced, no hay mejores huéspedes que los pretendientes: son los que más tiempo paran en la posada.

—Mi dueño y señor,—añadió Matías,—viene recomendado á la córte de parte del prior de Santa María de la Rábida. Ya sabeis...

—¡Y tanto como sé! ¡Ha sido confesor de la reina! ¡Es un santo varon!

—Pues es preciso que le trateis á cuerpo de rey.

—Ya sabe ucé, señor Matías, que no acostumbro á dar gato por liebre, y que aunque soy muy cristiano, no bautizo nunca lo añejo.

Y dirigiéndose á Colon:

—Vuesa merced venga á escoger el cuarto que ha de darle hospedaje.

Y guiando á Colon, en tanto que Matías llevaba la mula á la cuadra, le hizo subir por una escalera bastante estrecha, de tosca madera y poco ménos que suspendida en el aire, por la cual pudo llegar al piso de arriba y entrar en una habitacion con vistas al Poniente.

XVI.

Daba la única ventana de aquel cuarto á la Vega de Córdoba.

Aunque empezaba á anoecer, pudo ver extenderse, á través de la verde yerba, formando una cinta de plata, al majestuoso Guadalquivir, y elevando los ojos, halló de nuevo más hermosas que nunca las tintas del crepúsculo, que el dia anterior le habian hecho volver los ojos y detenerse en medio del camino.

XVII.

—Si es esta la habitacion que me destinais,—dijo á maese Repulgo,—contento de ella estoy.

—Pues esta es, y aquí os quedareis mientras mandó que os dispongan una abundante cena.

—No sólo para mí, sino para mi guía.

—Eso desde luego; y que el señor Matías tiene buen diente, y es capaz de comerse de un bocado un tasajo de jabalí.

—¿Por supuesto, que vuesa merced cenará en el hogar con los demás huéspedes?

—Como gustéis.

—Voy, voy á prevenir...

Colon se quedó solo, y asomándose á la ventana, permaneció algunos instantes contemplando el bellissimo paisaje que se desarrollaba ante sus ojos.

XVIII.

Hácia la derecha, sobresalía de la línea de las casas la parte de un edificio formando un cuadrilátero, con todos los primores de la arquitectura árabe.

Una ventana ojival permitió á Colon descubrir á través de los vidrios de colores un riquísimo gabinete, adornado al estilo oriental, y la sombra de una mujer, cuyos contornos le parecieron encantadores.

XIX.

Cuando maese Repulgo subió á anunciarle que la cena estaba dispuesta:

—¿Quién vive en esa casa?—preguntó el huésped al posadero.

—En esa casa vive doña Beatriz Enriquez de Córdoba, una de las damas más queridas de la reina y más ilustres de la corte.

XX.

Desde aquel momento no pudo ménos de pensar el ilustre viajero en aquella mujer, que vivia á su lado.

¿Presentia el porvenir?

¿Adivinó en aquel instante que más tarde debian unirle con ella lazos estrechos?

No es ahora la ocasion de responder á estas preguntas.

El tiempo no tardará en contestarlas.

Baste saber á los lectores que aquella mujer tenia en su alma el porvenir de Cristóbal Colon.



Capítulo IX.

Un soldado que habla como un libro.

I.

Matias Sampayo habló con las pocas gentes que habia en el meson del viajero que habia conducido á Córdoba desde la Rábida, y les contó tantas maravillas de su sabiduría, que todos aguardaron con impaciencia que bajase á cenar.

Desde el primer momento comprendió Colon que habia excitado gran curiosidad su persona entre aquellas sencillas gentes.

Propicia era la ocasion para él de conocer la opinion del vulgo acerca de las cosas que pasaban por entonces en España, y le agradó en extremo verse tan bien recibido por los huéspedes de maese Repulgo.

Así es que los trató con afabilidad, haciéndoles preguntas, á las que contestaron cada cual en su tono y con arreglo á sus creencias, bastando sus respuestas para satisfacer el deseo que motivaba las preguntas.

II.

—Por lo que hemos oido decir,—exclamó uno de los circunstantes, dirigiéndose al recién llegado,—¿vuesa merced viene á pretender á la córte?

—Así parece.

—¿Algún oficio en la real casa, sin duda?

—¡Oh! No por cierto, soy marino.

—¿Lo que quiere decir, que vuesa merced entiende mucho de las cosas de mar?

—Pues es claro, vaya una pregunta,—contestó otro de los circunstantes.

—¿Y se ha embarcado vuesa merced?

—Algunas veces.

—Vamos, si parece cosa de encantamiento eso de andar por medio del agua en un pedazo de madera!

—No se me olvidará nunca,—dijo otro de los circunstantes,—lo que una vez vieron mis ojos desde la playa de una de las ciudades de Cataluña. Salieron delante de mí unas galeras, y aun no habia pasado una hora, cuando se armó tan récio vendaval, que algunas de ellas perecieron, y las que salieron mejor libradas volvieron impulsadas por el viento á estrellarse contra la costa. Al dia siguiente salieron á flor de agua los cadáveres de los marinos que las tripulaban.

—¡Percances de la vida!—dijo Colon.

—¿Y vuesa merced, nunca se ha visto en semejante peligro?

—Nunca, á Dios gracias.

—¡Ya! Y por eso, sin duda, venís á pedir á los reyes que os den algun empleo en sus galeras.

III.

Colon comprendió desde luego que no le entenderian aquellas gentes, y variando de conversacion:

—¿Qué se miente por Córdoba?—les dijo.

—Aquí, señor Colon,—dijo uno de ellos, que hasta entonces no habia hablado, y que tenia aspecto de hombre aguerrido,—no pensamos más que en degollar moros. Los reyes, mis señores, se han propuesto expurgar toda esta tierra de esos malsines, y todo lo que no sea enviar al infierno una docena de mahometanos al dia, no es cumplir con lo que manda la patria y la religion.

—¿Y en Castilla?

—Castilla está ya apaciguada. Los nobles hace poco quisieron coaligarse y formar una especie de consejo para contrarestar en casos dados la voluntad del rey. Pero ya sabeis cómo las gasta nuestro soberano; para él no hay más poder ni más partido que la justicia y la razon. Poco le importa que los nobles se presenten delante de numerosos ginetes y peones, con todos arremete; y si es valiente ó no, juro por mi fé de Martin Carrasco, que yo le he visto muy de cerca en la hora del combate, y puedo asegurar á vuesa merced, que si ciñe la corona y el manto real, no le está mal tampoco el acerado casco y la cota de malla. Y aunque parece endeble, tiene tal fuerza en su ro-

busto brazo, que yo le he visto de un sólo mandoble tajar á un enemigo que parecia un gigante.

—Por lo que veo,—dijo Colon,—¿jamais mucho al monarca?

—Es natural; soy aragonés, le he visto niño, he luchado á sus órdenes muchas veces, y como soy soldado y me entusiasman los valientes, no he podido ménos de seguirle á todas partes y de estar dispuesto á derramar por él y por su esposa, que es una santa, hasta la última gota de mi sangre.

—Si todos los servidores del rey son como vos, señor Martin Carrasco, bien pueden darse la enhorabuena los reyes de Castilla y Aragon.

—El rey hace al vasallo, señor Colon,—dijo el soldado.—¿Quién hay, por cobarde que sea, que al ver en la hora del combate á su capitan ó á su rey avanzar hácia el enemigo, luchar con él brazo á brazo y triunfar, quién es el que se queda atrás y no procura imitar el ejemplo?

—¿Y si hubiérais visto,—añadió Martin Carrasco entusiasmándose,—si hubiérais visto á mi rey y señor don Fernando hace muy pocos meses en el combate de la Lopera ó en las batallas de la Ajarquía y de Lucena?...

—¿Vos habeis asistido?

—Allí gané esta herida, que aun mana sangre,—dijo Martin Carrasco, levantando un mechón de pelo que caia sobre su frente, ocultando una cicatriz enorme.

—Contad, contad lo que pasó.

—¡Oh! No me lo digais muchas veces, porque es mi gloria recordar esas batallas.

Todos se aprestaron á oírle.

IV.

—El marqués de Cádiz,—continuó Martin Carrasco,—hizo una entrada en Ronda, la saqueó y se volvió con su presa. Los mahometanos vengaron esta ofensa, apoderándose por sorpresa de Zahara, dejando en ella la guarnición precisa para defenderla. Poco después volvió el bizarro marqués, los desalojó de Alhama, sosteniendo en las calles de aquella rica y populosa ciudad un combate formidable.

¡Ah! ¡Cuánto hubiera dado por encontrarme allí!

Nuestros hermanos, mis compañeros, pasaron á cuchillo más de ochocientos moros.

Yo estaba con mi rey y señor don Fernando en Medina del Campo, y apenas supo que el rey Abul-Hacen se preparaba á recobrar la conquista del marqués de Cádiz, imitando al rey santo, tercero de su nombre, montó á caballo con unos pocos: yo iba entre ellos; y se vino á Andalucía con todas las tropas disponibles.

—¿No fué por entonces cuando el alcalde moro de Ronda se presentó delante de Arcos, donde estaba la marquesa de Cádiz, con ánimo de vengar en ella las sangrientas derrotas que á los suyos había hecho sufrir el marqués?

—Y tanto como fué; pero el duque de Medina-Si-

donia voló con su gente en socorro de la esposa y del solar de su antiguo amigo y competidor, y obligó á los moros de Ronda á retirarse.

V.

Colon oia con gusto aquellas narraciones, en las que los pecheros y los soldados que estaban reunidos en torno de la mesa, donde se hallaban los manjares de la cena, presentaban á sus ojos la situacion de la nacion á cuyas puertas iba á llamar para pedir auxilio, y le daban una idea del espíritu belicoso, del noble arranque, del generoso entusiasmo, que tanto en favor de los reyes como de las ideas que patrocinaban y estaban resueltos á realizar, sentian aquellas gentes, á quienes deseaba poder un dia llamar sus compatriotas.

Como hace al caso que tambien mis lectores conozcan la verdadera situacion de la gran monarquía que iba á aumentar el esplendor de su corona con un rico floron, voy á seguir reproduciendo el diálogo animado de aquellas gentes, diálogo que nuestro héroe escuchaba con la mayor atencion.

VI.

—El rey de Granada,—prosiguió Martin Carrasco,—estrechó el sitio de Alhama; pero de las ciudades de Sevilla, Córdoba y Jerez acudieron los cristianos á socorrer la plaza, y los moros huyeron, dejándola abandonada.

—¡Fué una conquista de gran precio!

—¡Que si lo fué! Los granadinos, indignados de la pérdida de aquella ciudad importante y de la persecucion que el rey moro hacia á los Abencerrajes, le arrojaron del trono y eligieron á Boabdil, que es el rey que hoy gobierna.

La guerra civil estalló entre los moros, y éntonces fué cuando los reyes se animaron á emprender la conquista de Granada.

Cerca de Loja, llevando á la cabeza al rey Fernando, hubo un combate sangriento y sostenido, en el que el mismo rey tuvo que dar al frente de la caballería una carga á los moros.

Yo tomé parte en ella.

La matanza que hubo fué espantosa.

El maestre de Calatrava murió en la accion, y quedaron heridos el conde de Haro, el duque de Medina-Sidonia, el conde de Tendilla; y acaso hubiera muerto el mismo rey, si no le hubiera separado del peligro el marqués de Cádiz.

A esta accion siguió la de Lucena.

Boabdil, que aunque enemistado con su padre, hacia de acuerdo con él la guerra á los cristianos, soñó recuperar el reino de Córdoba, y llegó con sus tropas á Lucena.

En esta accion se debió el triunfo á la Providencia.

Nuestro caudillo era el conde de Cabra.

Los moros que quedaban en la ciudad levantaron el sitio y fingieron una retirada para que saliésemos en su busca, y en campo abierto hacernos trizas. Pero

de pronto se extendió por el campo una niebla densa, y esto, y el sonido de una trompeta italiana, hizo creer al enemigo, que no sólo tenía contra sí las tropas cristianas, sino las de otras naciones, y poniéndose en fuga, dejaron abandonado á su rey, el cual, aunque se escondió entre unos zarzales, fué visto por dos soldados cristianos, que le acometieron con las picas, obligándole á rendirse.

Desde allí le llevaron á Porcuna, en cuya fortaleza le encerraron.

—¿Pero luego le puso en libertad el rey nuestro señor?

—Sí, porque es generoso. Aun no hace medio año que, llamándole á Córdoba, hizo paces con él bajo la condicion de vasallaje; y aun hizo más: le entregó á los caballeros granadinos de su partido que vinieron á recibirle, sin pensar que más tarde, mientras él era bueno con el hijo, su padre Abul-Hacén vendría á amenazarle de nuevo en la sierra de la Lopera.

—De allí vengo yo ahora; puedo aseguraros que nos hemos hartado de moros; pero es preciso alejarlos para siempre de sus madrigueras, que esto lo manda Dios, y esto lo quiere el rey.

—Dejadme,—añadió Martin Carrasco levantando el jarro donde bebia,—dejadme brindar por la salud del rey nuestro señor y de la reina, y por que nos lleve cuanto antes á degollar á esos perros traidores y malsines.

—¡Por el triunfo de la Cruz sobre la Media Luna!



CRISTÓBAL COLON.—¡Por el triunfo de la Cruz sobre la Media Luna!

VII.

Era ya tarde, y todos se levantaron para buscar el reposo en el sueño.

Colón, acercándose á Martín Carrasco:

—Decid, señor Martín, ¿creeis que el rey proyecta salir en breve á pelear?

—O mucho me equivoco, ó estaremos ociosos pocos dias.

Este era un contratiempo para el hombre de ciencia.

Sin embargo, no desanimó.

Los comensales se levantaron de la mesa despues de brindar por el buen éxito de las pretensiones del nuevo huésped.

VIII.

Matías Sampayo se despidió de él, anunciándole que al dia siguiente muy temprano se volvería á la Rábida.

Colón le prometió de nuevo no olvidarle, y estrechó su mano.

Esta sencilla manifestacion de aprecio entusiasmó al pobre aldeano.

—Despues de haber conocido á vuesa merced,—le dijo,—me consideraria el hombre más feliz del mundo si encontrase á mi Inés.

El entusiasmo no mitigaba la pena del pobre padre.

Y sin embargo, estaba tan cerca de encontrar á su hija, tan cerca...

VII

IX.

Al día siguiente, al abandonar Colon el lecho, encontró en el hogar de la posada al aldeano.

—¿Qué es eso? ¿Cómo estais aún aquí?—

El infeliz quiso hablar, pero no pudo.

La emocion le ahogaba.

Sus ojos se inundaron de lágrimas, y cayendo en los brazos de Colon:

—¡Soy muy feliz y muy desgraciado!—le dijo.

Mis lectores van á saber por qué.

VIII

Capítulo X.

Una felicidad inesperada.

I.

El bueno de Matías se levantó muy temprano con ánimo resuelto de regresar á la Rábida, y ya se despedía de maese Repulgo, cuando una vieja que pasó por delante de la puerta, encarándose con el aldeano:

—¿Es ucé Matías Sampayo?

—Sí. ¿Qué se ofrece?

—Querria hablar con ucé dos palabras.

—Aunque sean ciento.

Maese Repulgo, que era un hombre muy comedido, se retiró, dejando á Matías en poder de la vieja.

II.

—Ucé no me conoce, ¿no es verdad?—dijo la Quintañoña.

—No por cierto.

—No hace al caso. Lo único que quiero averiguar, para saber si no me han engañado, es si ucé tiene una hija llamada Inés.

Al oír esta pregunta se sorprendió Matías, y con el mayor interés:

—¿Sabeis dónde se encuentra?—le preguntó:

—¿Qué vivo sois, señor Matías! Os he hecho una pregunta y respondeis con otra. Eso no es regular. Contestadme primero, y yo os contestaré despues.

—Pues bien, sí,—dijo el aldeano;—tengo una hija, y una hija que se llama Inés, que desapareció hace tiempo de mi casa y no sé dónde está. Si lo sabeis, decidmelo por Dios, y pedidme en cambio cuanto queráis. Soy pobre, pero ¿qué no hará un padre por recuperar á su hija?

—Pues bien: yo, que gracias á mi ciencia, porque es mucha... Y aquí donde me veís, he descubiertó, por medio de mis artes, lo que os sucedió y el paradero de vuestra hija; al comprender vuestra afliccion, he venido á buscaros, sin otro objeto que el de poneros en camino de hallar á esa muchacha, que aunque se cree hoy muy feliz, es, sin embargo, más desgraciada que cuando estaba al lado vuestro.

—¿Es decir, que vos sabeis?...

—Oid, y lo sabreis todo.

III.

—Vuestra hija, creyendo una patraña que le dijeron unos gitanos, despues de ver que habian salido las

cosas tal como se las habian anunciado, se escapó una mañana del pueblo, y no muy lejos encontró á los gitanos que le habian asegurado un porvenir de los más halagüeños.

—«Muchacha, — le dijeron, — por lo visto, te has convencido de que no te hemos engañado.

—«Venia á buscaros, — contestó Inés.

—«¿Segun eso, quieres realizar tu destino?

—«Quiero que se cumpla lo que me habeis prometido.

—«Pues nada más fácil, hija mia; pero es necesario que tengas valor para abandonar la casa sin despedirte de tus padres.

—«Eso es cruel, — contestó la rapazuela.

—«Y sin embargo, — añadió, — sólo á ese precio podrás venir con nosotros adonde está la córte, y ser, como te hemos anunciado, la esposa de un gran señor que te colme de placeres y riquezas.

—«¿Pero todo eso será verdad?

—«Eres muy descreida; ven con nosotros y te convencerás.

—«Y á mi padre y á mi madre, ¿cómo los abandono?

—«Pero, tontuela, ¿no conoces que te perdonarán cuando puedas dentro de poco llamarlos á tu lado y darles parte de tus riquezas?

—«Eso sí, teneis razon.

—«Pues nada, nada; déjate de tonterías, y vente con nosotros.»

Inés luchó; pero al fin siguió á los gitanos.

IV.

Se la llevaron á Castilla con el infame objeto, ¡Dios me perdone! de vendérsela á algun noble para que fuese su manceba.

—¡Qué horror!—dijo Matias, enfureciéndose al oír aquel relato.

—Pero, tranquilizáos,—continuó la vieja, que tenia todas las trazas de una bruja.

En Medina del Campo, donde á la sazón estaban los reyes, un galantuelo vió á vuestra hija y se enamoró de ella. Pero no creais que fué su amor un pasatiempo, nada de eso; al contrario, se convirtió en una verdadera pasion.

V.

Este jóven era paje de un gran señor.

Conoció sin duda las intenciones de la gitana y consiguió engañarla, diciéndola que su señor se habia prendado de ella, y que estaba autorizado para tratar con ella las condiciones de la venta de la muchacha, y hasta consiguió que le permitiera hablar á solas con Inés.

VI.

¿Qué hablarían los dos?

Nadie lo sabe.

Lo cierto es que al cabo de dos ó tres entrevistas

que tuvieron, desapareció un día Inés, y cuantos esfuerzos hicieron los gitanos para encontrarla, fueron inútiles.

No dudaron al pronto que se hallaba en poder de algun gran señor, y jurando vengarse de la pérfida chica, que de aquella manera les habia engañado, siguieron la corte á todas partes, creyendo que tarde ó temprano la hallarian.

VII.

—¿Y la hallaron?

—Sí tal; la encontraron en Córdoba.

—¿Aquí?

—Precisamente, y lo que es más, en compañía del paje.

—¡Eso es horrible!—dijo Matías.—Yo necesito que me digais dónde se halla, quiero verla. Yo la arrancaré de sus brazos.

—No podreis; el pajecillo es hombre que lo entiende, y entre él y ella han engañado á una señora, que los tiene actualmente á su servicio, ignorando sin duda lo que pasa, porque si lo supiera, es muy buena cristiana y les hubiera arrojado de su casa, dándoles además un ejemplar castigo.

—¿Acabarás de decirme dónde está?—exclamó Matías con impaciencia.

—Calma, señor Sampayo, calma.

—¿Ignoras que soy padre?

—Me tratais de mala manera, á mí, que he venido á haceros un favor...

—Perdonad, perdonad mi impaciencia, y decidme dónde se halla.

—No muy lejos de aquí.

—¿Me habeis indicado que está al servicio de una gran señora?

—Teneis buena memoria.

—Decidme su nombre.

—Su nombre y la casa donde habita. Venid, venid.

Y señalando á una casa contigua:

VIII.

—¿Veis esa casa que tiene encima de la puerta un escudo de piedra?

—Sí.

—Pues bien, en esa casa vive una dama, á quien la reina, nuestra señora, estima mucho, y á quien por sus virtudes y su belleza respetan en la córte hasta los nobles más libertinos.

—El nombre de esa dama.

—Doña Beatriz Enriquez de Córdoba.

—Y acaso mi hija...

—Inés vive con ella, es su camarista predilecta.

—¡Ah! Gracias, gracias,—dijo Sampayo.—Pero vos, ¿cómo habeis sabido...?

—Eso no hace al caso. Si quereis averiguar algo más que yo sé, venid á verme de cuando en cuando, preguntad por la madre Martina en la judería, y os llevarán hasta mi casa.

Antes de separarnos, oid un consejo: procurad que

salga vuestra hija de esa casa donde está, aunque tengais que valeros para ello de algun subterfugio, y en cuanto esté en vuestro poder llevadla á mi casa, que yo consultaré las rayas de sus manos y los astros, podré deciros cuál es su porvenir, y si debeis dejarla seguir su suerte ó llevarla á viva fuerza á vuestro lado. Por de pronto, no perdais tiempo.

La vieja desapareció, y Matías se encaminó á la casa que le habia indicado.

IX.

Aun estaba cerrada la puerta.

Era muy temprano, y se resignó á esperar.

Volvióse á la posada, y aguardó, con el alma traspasada de dolor, á que pasase el tiempo para volver á ver á su hija.

X.

Lo que sufrió en aquellos momentos el infeliz padre, es indecible.

Se figuraba á su hija seducida, engañada; y al mismo tiempo combatian en su alma la severidad del juez y el cariño del padre.

En esto le sorprendió Colon, y el exceso de su pesadumbre hizo al pobre aldeano buscar consuelo en sus brazos.

Poco despues le refirió cuanto la vieja le habia dicho.

XI.

—Antes de dar ese paso, antes de llamar á las puertas de esa casa, debéis informaros,—le dijo Colon.

Y llamando á maese Repulgo, los dos le interrogaron acerca de las personas que formaban la servidumbre de doña Beatriz.

Despues de oirle, no tuvo duda Matías.

Su hija Inés era la camarista predilecta de aquella ilustre dama.

Pero al mismo tiempo, maese Repulgo le aseguró que Inés era tan bella como virtuosa, y que lo único que habia oido decir era que su ama le profesaba gran cariño, y que protegiendo sus amores con su paje Beltran, aspiraba á enlazarla con él y á contribuir á su felicidad.

Si esto era cierto, con doble motivo debia Matías ir á ver á su hija.

Fué, en efecto, y Cristóbal Colon se quedó en la posada aguardando á saber el resultado de aquella entrevista.

XII.

Matias llamó á la puerta, y por uno de los escuderos hizo pasar recado á doña Beatriz, anunciándola que acababa de llegar de Santa María de la Rábida y que deseaba verla.

En aquellos bienaventurados tiempos las damas ilustres madrugaban bastante, lo que quiere decir que

doña Beatriz se hallaba en disposicion de recibir al aldeano.

XIII.

Esta gran señora sabia que su camarista Inés era de la Rábida, y atribuyó desde luego la visita de Matías á alguna negociacion del padre de la jóven.

Por la misma razon, quiso recibirle á solas, y mandó al escudero que con las mayores precauciones le introdujese en su estancia y ocultase la venida de aquel hombre á los demás servidores.

Matías Sampayo no tardó en encontrarse delante de una mujer como de veintisiete á veintiocho años, con todo el aspecto de una matrona y la belleza de un ángel.

XIV.

Vestia un rico traje de brocado.

Las anchas mangas que pendian de sus hombros estaban forradas de blanca y reluciente seda, y sus negros cabellos, caprichosamente adornados con hilos de perlas, contribuian á aumentar los encantos de su rostro.

El aldeano quedó deslumbrado ante aquella mujer, que tanto de extraordinario y de maravilloso ofrecia á sus admirados ojos.

XV.

—Me han anunciado que deseais hablarme,—dijo doña Beatriz con voz amable y cariñosa.

—Sí, gran señora,—articuló Matías.

—¿Y habeis llegado de la Rábida?

—Anoche mismo.

—Eso quiere decir que traeis alguna mision para mí de parte de algun vecino vuestro.

—¡Oh! No, señora; cuando salí de allí no esperaba tener la honra de venir á besar vuestras plantas.

—Entonces, ¿con qué objeto habeis venido?

—Permitidme, señora, que os hable con la franqueza de un hombre rudo; pero que vive bajo el peso de una desgracia.

—Habeis despertado mi curiosidad; hablad, hablad; yo soy ahora quien os lo suplica.

—Pues bien, señora; yo soy Matías Sampayo.

—¿Vos?—exclamó doña Beatriz.

—¿Por ventura ha oido vuesa merced alguna vez mi nombre?

—Sí, creo que sí.

—Pues bien: el prior de la Rábida me llamó hace tres dias para confiarme la mision de acompañar á Córdoba á un extranjero á quien estima mucho, y cuya suerte desea labrar. Sólo por esta causa abandoné mi aldea y me puse en camino. ¡Cuán ajeno estaba yo de que el destino me reservaba, al mismo tiempo que la dicha de saber el paradero de una hija adorada, á quien he perdido hace ya tiempo, el inmenso pesar de saber que esta hija, aunque aparentemente feliz, está labrándose su propia desgracia!

—¿Qué decís?—preguntó vivamente doña Beatriz Enriquez de Córdoba.—Vuestra hija, señor Sampayo,

no es desgraciada; es, al contrario, muy dichosa, porque yo estimo en mucho sus prendas, y es mi camarista favorita.

—¿Luego no me han engañado?

—No.

—¿Con que mi hija está aquí?—preguntó Matías profundamente conmovido.

—Sí, aquí está.

—¡Ah! No me priveis de la felicidad de abrazarla. Yo la perdono, porque los que sufren mucho, saben perdonar; pero mandad que venga.

—No tardareis en verla. Ella os ama también, y hace ya mucho tiempo que su único deseo es implorar vuestro perdón y colmaros de beneficios.

—He sabido la historia de su vida desde que abandonó la aldea; he sabido que á los pocos días de este suceso, consiguió entrar en vuestra casa á servir; pero ¡ay de mí! ¿Acaso no sabéis vos, señora, las relaciones criminales, los lazos desdichados que la ligan á uno de vuestros pajes?

—Os han engañado miserablemente,—dijo doña Beatriz.—Beltran, uno de mis mejores servidores, joven aún, valiente, honrado, halló á Inés en poder de unos infames gitanos, que sólo deseaban perderla. Se prendó de su hermosura, y no ocultándome nada, imploró mi protección para ella. Yo la traje á mi lado, la empleé en mi servicio, la colmé de distinciones, y á mi lado ha vivido tan honrada como hubiera podido estar al lado de sus padres; Beltran la ama demasiado para querer perderla, y su único anhelo,

desde hace mucho tiempo, es que yo les dé mi licencia para unirse y volver á la aldea donde nació á implorar el perdon de sus padres.

—¿Es cierto eso, señora? Repetídmelo, ¡por Dios!—dijo Matías, cayendo de rodillas á los piés de doña Beatriz.

—Os lo aseguro.

—¿Con qué podré pagaros tanto favor?

—Perdonando á vuestra hija y bendiciendo su union con Beltran, cuando los reyes, mis augustos amos, accediendo á mis ruegos, den una espada al paje, y pueda volver victorioso de una campaña á merecer la proteccion de los soberanos y la mia.

—¡Ah! ¡Por piedad, señora, haced que venga mi hija, que yo pueda estrecharla entre mis brazos! Su madre está muriéndose; la pesadumbre de haberla perdido ha minado su salud; pero en cuanto sepa que vive y es dichosa... ¡Ah, que yo la vea, para poder volar al lado de mi esposa y darle parte de la felicidad que inunda mi alma en este instante!

XV.

Doña Beatriz mandó llamar á Inés, y cuando esta se presentó:

—Dios ha escuchado tus deseos,—le dijo;—ahí tienes á tu padre, que te perdona y te bendice.

Inés sorprendida, miró al aldeano, y bajando los ojos, corrió á echarse en los brazos que el cariñoso padre le tendia.

XVI.

—¡Hija de mi alma!—exclamó este.

—¡Padre mio!—dijo la jóven, llorando de alegría y de felicidad.

Beltran, llamado por doña Beatriz, no tardó en presentarse, y besó humildemente la mano del padre de su amada.

Doña Beatriz gozaba en aquellos momentos, porque tenia un corazon generoso, porque verdaderamente profesaba un fraternal cariño á Beltran y á Inés, y tomaba parte en su ventura.

A aquella escena de expansion siguió otra no ménos interesante.

XVII.

Inés refirió á su padre cuanto le habia pasado, le preguntó por su madre, por su adorada madre, á quien nunca habia olvidado, y cuando Matías le dió algunas señas de la vieja que le habia informado de su paradero:

—Esa infame mujer es la que me robó de vuestro lado, la que quiso perderme, la que sin duda alguna, al ver que Beltran me libró de sus garras, ha querido tenderme un lazo para apoderarse de mí nuevamente, para vengarse de mi bienhechor.

—Yo te aseguro,—dijo doña Beatriz,—que daré parte á la Santa Hermandad para que la vigile de cerca, y se le aplique el castigo que merece.

Tranquilo y satisfecho el bueno de Matías, se acordó de que esperaba su vuelta el viajero, y se despidió precipitadamente de doña Beatriz y de su hija.

XVIII.

—¿Adónde vais?

—El viajero á quien he conducido desde la Rábida me ha tomado tanto afecto, es tan bueno, que al saber lo que me sucedia, aunque ha venido á pretender á la córte, aunque tiene gran interés en presentar cuanto antes las cartas que el prior de Santa María de la Rábida le ha dado para que le atiendan en la córte, se ha quedado en la posada inmediata aguardándome para saber el resultado de esta entrevista. Y no lo dude vuesa merced: gozará tanto al saber mi felicidad como si fuera la suya propia, porque además de ser muy sábio, tiene un corazon de los más generosos del mundo.

—¿Y es extranjero?—preguntó doña Beatriz.

—Sí, señora; es de Génova.

—¿Y no sabeis cuáles son los deseos que le traen á la córte?

—Entiende mucho de astros, es un gran navegante, y yo no sé que he oido decir de nuevas tierras que se propone descubrir. ¡Oh! Es un hombre superior. Si vuesa merced le viera y le oyera explicarse... Pero voy, voy con vuestra licencia, porque estará impaciente.

—Si tanto le estimais,—dijo doña Beatriz,—si fray

Juan Perez de Marchena le recomienda á la córte, persona de valía debe ser, y podeis indicarle que si en alguna ocasion necesita de mi apoyo, puede contar con quanto soy y quanto valgo.

—Gracias, gracias, señora,—dijo Matias, que no sabia cómo agradecer á aquella ilustre dama los beneficios que le habia dispensado.

XIX.

Colon aguardaba, en efecto, con impaciencia al aldeano.

Cuando supo lo que habia pasado, ardió en vivos deseos de conocer á aquella mujer bondadosa, que desde el dia anterior, y sin poder explicarse la causa, vivia en su pensamiento.

Matias Sampayo repitió las palabras de doña Beatriz, y aun cuando parecian ofrecimiento cortesano, no las olvidó Colon.

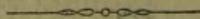
XX.

Pero le urgía muchísimo presentarse á fray Fernando de Talavera, persona á quien más directamente le habia recomendado el prior de la Rábida, y felicitando á Matias por su ventura, se despidió de él, reiterándole su afecto y los ofrecimientos que anteriormente le habia hecho.

XXI.

Más tarde conoceremos á fondo el carácter de doña Beatriz y su historia. Tambien sabremos los motivos que la impulsaban á proteger á Beltran y á profesar aquel entrañable cariño á Inés.

Abandonémoslas ahora, lo mismo que á Matías Sampayo, el cual, sin pérdida de tiempo, se puso en camino para la aldea, adonde deseaba llegar, con el objeto de comunicar á su esposa y á todo el mundo lo que le habia pasado, y sigamos á nuestro héroe en la nueva peregrinacion que emprendió para conseguir que la corona de España aceptase la rica joya que aspiraba á ofrecerle.



lavara, y estos le condujeron hacia el Palacio Viejo, que era donde se hospedaba el confesor de la reina.

Capítulo XI.

Una carta de recomendación.

Pobremente vestido, pero revelando, á pesar de su pobreza, la superior inteligencia de que estaba dotado, se encaminó Colon hácia la mezquita, convertida en templo católico, para averiguar dónde vivía fray Fernando de Talavera, superior del monasterio del Prado, confesor de la reina, y que, por lo tanto, acompañaba en todas sus expediciones á la corte.

Martin Carrasco se prestó á acompañarle hasta la iglesia, porque conocía todas las calles y encrucijadas de la ciudad, y podia dispensarle aquel favor.

Pero una vez delante del átrio de la antigua mezquita, vió á varios compañeros, y se separó de Colon para ir con ellos á hablar de sus batallas pasadas y de sus belicosas esperanzas futuras.

Colon preguntó á unos acólitos que habia en el átrio dónde podria encontrar á fray Fernando de Ta-

lavera, y estos le encaminaron hácia el Palacio Viejo, que era donde se hospedaba el confesor de la reina.

II.

El ilustre genovés se dirigió á uno de los pajes de su eminencia, y le suplicó que anunciase á fray Fernando de Talavera su llegada con una carta de recomendacion de fray Juan Perez de Marchena, superior del convento de la Rábida.

—Muy grande amigo es de su eminencia,—dijo el paje,—y voy al punto á participarle vuestros deseos.

Hizo á Colon que subiese una espaciosa escalera de mármol, y le dejó en una antecámara, donde habia algunos eclesiásticos, pajes y demás individuos de la servidumbre del confesor de la reina.

III.

Precisamente la hora en que llegaba Colon al palacio era la más oportuna para ver á fray Fernando de Talavera.

Acababa de comer opíparamente, como solia hacerlo, y estaba del mejor talante posible para recibir á un pretendiente.

IV.

Era fray Fernando de Talavera hombre de unos cincuenta á cincuenta y cuatro años, de mediana esta-

tura, bastante obeso y de un semblante apacible y bondadoso.

Si se cuidaba mucho su eminencia, era fácil adivinarlo al ver sus abultados carrillos, el color de sus mejillas y el brillo de su tez.

V.

Habíanle acompañado á saborear los riquísimos manjares que se servían en su mesa dos ó tres canónigos muy amigos suyos, su secretario fray Prudencio, mercenario muy jóven, aunque de gran talento y no poca sagacidad; en una palabra, con todas las condiciones para ocupar el puesto que desempeñaba; y algunos que otros nobles, de los que sabiendo la influencia que tenía el prelado sobre su majestad la reina, deseaban conservarse en su gracia.

VI.

La alegría reinaba entre los comensales cuando se presentó el paje y anunció á su eminencia la llegada del extranjero.

—Un nuevo pretendiente, sin duda, —dijo uno de los nobles, que era el marqués de Almagro.

—Me le recomienda muy eficazmente, segun ha dicho, mi buen amigo Juan Perez de Marchena, y es necesario recibirle. Además, trae una carta, y por ella sabremos quién es. Decid al extranjero que pase.

El paje salió á cumplir las órdenes de fray Fernan-

do de Talavera, y poco después se halló en presencia de aquel prelado, en quien tenia depositadas todas sus esperanzas el pobre é ignorado geógrafo, á quien la Providencia reservaba el glorioso título de descubridor del Nuevo-Mundo.

VII.

El genio no sucumbe jamás á ese temor que causan los altos personajes, las eminencias de todas clases, á los que acuden á implorar su proteccion.

Al avanzar hácia el prelado para besar su anillo y entregarle la carta, el paso de Colon era firme, majestuoso.

VIII.

—Bien venido seais,—dijo el confesor de la reina al recién llegado.

Y al ver que se inclinaba para besar su anillo:

—Levantad y dadme la carta de mi buen amigo fray Juan Perez de Marchena.

Colon entregó la misiva al prelado, y permaneció á corta distancia de él mientras la leia; siendo objeto de las escrutadoras miradas de los circunstantes.

IX.

Colon tenia fijos sus ojos en los de fray Fernando de Talavera.

Este leía con avidez la carta, y se veía claramente en la expresión de su fisonomía que le ponía aquella lectura del mejor humor posible.

Una sonrisa burlona asomaba á sus labios.

X.

—Pues, señor, — exclamó después de leer toda la carta, — tengo que dar las gracias á mi buen amigo el prior de la Rábida, porque me ha proporcionado la ocasión de conocer á un hombre, que, perdonad que os lo diga, ó es un genio, ó es un loco.

Estas palabras excitaron la más viva curiosidad en todos los circunstantes, y al notarlo fray Fernando de Talavera:

—Indícame mi amigo, el buen prior, que me entregará esta carta un genovés, hombre de gran talento, de gran virtud y de un genio poderoso, que animado por el más vivo deseo de encontrar un camino más directo y más corto que el descubierto por los portugueses para llegar á las Indias, ha concebido la esperanza de hallar en medio de la inmensidad del Océano extensas tierras con una raza primitiva y con inapreciables tesoros.

Suplicame además que le dispense mi protección y hable á los augustos reyes en favor de su recomendado; y cree, por último, haberme facilitado con esta ocasión la de ofrecer á la corona de Castilla uno de sus más espléndidos florones.

XI.

Las palabras de fray Fernando de Talavera fueron acogidas con irónica sonrisa por sus comensales.

Parecía todo aquello delirio de una imaginación calenturienta, y no hacían otra cosa más que fijar sus miradas en Colon, que aguardaba con impaciencia la respuesta del confesor de la reina.

Fray Fernando de Talavera le miraba á su vez como queriendo sorprender en él los síntomas de la demencia que en su concepto padecía.

Pero las miradas de aquellos hombres perdían toda su fuerza ante el fuego de las que despedían los negros y brillantes ojos de Colon.

La severa serenidad de su rostro, la actitud, á la vez orgullosa y humilde, con que esperaba el fallo del confesor de la reina, desconcertaban á aquellos alegres convidados, que estaban más dispuestos á tomar á chanza y á burla lo que oían, que á darle toda la importancia que tenía en sí.

XII.

—¿Estais seguro de que no habeis soñado?—preguntó fray Fernando de Talavera.

—Si vuestra eminencia se digna oirme á solas,—repuso Colon,—tendré acaso la dicha de demostraros que no es un sueño, sino la realidad, lo que deseo ofrecer á los augustos reyes de esta nacion.

—De cualquier modo que sea,—añadió el prelado,—yo debo las mayores atenciones á fray Juan Perez de Marchena, y es mi deber prestaros todo mi apoyo.

Habeis venido, sin embargo, en una ocasion muy mala.

No es esta la mejor época para hablar á los reyes en favor de proyectos imaginarios, cuando todos sus pensamientos, todos sus deseos, son exclusivamente limpiar de mahometanos esta tierra y alejarlos para siempre de sus madrigueras de Almería y Granada á los confines de África.

Pero no obstante, venid á verme en mejor ocasion, y aun cuando no espero conseguir en favor vuestro lo que deseais, tendré al ménos el placer de demostraros á vos, y á mi amigo el prior de la Rábida, cuánto estimo sus buenas prendas.

Colon se despidió bastante triste, y aun no habia salido de la antecámara, cuando resonaron en su oido las carcajadas de los comensales de fray Fernando de Talavera, que burlándose de su proyecto, como se habian burlado los cortesanos de don Juan II, compadecian su estado, creyéndolo un demente.

XIII.

Por más que las palabras del confesor de la reina le hubieran demostrado que deseaba atender la recomendacion del prior de la Rábida, no se hacia ilusiones.

Los sintomas eran fatales.

Todo le hacia creer que un nuevo y doloroso martirio le aguardaba en la corte de los Reyes Católicos, y habia sufrido tanto, que le parecia que no tendria suficientes fuerzas para soportar aquella nueva prueba, no ménos dolorosa que las anteriores.

XIV.

Desde el palacio episcopal fué, sin saber por dónde, hasta una plaza, en donde descubrió un edificio suntuoso.

Era el alcázar en donde se hospedaban los reyes de Castilla y Aragon.

La plaza el Campo de los Mártires.

La muchedumbre se agolpaba en torno de la puerta, y en el momento en que llegó Colon, vió salir una lujosa litera, á la que seguian otras con gran acompañamiento de pajes y escuderos.

Colon se confundió con la muchedumbre, y por la primera vez de su vida fijó sus ojos en la excelsa soberana que la Providencia habia destinado á ser profeta de su sublime pensamiento.

En la segunda litera vió Colon á una dama de peregrina hermosura.

Sus facciones le recordaron las de aquella mujer que se le habia aparecido en sueños, y le habia mandado buscar en Castilla la realizacion de sus proyectos.

Maquinalmente se volvió á uno de los pecheros que habia á su lado, y le dijo:

—¿Quién es aquella dama que acompaña á la reina?

—¿La que vá en la segunda litera?

—Sí.

—Doña Beatriz Enriquez de Córdoba,—le respondió.

Colon no se habia equivocado.

Su presentimiento era cierto.

Capítulo VII.

III.



Capítulo XII.

Luz y sombra.

I.

Maquinalmente siguió Colon á la comitiva, que atravesando el Campo de los Mártires, desde el Alcázar Nuevo se dirigió á la catedral, entrando por la Puerta de las Bendiciones.

En aquellos momentos iba la reina á asistir á una solemne funcion religiosa, en cumplimiento del voto que habia hecho para que obtuviese su augusto esposo el triunfo sobre los musulmanes, en la batalla de Lucena.

II.

Los que conocen la magnificencia de aquel templo, mezquita erigida al culto del Coran sobre el espacio que habia ocupado el templo de San Jorge, por el ca-

lifa Abderramen ó Hixen; los que hayan pasado algun tiempo bajo aquellos esbeltos é innumerables arcos, bajo cuyas bóvedas se reproduce hasta lo infinito el eco de las oraciones y el melancólico sonido del órgano, comprenderán el efecto que produjo en Cristóbal Colon aquella maravilla de la arquitectura oriental, convertida en espléndida casa del Señor por el famoso Alonso Onceno.

III.

La capilla mayor parecía un áscua de oro.

Millares de cirios iluminaban el retablo que ocupaba el lugar, del que cinco años despues fué costeadado por el obispo don Iñigo Manrique.

La reina, seguida de sus damas, llegó hasta el pié del altar mayor, en donde la aguardaba un reclinatorio de terciopelo con brocado, por entre una fila de ricos-homes y altos personajes de la córte.

Colon se quedó atrás, y como todos los circunstantes, imitando á la egregia reina, hincó la rodilla en tierra al mismo tiempo que el cabildo entonaba el *Te-Deum*.

IV.

La ceremonia duró más de una hora, y al cabo de este tiempo Colon, que deseaba volver á ver de cerca, tanto á la reina como á su camarista, se colocó en el dintel de la puerta por donde debian salir, y no tardó en realizar su deseo.

Los nobles volvieron á formar una columna de honor, y por entre sus filas se adelantaron hácia la puerta donde esperaban las literas, doña Isabel y sus damas.

V.

Doña Beatriz fijó sus distraídos ojos en el extranjero, y Colón experimentó, al cruzar su mirada con la de aquella mujer, una emoción inmensa.

Al pasar á su lado, fué á propósito ó maquinalmente, dejó caer doña Beatriz el paño de finísimo lienzo que acababa de sacar de la escarcela.

Colón se apresuró á recogerle y á ofrecérselo.

La ilustre dama se limitó á darle las gracias con una afable mirada, y á decirle:

—«Guardadlo.»

La voz de doña Beatriz resonó en el alma de Colón como la voz de su esperanza.

VI.

El ilustre genovés habia recibido en un mismo dia dos impresiones completamente distintas.

La una era un desengaño.

La otra una ilusion.

Fray Fernando de Talavera le habia hecho comprender que no podia contar con él para nada.

En medio de sus desventuras, la aparicion de doña Beatriz era para su corazón angustiado un inmenso consuelo.

VII.

Colon poseia una de esas almas ávidas de emociones, una de esas almas cuya vehemencia no mitigan ni los desdenes de la adversa fortuna ni las huellas del tiempo.

Separada de él para siempre por la muerte la mujer que habia llenado su corazon durante los mejores años de su juventud, habia quedado en su alma la ambicion de la gloria, los ensueños dulcísimos cuya realizacion acariciaba; pero la desgracia se habia ensañado en él.

Felipa habia bajado al sepulcro dejando un inmenso vacío en su corazon.

Su ambicion de gloria habia encontrado infinitos obstáculos.

La indiferencia de unos, la envidia de otros, habian trocado sus ilusiones en desengaños.

Su corazon estaba oprimido bajo el peso del más intenso dolor.

Necesitaba expansion, necesitaba algun nuevo sentimiento que mitigase las amarguras que sufría, y comprendía que esta emocion, que este sentimiento dulcísimo, sólo podia inspirárselo aquella mujer, en cuya bondadosa mirada, en cuyo celestial acento, habia hallado el consuelo para la herida que acababa de recibir.

VIII.

A partir de aquel momento, su único deseo fué acercarse á doña Beatriz.

Antes de hablarla necesitaba conocer su historia, adivinar los misterios de su alma, inquirir cuáles eran los lazos que la ligaban á la vida, y se figuró que el mejor medio de obtener cuanto deseaba podia hallarlo en Matías.

Tornó inmediatamente á la posada y preguntó por él.

IX.

El aldeano habia partido.

Quiso al pronto dirigir algunas preguntas á maese Repulgo; pero no se atrevió, temeroso de que descubriera en su curiosidad el interés que le movia.

El posadero le preguntó si se habia presentado al confesor de la reina.

X.

—He tenido el honor de verle.

—¿Y qué os ha dicho?

—Me ha recibido bien.

—Eso sí, es un hombre muy campechano. Yo no le he visto nunca; pero he oido hablar de él á varios pretendientes, y aseguran que no tiene malas palabras. Bien es verdad que no falta quien diga que tampoco tiene buenos hechos.

—Sin duda le calumnian.

—Cuando el rio suena...

—La reina, segun parece, le estima mucho.

—Mucho, porque no le cuesta trabajo tener manga ancha. Su majestad es la misma virtud, y ya se vé, cuando se acerca al tribunal de la penitencia, en vez de oir sermones, tiene por fuerza que escuchar alabanzas.

—Y el confesor es hombre de influencia, ¿no es cierto?

—Alcanza de los reyes todo lo que quiere; así es, que si habeis conseguido su gracia, podeis dar por ganada vuestra pretension.

—¿Y de lo contrario?...

—Si no toma interés por vuestro asunto, todos cuantos pasos deis serán inútiles.

XI.

La conviccion con que hablaba el posadero acerca del carácter y de la influencia del confesor de la reina, hizo comprender á Colon, que si no debia renunciar á la esperanza de realizar sus planes con el apoyo de los Reyes Católicos, tendria que luchar tanto, que quizás le faltasen fuerzas para obtener el triunfo.

Pero en medio de su afliccion le sonreia el recuerdo de aquella mujer angelical, que por tantos motivos se habia apoderado de su alma, y de la que tan dulce impresion conservaba.

XII.

Colon, triste, abatido como el genio que se halla en un momento de desesperacion, subió á su aposento, y maquinalmente se dirigió á la ventana.

Sus miradas no se encaminaron aquella vez hácia el Océano.

Las tintas del crepúsculo no le preocupaban.

El verdor de la vega, el perfume que exhalaban los frondosos árboles y las matizadas plantas, pasaban desapercibidos para él.

XIII.

En cambio, sus ojos estaban fijos en la arabesca ventana, á través de cuyos vidrios de colores habia visto la noche anterior dibujarse el contorno de doña Beatriz.

El tiempo pasaba para él sin sentirlo.

Hallábase en uno de esos instantes de la vida del hombre de talento, en que sus fuerzas decaen, mientras que su imaginacion febril se lanza en alas de la fantasía á las regiones de lo desconocido, y busca en la esperanza los medios de reanimar su abatido espíritu.

XIV.

Empezaba ya á anochecer, cuando dominado por el desaliento que oprimia su corazon, sintió que dos acerbos lágrimas asomaban á sus ojos.

—¿Qué soy yo?—se decia.—¿De qué me sirve esta imaginacion que me has dado, Dios mio? Rico por ella, mi pobreza en el mundo es infinitamente mayor que la de los demás hombres.

Nacido en la humilde casa de un artesano, criado poco ménos que en la indigencia, desde muy niño he buscado para mi alma una esfera superior, porque la necesitaba para vivir.

He abandonado mi patria, he buscado en un país extranjero el premio de mi trabajo, la felicidad de mi alma; he sentido apoderarse de mí la ambicion de gloria; he deseado ser grande, conquistar para mi oscuro nombre la admiracion del mundo, y sólo he hallado la calificacion de loco, y he perdido la felicidad que me sonreia.

Hoy no me queda más lazo que me ligue á la tierra que el de mi pobre hijo, á quien he tenido que abandonar para seguir mi peregrinacion y devorar á solas los disgustos que me esperan.

¡Oh! ¡La vida! ¿qué es la vida para el hombre á quien los lazos de la miseria sujetan al mundo, cuando su pensamiento le lleva á las regiones de lo ideal?

Esta lucha me debilita, me mata. ¿Qué puedo hacer, Dios mio, contra la indiferencia de los hombres? Solo, sin amparo de ningun género, sin la afeccion de una persona que me sostenga, que me ayude, que me consuele en mis desgracias. La muerte, la muerte me sonríe. ¿Por qué me tendrá tan olvidado?

Este pensamiento hizo asomar de nuevo las lágrimas á sus ojos.

XV.

—Y sin embargo,—añadió el infeliz,—yo siento en mí, vida bastante para luchar; de nuevo se despierta en mi alma, con más fuerza que nunca, un sentimiento que yo creía muerto: el sentimiento del amor.

¿Para qué he de ocultarlo?

Esa mujer, ese ángel que he hallado en mi camino, que parece brindarme la felicidad con su mirada... Oh, sí; esa mujer se ha apoderado de mi corazón, le ha llenado con su pensamiento; y la ansiedad que hay ahora en mí, el deseo de verla, su imágen que no se aparta de mis ojos, su acento que aun resuena en mi oído, todo me dice que la amo, que la amo con toda mi alma.

XVI.

El horizonte se cubrió de sombras.

La noche tendió su velo sobre la imperial ciudad; las estrellas brillaron en el firmamento azulado, y la brisa llevó de pronto al oído del ilustre extranjero la voz dulcísima de una mujer, que cantaba acompañada del blando y melodioso sonido de un arpa.

XVII.

Fijó sus ojos en la ventana de Beatriz, y á través de los vidrios de colores, comprendió que ella era la que llenaba el espacio con su dulcísima voz.

—¿Por qué tiemblo,—se dijo,—si el corazón me dice que en ella está mi felicidad? ¿Por qué tardo en conseguirla?

Y saliendo precipitadamente de la estancia, bajó á la calle y se acercó á la casa de doña Beatriz.

Un paje iba á entrar al mismo tiempo que llegaba Colon.

XVIII.

—¿Sois, por ventura,—le dijo,—paje de la señora doña Beatriz Enriquez de Córdoba?

—Para servirlos,—contestó el jóven.

—¿Acaso es vuestro nombre Beltran?

—Mi nombre es.

—Entonces tened la bondad de prestarme un instante vuestra atencion.

—Hablad, caballero.

—Soy extranjero; he llegado ayer á Córdoba desde la Rábida.

—¿Sois vos entonces,—preguntó Beltran,—el noble genovés que ha conducido á esta ciudad Matías Sampayo?

—Sí.

—Mandad entonces cuanto gustéis, que sé lo que os estima el prior de la Rábida, y ser vuestro criado es honra para mí.

—Pues bien: he venido á la corte con pretensiones harto difíciles, y no cuento con nadie que me apoye en ellas. He visto á doña Beatriz, y al leer en sus ojos la

bondad, he concebido un pensamiento: el de implorar su apoyo. Dignáos trasmitirle mi súplica; decidle que un extranjero pobre y sin amparo ha tenido la fortuna de guardar por su orden el lienzo de su mano, que se le cayó al salir de la catedral, y que deseo la dicha de ofrecérselo, al mismo tiempo que implorar su bondad para que me conceda su patrocinio.

—Si consistiera en mi señora,—dijo Beltran,—podríais estar seguro de conseguir lo que pedís. Su noble corazón sólo es feliz cuando hace bien, y creed desde luego que hallaríais en su bondad una verdadera Providencia.

—Vuestras palabras reaniman la esperanza en mi corazón, aunque no me sorprenden. Sé que también poseéis un corazón generoso. El hombre que sabe respetar la virtud y sentir el amor al mismo tiempo que la compasión á la desgracia, cualquiera que sea su condición, merece que todos los hombres le estimen y que se honren estrechando su mano.

—¡Vos sabéis!...—preguntó Beltran.

—Lo sé todo; Matias Sampayo es un hombre honrado: me ha contado su historia; me ha dado parte en su felicidad.

—¿Cuándo podré deciros lo que contesta mi ama á vuestras súplicas?

—Vivo aquí cerca, en la *Posada del Santero*.

—Bien está: entonces fiad en mi diligencia. Mi condición es humilde; pero no olvidaré nunca lo bondadoso que habeis sido para mi.

El paje se despidió de Colon, y este volvió á la po-

sada al mismo tiempo que los huéspedes iban á sentarse á la mesa.

XIX.

Por una extraña coincidencia, la conversacion de los circunstantes giró sobre una historia que estaba muy ligada con la de doña Beatriz.

Todo favorecia los intentos de Colon.

Este episodio sirvió al ilustre viajero para poder apreciar más y más el noble corazon que poseia aquella mujer, que habia renovado el amor en su pecho.

XX.

Los huéspedes de maese Repulgo, que solian cenar juntos, estaban impacientes por que tardaba Martin Carrasco.

Al fin y al cabo se presentó.

Al llegar fué saludado por una salva de imprecaciones.

—Muy poco me ha faltado para no venir,—exclamó.

—¿Sin duda, alguna mujerzuela menguada os ha entretenido?

—Por ninguna mujer del mundo hubiera yo faltado á un hombre,—dijo Martin Carrasco.

—Entonces,—añadió otro,—os han pedido que contáseis vuestras batallas, y se os ha pasado el tiempo.

—Tampoco ha sido eso.

—¿Pues qué es lo que ha pasado?

—Mirad,—dijo Martin Carrasco.

Y mostró el brazo derecho, al cual llevaba atado un lienzo.

XXI.

—¿Qué es eso, estais herido?

—Nada más que un rasguño. Pero si no paro á tiempo la estocada, hoy acaba mi historia.

—¿Qué ha sido ello, qué ha sido ello?—preguntaron algunos.

—Cenemos y mientras tanto nos lo contareis,—dijeron los que más apetito tenian.

—A la mesa, á la mesa, que esto no es nada, y me he batido como un león.

XXII.

Pusiéronse á cenar, y despues de calmar la apremiante necesidad que todos tenian, dijo Colon á Martin Carrasco:

—Contad lo que os ha pasado, que nos teneis á todos impacientes.

—La cosa más sencilla del mundo. Despues de pasear con algunos camaradas por el Campo de los Mártires, nos salimos al puente; y andando andando, nos dirigimos hácia la *Torre de la Malmuerta*. Habiamos jugado á los dados, en la *Hostería del Camaleon* habiamos apurado algunos jarros de lo añejo, las cabe-

zas estaban acaloradas, y se empezó á hablar de mujeres: —

—Siempre acaban mal esas conversaciones,—dijo uno de los circunstantes, que tenia cara de avaro, y por lo tanto, de poco amigo del bello sexo.

—Uno de los que venian conmigo,—prosiguió el militar,—se atrevió, ¡aun me enfurezco al recordarlo! se atrevió, como digo, á pronunciar el nombre de nuestra augusta reina para calumniarla.

—¿Qué es lo que dijo?

—Dijo el menguado, despues de decir yo que era una santa:

—«Preguntádselo al marqués de Villena, y él os dirá quién es la reina.

—»¿Os atreveis á dudar de su virtud, bellaco?—exclamé yo.

—«No dudo; estoy seguro de que le ha concedido sus favores.

—»Mientes, miserable, dije echando mano á la espada.

—«Cara vas á pagar tu osadía, repuso.»—

Los amigos trataron de separarnos; pero ya no era posible.

Los aceros se cruzaron, yo le tiraba estocadas, y él las paraba y repetia contra mí.

De pronto sentí la punta de su espada toledana en mi brazo, y aquello me animó.—

Me fui á fondo, y le pasé de parte á parte.

—¿Es decir, que habeis muerto á un hombre?

—En defensa de mi reina.

—¿Y la Santa Hermandad no lo ha sabido?

—Los amigos que me acompañaban son muy hombres de pró; se enteraron del caso, y me han hecho justicia. Lo que es por ellos, no se sabrá que Martin Carrasco ha hecho una muerte esta tarde; y en cuanto á ucedes, estoy seguro de que será lo mismo.

—¿Y quién era vuestro adversario?

—¿Quién era? La Providencia ha sido justa: era Diego Lainez, el hijo del menguado escudero por quien fué muerta doña Clara de Haro, precisamente en el mismo lugar en donde yo le hecho pagar muy cara su calumnia.

—A propósito,—dijo uno,—vos debéis saber la historia de aquel horrible asesinato.

—Y tanto como la sé; no veo una sola vez á doña Beatriz Enriquez de Córdoba, sin que recuerde lo que tantas veces he oido contar acerca de su pobre madre, que Dios halla.

—¿Era por ventura doña Clara de Haro la que le dió el sér?—preguntó Colon.

—La misma; qué, ¿no sabéis su historia?

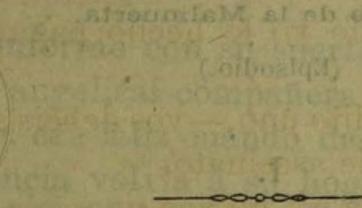
—No, y francamente, siento vivos deseos de oirla de vuestros labios.

XXIII.

—Maese Repulgo,—dijo Martin Carrasco,—traiga vuesa merced un cántaro de vino de mi tierra, del que guardais en lo más hondo de la bodega, y ponedlo á mi cuenta, que estoy muy satisfecho de la estocada.

que he dado esta tarde y quiero celebrarla. Mientras bebemos,—añadió dirigiéndose á sus compañeros de mesa,—os contaré la historia, que bien merece ser oída.

Y viendo que todos le escuchaban con la mayor atencion, contó á su modo el episodio que en otra forma voy á mi vez á referir á los lectores.



Capítulo XIII.

La torre de la Malmuerta.

(Episodio.)

I.

Habia en Baeza por el año de 1457 un antiguo soldado, que habia pasado toda su vida en los campos de batalla, y habia medido muchas veces sus armas con los infieles.

Llamábase don Nuño de Haro.

Segundon de una de las más nobles casas de aquellos reinos, habia vivido con poca holgura; pero no habia necesitado los favores de la suerte, porque pasaba la mayor parte del tiempo en su tienda, y la renta del dote que le habia llevado su esposa bastaba á esta y á su hija doña Clara de Haro para atender á sus necesidades.

II.

En tanto que el guerrero combatia á las órdenes

de sus reyes á los mahometanos, doña Blanca su esposa, y su hija Clara, vivian en Baeza en el mayor recogimiento y eran estimadas por todo el mundo por su piedad y veneradas por sus virtudes.

Dios no habia querido colmar el deseo de Nuño, que no era otro que el de poder dar á su rey y señor, con un hijo, un nuevo brazo que pudiese blandir la lanza ó esgrimir el mandoble, cuando él, cediendo al cansancio de los años, fuese inútil para el servicio de su patria.

Pero conforme con su suerte, porque tenia en su esposa una angelical compañera y en su hija un tesoro de amor, era feliz cuando despues de algunos meses de ausencia volvía á su hogar y podia contar las hazañas que habia visto, los hechos en que se habia empeñado, á su querida Blanca que le escuchaba con entusiasmo, y á su adorada hija que le oía con admiracion.

III.

Trascurrió el tiempo; Nuño corrió muchas tierras, ganó mercedes, y aunque no viejo todavía, recibió en el combate una herida de tal consideracion, que no tuvo más remedio que retirarse á Baeza y pasar allí una larga convalecencia.

El rey le señaló una pension de cien doblas al año, pagadas de su peculio particular.

En medio del pesar que producía en Nuño la necesidad á que se veía condenado á pasar en el ocio los dias que sus compañeros de armas empleaban en re-

conquistar nuevos territorios para Castilla, sonreíale la idea de pasar dulces horas al lado de su hija, que se hallaba entonces en lo más hermoso de la primavera de su vida.

IV.

Clara acababa de cumplir veinte años, y su peregrina hermosura era la admiración de cuantos acertaban á verla.

Pero si los encantos de su rostro eran tan grandes, mucho mayores eran aún los encantos de su alma.

Modesta, sin ver más que con los ojos de su madre, compartiendo todo el amor de su corazón con ella y con la virgen, á quien pedía arrodillada todos los días al levantarse, todas las noches antes de reclinar su hermosa frente sobre el nevado lecho, que protegiese á su padre y le sacase ileso de los combates, en los que con tanto ardor se empeñaba por defender la Cruz, símbolo de la religión cristiana, contra la Media Luna; en los momentos en que llegó don Nuño á Baeza, sufría la tierna niña una de esas enfermedades que en la adolescencia de las mujeres son los síntomas más ciertos de que el amor ha enviado algunas de sus flechas á su corazón.

V.

Sus mejillas estaban pálidas, sus ojos apagados, y las líneas cárdenas que empezaban á surcar sus mejillas, indicaban bien claramente que el dulce sueño de

su inocencia le habia dejado para entregarla en los brazos del sueño del amor.

Su madre doña Blanca habia notado este cambio, y aunque habia adivinado su causa, las apariencias no tardaron en desarmarla, porque por más que hizo, no pudo descubrir si llenaba el pensamiento de la jóven la imagen de algun doncel digno de su cariño. —

Clara nunca salia de su casa, á no ser con su madre al templo, ni se asomaba siquiera á ver las flores de su jardin á través de las celosías que cubrian su ventana.

Nadie entraba en su casa mientras don Nuño estaba fuera.

Su madre se habia quedado muchas noches á su lado velando su sueño, y por más que habia prestado la mayor atencion á los delirios de su insomnio, no habia oido pronunciar un solo nombre ni proferir una sola frase que pudiera informarla de su estado.

VI.

Don Nuño la encontró de esta suerte á su llegada.

—¿Qué tiene nuestra hija?—preguntó con tristeza á doña Blanca.

—Lo ignoro,—dijo esta.

—Y sin embargo, una madre no debe ignorar nunca los secretos de su hija.

—No creo que sea un secreto la causa de su malestar, porque ya lo habria adivinado mi cariño. Tal vez lo que padece es una enfermedad, que se ha apo-

derado de su cuerpo, y convendría buscar un médico judío de los más sábios para que la observase y la curara.

—O mucho me engaña mi experiencia, ó el mal que siente no lo curan los médicos.

—¿Creeis, por ventura, que es amor?

—¿Vos lo dudais?

—¡Oh! Sí; estoy segura de que todavía no se ha despertado al amor el corazón de nuestra hija.

—Observadla más de cerca, y acaso no tardareis en convenceros de que no me he engañado.

VII.

En efecto, sus sospechas eran ciertas.

Uno ó dos meses antes de su llegada á Baeza, habian pasado por la ciudad, y se habian detenido en ella, unos cuantos cazadores que desde Córdoba habian ido á pasar unos dias en las sierras, empleando los ócios en que les dejaba el ejercicio de las armas, en combatir con las fieras, despues de haber logrado derrotar á los hombres.

Emparentados algunos de ellos con las más nobles familias de la ciudad, fué ocasion su llegada de grandes fiestas, y entre otras, organizaron una justa, á la que asistieron las familias más principales de Baeza.

Doña Blanca y su hija no pudieron excusarse, y allí fueron tambien.

VIII.

Entre los nobles paladines habia uno de bizarra apostura, de negros y brillantes ojos, de luenga y rizada cabellera, y tan diestro en el manejo de la lanza, tan arriesgado en el embestir, tan fuerte en el contener, que no tardó en conquistar la admiracion de cuantos asistian á la fiesta, los cuales alabaron grandemente su destreza y su bravura.

Era don Iñigo Enriquez de Córdoba hijo de una de las más nobles familias de Sevilla, que habia logrado distinguirse por su valor en la guerra y por su gentileza en la córte.

Todo en él revelaba la impetuosidad de su carácter.

Su corazon era vehemente en extremo.

El triunfo fué para él, que quedó vencedor en la justa.

IX.

Ninguno de los circunstantes podia suponer que habia reparado en la hermosa Clara, cuando se acercó á ella, é inclinándose, la ofreció sus troféos.

Los ojos de la jóven adivinaron en los de Iñigo todo el amor que habia en su alma, y desde aquel momento perdió para siempre el reposo.

En aquella primera mirada le habia robado el valiente campeon toda su alma.

A Iñigo le habia sucedido otro tanto.

X.

Los nobles paladines se alejaron, y no se volvió á hablar en la ciudad más que como un recuerdo de aquella brillante fiesta á que habian asistido.

¿Volvió Iñigo á Baeza?

Esto no lo sabia nadie más que Clara.

El corazon de una mujer enamorada no se engaña nunca.

Aquella misma noche, no pudiendo conciliar el sueño, dejó el lecho nupcial, y asomándose á la ventana de su estancia, que daba á un anchuroso prado, se puso á contemplar el cielo.

No habia trascurrido una hora, cuando llegó á sus oidos el ruido de los ligeros pasos de un caballo.

El ruido fué haciéndose más perceptible á medida que avanzaba el tiempo.

XI.

Poco despues pudo descubrir en medio de las brumas de la noche un ginete de noble ademan, que al llegar cerca de su ventana, detuvo el paso de su alazan brioso, se apeó de él, ató las riendas á un árbol, y acercándose á la ventana donde estaba la jóven:

—¿Sois vos, Clara?

Clara no se atrevió á responder.

—¿No me reconocéis?

Desde el principio le habia reconocido, porque ni

su figura ni su voz habian podido borrarse de su imaginacion y de su alma.

A pesar del temor que le causaba aquella entrevista inesperada á las altas horas de la noche, y pudiendo ser sorprendida por su madre, una fuerza superior la impulsó á pronunciar una afirmacion, que animó al caballero á decirla:

—He querido partir y olvidaros, pero me es imposible; teneis algo que me atrae hácia vos; bajo la influencia de vuestros encantos, llenais de amor mi alma, y he vuelto decidido á arrostrar todas las dificultades y á vencerlas para acercarme á vos, y deciros que Iñigo Enriquez de Córdoba no puede vivir sin vuestro amor, y está resuelto á pedir vuestra mano á vuestros padres, si le otorgais esta merced.

XII.

Aquellas palabras eran las mismas que habia creido Clara oír de sus lábios desde el momento en que habia sentido el fuego abrasador de su mirada.

—¿Qué respondeis á mis ruegos, alma mia? ¿Queréis que venga mi noble padre á pedir á los vuestros lo que más ansío, vuestra mano?

—Sí,—dijo Clara, venciendo su natural timidez.

—Pues bien: me dáis la vida, y yo os ofrezco consagrarla á vuestra felicidad. Dentro de pocos dias volveré á sacaros de aquí como esposa, para llevaros al palacio de Córdoba.

XIII.

Iñigo partió y Clara experimentó la dulcísima felicidad que ofrece la esperanza á los que se dejan arrebatar por sus amantes brazos.

Clara esperó algunos días.

Su madre no pudo ménos de descubrir la inmensa dicha que habia en su corazón, y que no siendo bastante á contenerla, rebosaba en sus ojos.

¡Cómo no habia de suceder!

Jóven, pura, vírgen de todas las emociones de la vida, sin que hubiera llenado su existencia más que el entrañable cariño que profesaba á su madre y el sentimiento religioso que le habia inspirado la cariñosa autora de sus dias, sin haber abrigado más deseo, natural era que aquel nuevo sentimiento ejerciese una influencia trascendental en su porvenir.

No habia duda.

Su corazón habia nacido bajo la influencia del amor.

La imágen de don Iñigo no se separaba de su mente.

A todas horas le veia en su pensamiento, y no cesaban de resonar en su oído las palabras amorosas que habia escuchado.

Cuando su madre le preguntaba la causa de su inquietud, ponía el mayor cuidado en ocultársela.

La que habia sido siempre buena y no habia negado nada á su madre, bajo la influencia del amor que sentia, faltaba á sus deberes de hija.

XIV.

Pasaron algunos dias, y la inquietud y la zozobra de Clara se aumentaron.

Íñigo no volvió.

¿La habria engañado?

¿Cómo habia podido gozarse en conquistar un corazón para condenarle al olvido?

¿Le habria ocurrido alguna desgracia?

¿Habria tenido que salir á la guerra y perecer en el combate?

Y lo que era aun peor, ¿habria encontrado alguna mujer más bella, más seductora que ella, y la habria olvidado para rendir tributo á aquella nueva hermosura?

Clara era tambien muy vehemente.

Antes de comprender el amor, sufría los celos.

Como no podia desahogarse su alma, su tormento era mayor.

Habia pasado un mes, é Íñigo no habia vuelto.

Trascurrió otro, y su ausencia duraba.

Cuando don Nuño volvió á su hogar, halló á su hija enferma, porque no habia vuelto su amante.

Todas las pesquisas que habia hecho doña Blanca para comprender la causa del malestar de su bija, habian sido inútiles.

Ningun galan habia rondado su casa.

Ninguna serenata habia resonado en la calle, y estaba segura de que no era el amor la causa de la enfermedad de su hija.

Llegó á agravarse tanto, que mandaron á buscar á Córdoba un médico afamado, que habia estudiado la ciencia con los moros, tan adelantados entonces en la medicina.

Al ver el efecto que produjo la jóven en el médico, al notar los estragos que el mal causaba en ella, temieron por su vida.

Sus fuerzas se habian debilitado de tal modo, que una noche la contaron por muerta.

XV.

Al dia siguiente, despues de algunas horas, pasadas en la más horrible agonía, llegó á oidos de la pobre Clara el sonido de los añafles y atabales.

En la estancia contigua á la suya pronunciaron algunas palabras, que tambien recogió.

—¿Quien ha llegado?—preguntó uno.

—Es un noble señor de Córdoba, que viene con su padre, con gran acompañamiento de nobles y un numeroso séquito de pajes y escuderos.

—¿Cuál es su nombre?

—El del jóven es don Iñigo Enriquez de Córdoba.

XVI.

Este nombre le oyeron á un mismo tiempo Clara y su madre, que velaba á su lado.

Produjo tal efecto en la primera, que la segunda se asombró al ver que la débil niña, que no tenía fuer-

zas para sostenerse, se incorporó en el lecho, y cogiendo las manos de su madre, las cubrió al mismo tiempo con sus besos y sus lágrimas.

—¡Madre mía, madre mía,—exclamó,—soy muy feliz, soy muy feliz: él viene, y me vá á dar la vida!

Doña Blanca descifró entonces el misterio que no habia podido averiguar.

XVII.

Poco despues resonaron en el patio de la casa las pisadas de los caballos, y don Nuño no tardó en recibir en su estrado á Iñigo y á su padre.

Este, con toda la solemnidad que exigian las ceremonias de aquellos tiempos, le pidió para su hijo la mano de la hermosa Clara.

Era tanto el honor y tanta la merced que hacia el noble padre de Iñigo al pedir la mano de doña Clara de Haro á don Nuño, que recibió con la mayor alegría aquella súplica, no solo por que tenia ya noticias de las altas prendas del pretendiente, sino por que con esta súplica devolvía la tranquilidad á su alma al ver que su hija mejoraba notablemente.

XVIII.

Los motivos que habian retardado la llegada de Iñigo no eran los que Clara habia sospechado.

Su padre, antes de conocer sus intenciones, habia concertado su casamiento con la hija de un deudo su-

yo, y no habia accedido á los ruegos de Iñigo hasta convencerse plenamente de que si no le daba su bendicion, estaba resuelto á obligar á Clara á que le siguiese y á partir con ella muy lejos, donde pudieran vivir de su amor.

Para vencer la obstinacion del autor de sus dias, habia necesitado tiempo.

Clara le perdonó la tardanza, porque su dicha era tan grande, que el presente le hacia olvidar el porvenir.

XIX.

Las bodas se celebraron con gran solemnidad en Baeza, y quince dias despues de la llegada de la comitiva á la ciudad, unidos para siempre por indisolubles lazos, salió la jóven desposada con su señor y dueño, para vivir en el palacio que debia servirles de morada en Córdoba.

XX.

Un año trascurió para ellos, brindándoles las más dulces felicidades.

No tenia igual en el mundo el amor que se profesaban.

Gozaban tanto, que creian que su dicha seria eterna.

Y sin embargo, cerca de ellos velaba una mujer celosa, que habia sido despreciada por Iñigo: la que su padre le habia destinado para esposa, la que le habia

visto posternado á los piés de la hija de don Nuño de Haro.

Cuanto mayor era la ventura de los dos esposos, más terrible, más vehemente, más implacable era su sed de venganza.

Los celos la habian enloquecido.

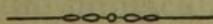
Si ella hubiera podido dar su vida por la desgracia eterna de Iñigo y de su esposa, la habria sacrificado sin vacilar.

XXI.

Como no podia recurrir á la fuerza para vengarse, recurrió á la astucia.

La mujer vengativa es la culebra que paga al que la guarda en su pecho para darla calor, inoculando en su corazon el veneno que lleva en sus afilados dientes.

Hé aquí lo que pasó.



Capítulo XIV.

Un crimen y un castigo.

(Episodio.)

I.

Elvira de Pantoja se había quedado huérfana en el albor de su infancia.

Su padre, que desempeñaba un Oficio de los más importantes en la corte del monarca anterior á doña Isabel, don Enrique su hermano, se había casado en segundas nupcias con una jóven que llevaba cinco ó seis años á su hija.

Elvira se vió poco ménos que abandonada al cuidado de un aya.

Esta mujer era una solterona de cuarenta años, que había sido virtuosa por necesidad.

Era bastante fea.

En su soledad con la niña, despertó en su alma gran horror á los hombres.

II.

Cuando Elvira llegó á los quince años, su madrastra tenia veintiuno, y comenzó á envidiar la peregrina hermosura de la niña.

Los triunfos que alcanzaba en las justas Elvira inspiraron á su madrastra el deseo de castigarla, y obtuvo de su esposo que la llevase á un convento, procurando, por debajo de cuerda, que la catequizaran para que abandonara el mundo por el cláustro.

Pero era ya tarde.

La dueña Quintañoña habia despertado en su imaginacion ideas que se avenian muy mal con la apacible calma de la vida monástica, y en el convento lo que consiguió fué que la superiora llamase un dia á su padre y le obligase á que la sacara de allí.

III.

Elvira habia comprendido el objeto que habia impulsado á su madrastra á alejarla del mundo, y concibió hácia ella un ódio implacable.

La casa del Oficial del rey era teatro de escenas lamentables entre las dos mujeres que en ella habitaban.

IV.

Unidos por vínculos estrechos Pantoja y el padre de Iñigo, la belleza y el rico dote de Elvira inci-

taron á este á desear su mano para su hijo, y como ya he indicado, las bodas se concertaron entre ambos padres.

Elvira aceptó las proposiciones que le hizo el suyo, porque Iñigo la habia fascinado, y al mismo tiempo por que unida á él abandonaria su casa, saldria de la aborrecida tutela de su madrastra, y compitiendo con ella, podria eclipsar sus triunfos y humillarla.

Bien se comprende que al ver desbaratados sus planes, al tener que renunciar á sus ilusiones, su desesperacion fué inmensa.

No era ya tanto el deseo de salir del poder de su madrastra el que le incitaba á vengarse, como lo era el haber sido despreciada por Iñigo.

Cuando llegaron á Córdoba,

—No serán felices mucho tiempo,—se dijo.

Y de acuerdo con su dueña, concibió el plan de turbar la felicidad de los dos esposos.

V.

Un capitán vascongado la vió una tarde en la orilla del Guadalquivir, y tan prendado quedó de su belleza, que aun á riesgo de pasar por indiscreto y de dar motivo al noble padre de la jóven para que interpusiese su influencia en contra suya, siguió la litera que la condujo á su casa, y acechó la ocasion de volver á verla y de manifestarle con sus miradas cuán grande era el amor que habia despertado en su alma.

Elvira le dió á entender que le habia comprendi-

do, y que no le disgustaba el galanteo de que era objeto.

Don Fermin de Goizneta procuró abordar á la dueña para interesarla en sus amores, y no tardó en ablandar su corazon.

Peró sus esperanzas sufrieron un terrible golpe.

Llamado á Castilla para servir á su rey, no tuvo más remedio que abandonar la ciudad de Córdoba.

VI.

Elvira, con su padre, pasó algun tiempo en Salamanca, y durante este tiempo Iñigo y Clara colmaron su felicidad con el precioso fruto de su amor.

Nació Beatriz para ser embeleso de sus padres.

Esta noticia aumentó el ódio que Elvira les profesaba.

VII.

El rey trasladó su córte á Córdoba un año despues, y como siempre sucedia, le acompañó Pantoja.

Al poco tiempo quiso la buena suerte del capitán Goizneta que encontrase de nuevo á Elvira.

Aquella vez logró por medio de la dueña hablarla por la reja de su jardín, y se consideró dichoso, porque la jóven premió su amor.

Su felicidad debia ser muy breve; Elvira le habia engañado.

Peró el noble capitán vascongado podia servirle de instrumento en sus malévolos fines.

Fingió que correspondía á su afecto, y para vencerle más y más de que estaba resuelta á ser su esposa, aunque su padre se negara á bendecir su amor con el capitán, dejó pasar un mes antes de llevar á cabo su proyecto.

Por medio de su dueña supo que Clara habia tenido muy enferma á su hija, y habia ofrecido á la Virgen que si la salvaba y la volvía á su amor, ampararía á todas las madres que se encontraran en su caso y sin recursos de ninguna especie.

Próxima á la puerta del Rincon habia una tosca choza, que más que habitacion de personas honradas, parecia una madriguera de malhechores.

En ella vivia, más de la caridad que de otra cosa, una pobre mujer con un niño.

Su marido habia sido cautivado por los moros de Argel, y mientras sufría las persecuciones de los enemigos de su religion, su esposa padecía las torturas de la miseria.

Elvira hizo llegar á oídos de Clara la historia de aquella desgraciada familia, y al mismo tiempo mandó á su escudero Lainez, padre del que en la riña con Martín Carrasco habia sucumbido, á buscar á la pobre mujer para decirle que si queria ser socorrida, podría dirigirse á la esposa de D. Diego Enriquez de Córdoba.

Fué la infeliz á implorar sus auxilios, y se vió socorrida.

Clara gozó muchísimo haciendo aquella obra de caridad.

VIII.

Dos dias despues, el escudero, cómplice entusiasta de Elvira, la llevó nuevos socorros, diciendo á la infeliz madre que se los enviaba doña Clara, razon por la cual la pobre mujer dejó pasar muchos dias sin volver á verla.

Todo salió á medida de los deseos de Elvira.

El capitan la amaba con loco frenesí; pero sabia que su union era imposible, porque la jóven le habia dicho que acatando la voluntad de la reina, deseaba entrar en un convento.

No tenia más recurso que emplear medidas violentas.

Elvira logró que una gitana fuese al encuentro de Iñigo y emplease los medios que le sugiriera su ingenio para decirle la buenaventura y despertar en él los celos.

La gitana lo hizo así.

—Cuando veais que alguna de estas noches sale con su escudero vuestra esposa,—le dijo,—seguidla y acaso la librareis de un peligro.

IX.

El momento designado para la venganza de Elvira llegó.

Doña Clara recibió una tarde, á la caída del sol, un recado de la pobre mujer á quien habia socorrido, que la llamaba, porque su hijo se moria.

Comprendiendo su dolor, y accediendo á las insinuaciones de la persona que fué á hablarla, Lainez, mandó preparar su litera, y acompañada de su escudero, se dirigió á la choza donde vivian aquellos dos seres tan desgraciados.

Elvira, accediendo á los ruegos del capitan, le pidió que fuese aquella misma noche á la choza, prometiéndole que iria en una litera, aunque encubierta, y resuelta á huir con él.

Al efecto, le mandó prepararlo todo para el rapto.

Iñigo, que habia dado más crédito del que merecian á las predicciones de la gitana, siguió furtivamente á su esposa, y vió llegar un encubierto casi al mismo tiempo que ella.

Desde luego se encolerizó al ver que á muy corta distancia de la choza aguardaba un criado con dos caballos ensillados para viaje.

Temiéndose á sí mismo, se detuvo para reflexionar qué partido deberia tomar.

X.

No bien habia entrado su esposa en la choza, cuando vió salir de ella á un hombre, que habló con los criados de doña Clara, y estos acto continuo se alejaron.

El hombre era Lainez, el pérfido escudero.

Apenas habian trascurrido cinco minutos, cuando vió á otro hombre embozado acercarse al palafrenero que tenia de las riendas los caballos, y separarse de él para entrar en la choza.

Su imaginacion le hizo suponer lo que pasaba.

—No hay duda: ese hombre es un infame seductor; ha tendido un lazo á mi esposa, y todo lo tiene preparado para huir con ella. Pero les juro por mi nombre que no realizarán su criminal proyecto.

Y ardiendo en ira, sacó la daga que pendia de su tahalí, entró en la choza, y á la siniestra luz de una tea de resina, vió á su esposa que salia precipitadamente.

Verla y clavar el puñal en su pecho, gritando al mismo tiempo: «Este es el castigo de las mujeres adúlteras,» fué obra de un minuto.

XI.

Al grito que lanzó doña Clara al caer exánime en tierra, se adelantó el embozado, que no era otro que don Fermin Goizneta, y sacando la espada para defenderla de aquel hombre, á quien no conocia, no tardó en ver que se cruzó con el suyo el acero de su contrario.

La lucha fué encarnizada, y era horrible ver á aquellos dos hombres, el uno con el furor de los celos, el otro pugnando por defenderse, llenándose de denuestos, profiriendo terribles improperios, y atacándose con formidable furia.

El capitan cayó atravesado de parte á parte, y don Iñigo se quedó solo en aquel campo de desolacion.

El palafrenero huyó.

La pobre mujer que vivia en la casa, y que era ino-

cente de toda aquella trama, huyó tambien despavorida, llevando en sus brazos á su hijo, temerosa á cada instante de que la Santa Hermandad se apoderase de ella, y le hiciese pagar cara una complicidad que no tenia.

XII.

Don Iñigo, satisfecho de su venganza, porque se creia verdaderamente ofendido, quedó herido de muerte al ver que en un instante habia perdido toda su felicidad.

Inmediatamente corrió al Alcázar, pidió al monarca que le recibiese, y cayendo á sus plantas, confesó su delito.

Todas las apariencias demostraban que su esposa habia sido culpable y que el capitán Goizneta era su seductor.

Iñigo, comprendido y disculpado por su rey y señor, fué, sin embargo, desterrado algun tiempo de la córte.

No deseaba otra cosa.

Tan profundamente herido estaba su corazon, que á no haber sido por aquella inocente niña, que le quedaba como un recuerdo de su felicidad y de su desventura, hubiera buscado la muerte.

Se retiró con la pobre Beatriz, que antes de pronunciar el nombre de su madre la perdia, y pasaron para él diez años en el dolor más profundo.

XIII.

Elvira estaba satisfecha : se habia vengado.

Su alegría desapareció ante la voz de su conciencia.

Atroces fueron los remordimientos que se apoderaron de su alma, y para calmar la agitacion febril que le devoraba, accediendo á los deseos de su padre, quiso profesar en un convento. Pero la conciencia la acompañó hasta la santa casa de Dios, y recordándole su crimen :

—Tú no eres digna de obtener la suprema gracia de ser esposa de Cristo,—le decia.—Tu pecado es inmenso, tu castigo debe ser tan grande como tu pecado.

XIV.

El sueño se alejó de sus ojos.

A todas horas se le aparecia la sombra de doña Clara y del capitan asesinado por su culpa, y veia con horror la sangre que manaba de su herida.

El exceso del dolor trastornó sus sentidos, y cayó en una imbecilidad terrible, viviendo en este estado algunos años.

Quería llorar y no podia.

Sus ojos se habian secado como su corazon.

Sus padecimientos eran tantos, que al fin y al cabo cayó en el lecho herida de muerte, y sólo algunos dias antes de espirar pudo recobrar los sentidos para arrepentirse de su pasado.

La honra de doña Clara estaba manchada.

La calumniada esposa debía alcanzar la corona de martirio.

Elvira pidió con instancia á su confesor que fuera á verla Iñigo.

Al mismo tiempo anunció que queria hacer una declaracion todo lo más pública posible, para no llevar á la tumba manchada su conciencia.

XV.

Dos dias despues, Iñigo delante de ella, y en presencia de otras muchas personas á quienes por orden suya se habia convocado, oyó la triste revelacion de Elvira.

La virtud de Clara resplandeció á sus ojos; pero el crimen que habia cometido le horrorizó.

La emocion que produjo en su alma aquella tardia confesion, aumentó su desdicha.

Inocente su esposa y muerta á sus manos, sólo reuniéndose con ella podia encontrar consuelo.

Necesitaba reparar una falta, dejar eterna memoria de su crimen y de la inmaculada virtud de su adorada compañera, y sobre las ruinas de aquella choza que habia recogido el último suspiro de Clara, erigió una torre para que perpetuase la memoria de aquel fatal suceso.

El vulgo comenzó á llamarla la *Torre de la Malmuerta*, y este siniestro nombre le ha conservado para nosotros la tradicion con la dolorosa historia que encierra.

XVI.

Iñigo, en las luchas civiles que estallaron por entonces, se declaró partidario de doña Isabel; pero pocos servicios fueron los que pudo prestarle.

Su hija Beatriz tenia diez y ocho años, y sintiendo Iñigo que su vida se acababa, pidió á la excelsa reina á quien reconocia como su soberana, que admitiese en su servidumbre á Beatriz, y fuese para ella al mismo tiempo reina y madre.

Isabel la amparó, y desde entonces no se separó la jóven de su lado.

XVII.

La pobre niña, que llevaba en su corazon la historia de su desgraciada madre, vió bajar al sepulcro poco tiempo despues á su desventurado padre, y estas dos impresiones dolorosas formaron su corazon.

A su mayor edad habia entrado en posesion de los bienes de sus padres; pero habia cerrado su corazon al amor.

Servir á su reina, exhalar sus melancólicas y dulces cántigas al sonido del arpa, hacer el bien en torno suyo: hé aquí sus únicas venturas.

XVIII.

Todo esto, en otros términos, contó Martin Carrasco á Colon, y lo confirmaron los circunstantes, añá-

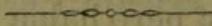
diendo rasgos que completaban el carácter de la hermosa Beatriz.

El relato duró largo tiempo, y era ya muy entrada la noche, cuando presentándose Beltran, el paje de doña Beatriz, dijo á Colon en nombre de su ama:

—Mi señora os suplica que vayais mañana á verla al Alcázar. Yo vendré á buscaros para conduciros hasta su presencia.

Colon, el gran hombre que llevaba en su mente el pensamiento del Nuevo Mundo, el que tantos desengaños habia sufrido, el que tantas lágrimas habia derramado, ébrio de alegría ante aquella promesa, entusiasmado por lo que habia oido referir, aguardó con impaciencia que llegase el nuevo dia.

Pero no aguardó solo; le acompañaban las más dulces ilusiones.



Capítulo XV.

Una protectora.

I.

Beatriz deseaba vivamente tener una ocasión de mostrar al extranjero las simpatías que le había inspirado.

Antes de pasar adelante, conviene que el lector conozca á fondo á la mujer que tanta influencia debía tener en el porvenir de Colon.

Gracias al episodio contado por Martín Carrasco, sabemos cuál había sido la historia de sus padres.

Fácilmente se comprende que una mujer que desde niña había tenido que llorar la muerte de su madre, que había vivido en el retiro, viendo todos los días en el rostro de su angustiado padre las lágrimas del más acerbo dolor, pasara de la infancia á la juventud sin haber disfrutado las purísimas alegrías, que son el privilegio de la primera en estas dos épocas, las más risueñas de la vida.

II.

En efecto: cuando murió su madre, se encargó de su más inmediata asistencia un aya, que habia sido antigua servidora de los padres de Iñigo, y no pudo, porque no habia sido madre y por que aquella no era su hija, despertar en su alma todo el santo cariño que una mujer inspira al fruto de su amor, ni ofrecer á sus ojos infantiles horizontes risueños.

La niña no pudo al principio apercibirse de las lágrimas que continuamente inundaban los ojos de su padre.

Pero un dia, á los cinco ó seis años, envidiosa por que acababa de ver á una madre acariciar á su hija, fué á buscar á su padre, y con su vocecita atiplada y posando su mano sobre las rodillas del desconsolado Iñigo,

—¿Por qué no tengo madre yo?—le preguntó.

III.

Esta pregunta fué un acerado dardo para el corazón del infeliz esposo, y no pudo contestar á ella, porque la emocion embargó su voz.

La niña, á pesar de sus pocos años, comprendió que con su pregunta habia hecho daño á su padre, y sin aguardar la respuesta se retiró de su lado.

Desde aquel dia temió acercarse á él, porque igno-

raba si habia sido su pregunta ó su presencia la que habia disgustado á su padre.

Tuvo desde muy niña que ser reservada, y esta reserva fué, por decirlo así, la forma que tomó su carácter.

IV.

Criada en la soledad entre las melancólicas paredes de un antiguo castillo, sin más compañeras que las flores, que la acompañaban en la primavera y la abandonaban en el invierno, para volver á alegrar de nuevo su tierno corazon, y los pajarillos que formaban nidos en sus ventanas y la despertaban con sus gorgoros, á los diez años, al despertarse su corazon para la vida, al empezar á comprender lo que pasaba en torno suyo, descubrió su pobre padre, gracias á la revelacion de Elvira, la inocencia de su esposa, y deseando santificar la memoria de aquella á quien habia ultrajado de tan atroz manera, no halló más medio de satisfacer su ansiedad que hablar á su hija de su madre y desperatar en su alma una adoracion hácia aquella mártir, que desde el cielo le enviaba su perdon y velaba por la inocente niña.

Beatriz amó aquella triste memoria, y así como su infancia habia pasado en la soledad, su juventud transcurrió en medio de la más honda tristeza.

La revelacion de su padre habia herido de muerte su corazon, y como era buena y generosa, como habia permanecido su corazon mucho tiempo dormido, se despertó de pronto; pero para consagrarse exclusiva-

mente al culto de un recuerdo y al consuelo de su angustiado padre.

V.

La idea del amor, aunque habia cruzado por su mente y habia tratado de incendiar su alma, habia pasado desapercibida para ella, ó se habia apagado en la indiferencia que para las cosas de la vida habia adquirido á fuerza de pesares.

—El amor,—se habia dicho,—el amor no se albergará nunca en mi pecho; sólo pueden amar los que son felices.

Todas estas ideas, todos estos sentimientos imprimieron á su carácter un sello de reserva, de dignidad, de altivez bondadosa, que fué bastante para que todos cuantos la vieran la admirasen, para que ninguno se atreviera á turbar aquella meditacion, aquella abstraccion permanente de su espíritu, con palabras que pudieran tal vez, al hacerla pensar en la alegría, herir con más fuerza las fibras de su doliente corazon.

Cuando fué presentada á la reina por su padre, y la augusta Isabel le tendió sus cariñosos brazos, halló tanto consuelo en aquel afecto de su majestad, que no creyó necesitar para vivir en el mundo más alegría que la que habia inspirado á su alma la bondad de su reina, bondad que al mismo tiempo habia ofrecido algun consuelo á su pobre padre.

En la córte, su noble presencia, su peregrina belleza, todas las privilegiadas dotes que la adornában,

habian hecho pensar á muchos nobles que la felicidad consistia en el cariño de aquella mujer.

Pero cuantos pasos habian dado para acercarse á ella, cuantas insinuaciones habian hecho para explorar la actitud de su corazon, sólo habian servido para demostrarles que sus esfuerzos serian inútiles, que aquella mujer, no sólo no esperaba, sino que no queria las dichas de la tierra.

En varias ocasiones la magnánima reina, que la estimaba en mucho:

—Eres esquivia,—le habia dicho;—cuantos galanes se acercan á rendir tributo á tu belleza, tienen que retirarse heridos por la indiferencia de tu alma. ¿Acaso no necesita tu corazon esa segunda vida de las criaturas, que es el amor?

—Esa felicidad, señora,—respondia Beatriz,—es muy grande, así lo creo; pero para ser felices en el mundo, es necesario que no turben ni el presente ni el porvenir los recuerdos del pasado, y yo, señora, cuando más feliz fuese, no podria ménos de recordar á mi desgraciada madre, que tan desastrosamente murió, y á mi pobre padre, que tanto ha llorado aquel momento de arrebato.

VI.

Y era verdad.

De tal manera se habia apoderado el sentimiento de su alma, que hasta en sus más pueriles alegrías no podia ménos de tributar algunas lágrimas á la memo-

ria de los autores de sus días, antes de entregarse á la expansion y al regocijo de un momento.

Por efecto de estas circunstancias, habia llegado hasta la época en que Cristóbal Colón llegó á Córdoba, sin que el amor hubiera podido penetrar en su pecho.

Creia en aquellos instantes haber vencido para siempre en las luchas que algunas veces se habian suscitado en su alma.

Lo creia firmemente, y sin embargo, se engañaba.

Engañosa ilusion es la que nos hace creer que no pagaremos tributo á ese dulcísimo sentimiento, que constituye la esencia de la vida.

Se pueden pasar muchos años esquivando los dardos del amor: se pueden evitar las ocasiones de caer en su poder; se puede desafiar su influencia con más ó ménos éxito: pero tarde ó temprano, en la juventud ó en la edad madura, y á veces en la caduca vejez, el amor triunfa en nuestro pecho, y cuanto más tarde hemos cedido á su influjo, mayores son los estragos que produce en nosotros.

VII.

Sin saber por qué, le habia interesado el extranjero desde el momento en que Matías, el padre de su camarista Inés, le anunció su llegada.

No sabia quién era el caballero que al salir de la catedral tuvo la suerte de recoger del suelo el lienzo

que se habia caído de su mano, y sin embargo, presintiendo que podía ser Colon, antes que su razon hablase, su corazon llevó á sus lábios aquella palabra, que no olvidaba el desgraciado genovés: «Guardadle.»

Más tarde, cuando su paje le anunció que deseaba impetrar su apoyo, un vivo deseo de favorecerle, una inmensa curiosidad de saber los proyectos que le llevaban á la córte, un interés vehemente de dispensarle toda clase de beneficios, nacieron en su alma, y aunque se dijo que el sentimiento que se los habia inspirado era el de una amistad hija de la simpatía por la desgracia, la verdad es que la amistad no quita el sueño, y que Beatriz pasó, como Colon, la noche en el insomnio.

VIII.

Al dia siguiente estaba de servicio y fué á Palacio. Antes de ver á su majestad tuvo ocasion de hablar con el conde de Almagro y con algunos otros nobles caballeros que estaban en la antecámara de la reina.

—Sabeis, señora doña Beatriz,—le dijo el conde,—que ha llegado á la córte un genovés muy sábio, con grandes pretensiones, y que si Dios no lo remedia, y viene aquí, como es de suponer, vá á hacernos pasar ratos divertidísimos?

Beatriz comprendió que se trataba de su protegido.

—¿Decís que un genovés...?

—Sí, señora; pero, según parece, no viene de su tierra.

—¿De dónde viene entonces?

—De Portugal. Allí ha vivido mucho tiempo, y ha ofrecido al rey don Juan II sus proyectos; pero en aquella corte, como pasará en esta, todos se han reído grandemente de sus ilusiones, y por lo visto, como nos quieren tanto los portugueses, para que disfrutemos con él nosotros, le han aconsejado que venga aquí.

—¿Y qué proyectos son los suyos?

—Son asombrosos; cree que existen inmensas tierras en medio del Océano, tierras en las que cuando aquí es de día allí es de noche, y predice además que en sus entrañas guardan esos países fabulosos ricos tesoros, que vá ofreciendo á los soberanos, sin que ninguno le haga caso.

—¿Y llamais ilusiones á esas creencias?

—Pues no, doña Beatriz, ¿creeis que en tantos años, y teniendo nosotros varones tan ilustres, no haya habido ninguno hasta ahora que sospeche lo que él? Por otra parte, los sábios más reputados niegan la posibilidad de ese descubrimiento, y sin ir más lejos, ahí teneis al reverendo fray Fernando de Talavera, el confesor de la reina, á quien ha venido recomendado ese genovés por el prior de Santa María de la Rábida, que despues de enterarse de sus proyectos y de saber sus pretensiones, en cuanto nos quedamos solos, porque varios amigos de su excelencia asistimos á la entrevista, nos hizo pasar ratos deliciosos, burlándose con esa gracia, con ese ingenio que Dios le ha dado,

del pobre loco, que hasta ahora no tiene más protección ni más protectores que el venerable fray Juan Perez de Marchena, varón ilustre también, pero tan humilde, tan oscuro, que ha tenido valor para dejar el puesto de confesor de la reina, para retirarse á la soledad y vivir en el estrecho espacio de una miserable celda.

—¿Segun eso, la recomendacion no servirá de nada al extranjero?

—Absolutamente de nada; sin embargo, es un hombre lleno de fé, y para entretener nuestros ócios no tiene precio. El confesor de la reina volverá á recibirle un dia de estos, y es seguro que hasta que se desengañe y vaya á otros países haciendo el mismo ofrecimiento, nos dará espacio suficiente para pasar oyéndole ratos deliciosísimos.

IX.

Beatriz escuchaba con profunda indignación las palabras de aquel hombre superficial, incapaz, no ya de comprender los grandes pensamientos del extranjero, sino ni tan siquiera de abrigar en su pecho compasion hácia él, si era verdad que se hallaba de mente.

Aquel fué un nuevo incentivo para que Beatriz deseara verle, oírle y ampararle.

Entró en la cámara de la reina, y como siempre, la recibió su majestad con el mayor cariño.

X.

—Me parece, señora,—dijo Beatriz á la augusta soberana,—que voy á proporcionar en breve á vuestra majestad una ocasion de hacer un beneficio.

—Ya sabes, Beatriz, que esas ocasiones son las que más ventura ofrecen á mi alma. ¿Se trata de alguna protegida?

—¡Oh! No, señora: es un protegido.

—¿Tal vez algun soldado que se ha distinguido en la guerra y desea que premie sus servicios?

—No es soldado, señora; es un pobre extranjero, que, segun mis noticias, acaba de llegar á Córdoba con el propósito de someter á vuestra majestad un gran pensamiento que ha concebido, y para el cual necesita el apoyo de soberanos tan grandes y magnánimos como el de vuestra majestad y su augusto esposo.

—¿Y es extranjero?

—Sí.

—¿De qué nacion?

—De Génova.

—¿Tú le conoces?

—No, no, señora; pero sé que ha traído una carta de recomendacion del prior de Santa María de la Rábida.

—¿De mi antiguo y buen confesor fray Juan Perez de Marchena?

—Del mismo.

—¿Para mí?

—No, señora; tal vez el venerable anciano no se ha atrevido á molestar á vuestra majestad, y ha rogado á fray Fernando de Talavera que interprete cerca de vuestra majestad sus vehementes deseos.

—En cuanto venga á verme, le sorprenderé preguntándole por su recomendado.

—Yo hablaré hoy con él, y si, como creo, sus proyectos son dignos de proteccion, tendré el mayor placer en contribuir á que el pobre extranjero halle en la reina más magnánima del mundo el amparo que solicita.

XI.

Viva fué la curiosidad que estas palabras despertaron en Isabel I.

Pero tenia aquel dia que presidir su Consejo particular, porque aunque ya con su casamiento habia sentado las bases de la unidad monárquica de España, sin embargo, Isabel, reina de Castilla, tenia su Consejo particular para tratar de los asuntos de los reinos cuyo cetro empuñaba, y los negocios le hicieron olvidar las insinuaciones de su camarista.

XII.

Beatriz aguardó, en la cámara que ocupaba cuando estaba de servicio, la llegada de Colon.

No habia trascurrido mucho tiempo, cuando su paje Beltran se presentó, anunciándole la presencia del extranjero.

Colon no tardó en hallarse por la primera vez frente á frente de doña Beatriz.

XIII.

El hombre que habia entrado con paso seguro y majestuoso en el palacio del confesor de la reina, el genio que habia sido fuerte y habia resistido con dignidad las burlas de los comensales del ilustre prelado, al penetrar en aquella estancia adornada con régia magnificencia, al acercarse á aquella mujer en cuyo rostro se pintaba la bondad, temblaba como un niño y sentia en su rostro ese calor que nace de la emocion cuando el hombre se acerca por la primera vez á la mujer que, con una sola mirada, se ha apoderado de su alma.

XII.

Beatriz aguardó, en la cámara que ocupaba cuando estaba de servicio, la llegada de Colón. No habia transcurrido mucho tiempo, cuando su paje Beltrán se presentó, anunciándole la presencia del extranjero.

Capítulo XVI.

Alegría y dolor.

I.

El momento era solemne.

—Dispensadme, señora,—dijo Colón,—si me he atrevido á llegar hasta vuestra presencia para implorar vuestro amparo.

Sé que tenéis un corazón generoso, sé que habéis sido desgraciada, y los que sufren saben compadecer.

—Hablad, caballero, hablad sin temor alguno,—dijo Beatriz.—Sois extranjero, no tenéis en este país ni familia, ni amigos; por esto, y por vuestra desgracia, tenéis derecho para exigir la protección de todas las personas que saben apreciar la virtud y el talento, y que comprenden la desgracia.

II.

Colón, que no se había atrevido á alzar los ojos de

lante de aquella hermosa mujer, cruzó con ella una mirada, que avivó el fuego de su pecho.

—Pues bien,—dijo;—permitidme ser franco. Yo he venido á la córte de España con la esperanza en el corazon. Dios ha querido que os conozca; Dios ha querido que desde que estoy en esta hospitalaria tierra no haya escuchado más que elogiar vuestra virtud, vuestra grandeza de alma.

Un pobre padre llora á su hija perdida; la casualidad hace que sea mi guia en el viaje; me confia sus penas y llora la desgracia de su hija.

Llega á Córdoba, y sabe que Dios se ha compadecido de sus desventuras y os ha escogido á vos como instrumento de su misericordia.

La pobre niña, seducida, encuentra en vos amparo, y su desdicha se convierte en ventura. Vos, señora, habeis trocado en lágrimas de felicidad las lágrimas de dolor de un pobre padre.

Poco despues una extraña coincidencia me hace escuchar,—perdonad que evoque este recuerdo;—me hace escuchar la triste historia de vuestro padre.

—¿Luego sabeis?...—preguntó Beatriz.

—Sí, sé que el dolor ha sido el compañero de vuestra infancia, el único amigo de vuestra juventud, y yo, que tambien he sufrido; yo, que he nacido en pobre cuna, que esclavo de un deseo de mi vida, he abandonado mi patria para buscar en otro país ancho campo á la ambicion de gloria que devora mi pecho; yo, que he vivido en países extraños y que he contado mis desdichas por los dias de mi existencia; yo, que he perdi-

do todos los séres que han despertado algun cariño en mi corazon, y que, calumniado por unos y no comprendido por otros, vengo siendo la mofa de cuantos oyen mis proyectos; yo, que he llegado á pié y que he implorado la caridad á las puertas del convento de Santa Maria de la Rábida; yo, que he venido aquí con nuevas esperanzas, acaso, acaso á buscar nuevos desengaños, he comprendido, que si he de hallar aquí un consuelo, que si he de hallar un alma bondadosa que se apiade de mí, que me lleve á la realizacion de mis sueños, ese consuelo sois vos, señora; vos, que podeis comprenderme y tal vez estimarme, vos, que gozais haciendo bien.

III.

El lenguaje del extranjero impresionó vivamente á Beatriz.

—No os habeis engañado,—le dijo;—yo tambien, lo confieso, apenas he sabido vuestra llegada y he tenido noticia de vuestros proyectos, sin saber por qué, sin poder comprender la importancia de vuestras ideas, porque pobre mujer, sólo sé sentir las desdichas de mis hermanos y gozar con sus alegrías, he deseado prestaros mi débil apoyo, y ya su majestad sabe vuestra llegada.

—¿Qué decis, es posible?

—Sí, una casualidad me ha hecho saber que estuvisteis ayer á ver al confesor de la reina.

—Es cierto.

—Que os escuchó con incredulidad, que os calificó

de visionario: los que estaban en torno suyo cuando le visteis, han empezado á anunciar vuestra llegada, á comentar vuestros proyectos, y yo he querido, antes de que esos rumores lleguen á oídos de la reina, interesarle en vuestro favor.

—¿Con que es decir, que podré verla, que podré hablarla, que podré echarme á sus piés para implorar su proteccion?

—Sí,—dijo Beatriz.—Dios se ha apiadado de vuestras desdichas, y me ha inspirado un vivo deseo de realizar vuestras esperanzas.

Colon cayó á sus piés.

IV.

—Permitidme, señora, que os muestre de este modo mi gratitud.

Y cogiendo su mano la besó respetuosamente.

La emocion pudo más que el temor.

V.

Al levantarse, vió Beatriz en sus ojos una furtiva lágrima.

—Deseo conocer á fondo vuestra historia,—le dijo.

Colon iba á suplicarle su permiso para verla, cuando llegaron á anunciar á Beatriz que la reina habia salido del consejo, y que la llamaba.

VI.

—Tengo que dejaros,—añadió.

—¿Pero podré volver á veros?

—Sí.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Dios lo dirá,—contestó Beatriz.

VII.

Y se alejó rápidamente, al mismo tiempo que Colon, ébrio de gozo, abandonaba la estancia, y estrechando la mano de su paje Beltran, á quien halló á la puerta:

—Doña Beatriz es un ángel,—le dijo.

—¡Ah! No sabeis lo que vale,—contestó Beltran entusiasmado;—ni con mi vida podria pagarle todo cuanto le debo.

VIII.

Colon abandonó el Alcázar, y como que le ahogaba la emocion, salió maquinalmente por la Puerta del Puente á respirar el aire puro de la vega.

IX.

¿Cómo habia de dudar en aquellos momentos del triunfo de su empresa?

¿Qué mayor ventura que la suya?

A los pocos dias de llegar á la córte de España habia logrado interesar en su favor á la servidora más inmediata, á la amiga más íntima de la reina, y tener por protectora á una mujer tan angelical, era prueba

segura de que la Providencia habia decretado ya en sus altos designios premiar sus afanes y desvelos.

X.

Los hombres de genio pasan de la confiada juventud, á la incrédula vejez en un instante.

Todo lo veia el noble genovés de color de rosa.

El cielo le parecia más puro que nunca.

La brisa más suave, más perfumada.

La idea del bien llenaba su corazon.

¿Qué le importaba que fuesen pobres sus vestidos, que estuviesen á punto de agotarse los escasos recursos que para vivir algun tiempo en Córdoba le habia proporcionado el prior de la Rábida?

Pobre y todo, no se hubiera cambiado en aquellos instantes por los soberanos que habian desechado sus proyectos.

XI.

Dominado por sus ideas y halagado por sus esperanzas, anduvo largo trecho sin saber por dónde, perdiéndose entre los árboles; y ya no sabia por dónde volver, cuando quiso su buena suerte que encontrase á su compañero de posada Martin Carrasco.

He dicho antes que los hombres de genio se convierten á veces en niños, y cuando más se verifica este fenómeno, es cuando su alma, llena de emocion, necesita á toda costa la confianza para desahogarse.

XII.

Colon, que ya tenia muchos motivos para conocer á los hombres, olvidando sus desengaños, no pudo ménos, al reconocer á Martin Carrasco, de tenderle la mano, de estrechársela con efusion, y de darle á entender que su corazon rebosaba de alegría.

Y sin embargo, hacia muy pocas horas que habia hallado en el mundo á aquel hombre, ignoraba las condiciones especiales de su carácter, y lo único que sabia de él era que le agradaba la guerra y que habia muerto á un hombre en una pendencia.

La rudeza, la soltura, la mala educacion, los instintos vulgares de aquel hombre, hacian en otras circunstancias imposible todo lazo de afecto entre el soldado y el sábio.

Pero el sábio en aquellos momentos era un pobre niño, dominado por un sentimiento que llenaba toda su alma, y como necesitaba un amigo, un confidente, prestó las bellezas que sobraban á su corazon á aquel hombre vulgar, y le trató con la expansion, con el afecto que se trata á un hermano.

XIII.

—O mucho me equivocó, ó estais de buen humor,—dijo Martin Carrasco.

—Sí, amigo mio, lo estoy; ¿para qué ocultároslo?

—¿Eso quiere decir que vuestras pretensiones van viento en popa?

—Lo habeis acertado.

—Os doy mi parabien, aunque no debe darse por esperanzas, y yo supongo que aun no habeis llegado al terreno de la realidad.

—En efecto, aun no he llegado á él, pero la distancia se ha acertado.

—¿Habeis visto al confesor de la reina?

—Sí.

—¿Y os ha ofrecido protegeros?

—El no.

—Entonces habeis encontrado el apoyo de algun otro noble señor. Desconfiad, señor Colon, desconfiad, que en la córte no es oro todo lo que reluce. Se empeñan mil palabras, pero de cada mil se cumple una.

—Mi protector no ha podido engañarme; tiene un corazon demasiado noble para gozarse en convertir en duda la esperanza que ha sabido despertar.

—Mucho me temo que os dejeis seducir por las ilusiones. Si yo creyera en todas las palabras que me han dado, á estas fechas seria cuando ménos capitán. Pero del dicho al hecho... Yo soy muy ducho en las cosas de la córte, y si sois más franco conmigo, si me decís el nombre de vuestro protector, tal vez os sacaré de dudas, porque hay muy pocos nobles á quienes no conozca.

—Permitidme que no os diga su nombre,—añadió Colon, que estuvo á punto de pronunciar el de Beatriz.

—¿Es un secreto?

—Sí.

—¡Bah! Si vos no me lo decís, no tardaré en sa-

berlo, porque en la córte precisamente es donde ménos tiempo duran los misterios.

Esta teoría impresionó á Colon.

XIV.

—No se trata de ningun misterio,—dijo, decidiéndose á revelar el nombre de Beatriz, para que si se llegaba á saber, no pudiese nadie imaginar que existía entre los dos causa alguna para ocultar ella que le amparaba, él que merecía su apoyo.

—Cuando lo ocultais tanto...

—Para probaros que al ocultarlo no he obedecido más que á un sentimiento de delicadeza, porque sé que la persona que me protege, más que por otra cosa, es por que ha visto en mí á un extranjero, á un desvalido...

—¿Aspira á hacer el bien sin ostentacion de ninguna clase? Pues entonces, sed franco, ¡qué diablo! Con los amigos no hay que andarse en tapujos.

—¿Os acordais,—dijo Colon,—de aquel aldeano que me acompañó en mi viaje?

—Pues no he de acordarme.

—Pues bien, á él se lo debo todo.

—¿A un pobre diablo? ¿Por ventura tiene valimiento en la córte?

—No; pero una hija suya es camarista de una de las damas á quienes más estima la reina.

—¿Doña Beatriz Enriquez de Córdoba?

—Precisamente, la ha hablado en mi favor.

—¿Y doña Beatriz ha resuelto protegeros? Recibid mi enhorabuena, porque es lo que se llama toda una protectora.

—Ya veis que...

—Nada, nada; estais en buen camino, y no creais que en pago de sus bondades os pida los homenajes que otra cortesana os exigiria. Doña Beatriz, todo el mundo lo sabe, es incapaz de sentir el amor en su pecho, es fria como el mármol.

XV.

Estas palabras demostraron á Colon que habia hecho mal en ser tan expansivo con el soldado.

Le hizo daño que pronunciase Martin Carrasco el nombre de aquella mujer, que era para él un ídolo.

Procuró cambiar de conversacion, y para ello encontró el medio con mucha facilidad.

XVI.

—Contadme algun episodio de las batallas en que os habeis hallado,—le dijo.

Martin Carrasco no deseaba otra cosa, y le dió conversacion hasta llegar á la posada.

Pero al sentarse á la mesa, como las noches anteriores, animado de buenos deseos, porque simpatizaba con Colon:

XVII.

—Ved aquí, compañeros,—dijo á los huéspedes,—

un hombre afortunado. Aun no hace cuatro días que está en Córdoba, y en su pretension ha encontrado un patrocinador de los más poderosos.

Todos los circunstantes preguntaron al extranjero si eran ciertas las palabras de Martín Carrasco, y al dar su afirmación, le felicitaron cordialmente.

Maese Repulgo se enteró de lo que hablaban, y acercándose al huésped:

—¿Supongo que no me dejará vuesa merced tan pronto?

—No, amigo mío; todavía no tengo más que esperanzas.

—En ese caso,—dijo maese Repulgo, sonriéndose,—aun podemos vivir bajo el mismo techo durante mucho tiempo.

XVIII.

Colón, agasajado por los demás huéspedes, sentía una pena que le mortificaba.

Le pesaba en extremo la confianza que había hecho, no por que creyera con ella haber perjudicado á nadie ni haberse perjudicado á sí mismo, sino por que era, en efecto, doloroso haber dado parte de su emoción á personas incapaces de comprenderle, y que, ó se olvidarian de su felicidad, ó no hallarian en ella más que motivo de envidia por lo pronto, y de burlas más tarde, si tardaba en realizar sus ilusiones.

XIX.

—He obrado con harta ligereza,—se decía,—y ex-

puesto á la maledicencia del vulgo á mi protectora al declarar en un momento de expansion su nombre. ¡Oh! Para castigarme deberia renunciar á su apoyo.

Pero esto no era posible.

En aquellos momentos hubiera renunciado con más facilidad á sus grandiosos planes, que á la dicha de volver á hallarse en presencia de Beatriz.

Colon sentia que la amaba.

Separándose de sus huéspedes antes que las otras noches, salió de la posada, y aunque á pesar suyo, obedeciendo á una fuerza misteriosa, se dirigió á casa de Beatriz.

XX.

Mientras tanto, sus compañeros de posada se quedaron hablando de él.

—Es demasiado cándido,—decia uno.

—Se conoce que ignora los usos de la córte.

—¿Y quién os dice,—añadió un tercero,—que doña Beatriz, que hasta ahora ha rechazado los galanteos de cuantos se han acercado á obsequiarla, no se ha prendado del extranjero? Es apuesto, jóven aún...

Sobre este tema giró la conversacion, prolongándose hasta que Martin Carrasco pidió á maese Repulgo unos dados, y se puso á jugar con algunos de los circunstantes.

XXI.

Entre tanto, Colon entró en casa de doña Beatriz, preguntó por Beltran, y este, apenas le vió, sin darle

tiempo á que le explicara el objeto de su visita, corrió á anunciar su llegada á su ama.

Beatriz se estremeció.

Era demasiado atrevimiento el de su protegido.

Al pronto quiso negarse á recibirle, pero por otra parte,

—¿Quién sabe si me necesita?—se dijo.—Su traje indica que no está muy sobrado de recursos; tal vez le apremia la realizacion de sus planes, tal vez desea que me interese pronto en su favor.

Estas reflexiones y un sentimiento que no podia explicarse todavía, le hicieron mandar al paje que introdujese en su estancia á su protegido.

Capítulo XVII.

Dicha y desdicha.

I.

Al hallarse Colon cerca de Beatriz, que le recibió con la mayor bondad, quiso disculpar su atrevimiento, demostrándole que la ligereza del paje era la que habia sido causa de que llegase hasta su estancia, porque su objeto sólo habia sido hablar á Beltran.

Pero como esto no era cierto, como no era más que un pretexto que se habia forjado por si acaso parecia su visita intempestiva, en presencia de Beatriz no se sintió con ánimos para engañarla, y dijo:

II.

—Perdonad, señora; he deseado volver á veros, porque me parece cuando estoy cerca de vos, que me siento con mayores ánimos para luchar y con más esperanzas para alcanzar el triunfo.

—Yo os he dado permiso para que vengais á verme cuando gustéis; pero no son muy buenas las noticias que puedo daros hoy acerca de vuestras pretensiones.

—Perdonad que os lo diga; pero en vuestra presencia es tal la gratitud que siento hácia vos, que me olvido de todo, y sólo deseo ocasiones de mostraros cuanto puedo mi reconocimiento.

III.

Las mujeres, cuando no tienen la experiencia que dá la práctica del amor, adivinan en el hombre que les habla cuál es el sentimiento que le inspiran.

Beatriz, observando la timidez de Colon, y al mismo tiempo la vehemencia de sus palabras, comprendió que un sentimiento más profundo, más grande que el de la gratitud, era el que le impulsaba á buscarla.

Pero se detuvo en estas reflexiones, porque temia, si iba demasiado lejos, no poder volverse atrás.

IV.

—Os he dicho,—añadió,—que no son buenas las noticias que tengo que comunicaros, porque despues de nuestra entrevista ha tenido la reina, mi augusta señora, ocasion de preguntarme por vos; yo he hecho lo posible por recordarla lo que antes de veros la habia pedido, y sin embargo, ó mucho me equivoco, ú

otra influencia ha contrareestado la que ejercieron mis palabras sobre su ánimo.

—Y sin embargo, — dijo Colon, — está es quizás la primera vez en mi vida que oigo con indiferencia cuanto atañe al porvenir de mis ideas, porque la satisfacción que experimento al saber que son vuestros deseos tan benévolos, para mí es superior á la mella que causan en mi alma los golpes de la fortuna.

Con haberos inspirado el sentimiento de la piedad hácia mí, me basta. He sido muy desdichado, y comprendo cuánto vale hallar en el mundo un alma bondadosa.

A ruegos de Beatriz, le refirió Colon toda su historia.

V.

¿Por qué al hablarla de su union con Felipa, en vez de detenerse á describir la inmensa felicidad que habia disfrutado en su compañía, sólo le habló con insistencia de sus desdichas al ver que la muerte le habia arrebatado la mujer que habia podido comprenderle?

¿Por qué Beatriz, sin explicarse lo que le pasaba, experimentó un pesar insidioso al saber que aquel hombre habia sido ya amado por una mujer?

¿Por qué se presentó á los ojos del marino como una mujer que no creia en la felicidad del amor, que nada esperaba de la que habia cerrado su corazón á sus emociones?

¡Misterios son estos del corazón humano; misterios que obedecen á la voluntad de la Providencia!

VI.

La expansion y la confianza de sus dos almas acortó más aún la distancia que los separaba.

—¿Me permitireis que vuelva á veros?—dijo Colon á Beatriz.

—Volved cuando gustéis,— respondió esta.— Soy muy jóven aún para decir que os profeso un afecto muy parecido al que os tendria vuestra madre; pero ¿para qué ocultároslo? En mí hallareis siempre el afecto de una hermana.

Era muy poco.

Colon mismo, casi olvidado de las ideas que le animaban, sintió en extremo que las desgracias de aquella mujer hubieran convertido, al parecer al ménos, su corazón en frio mármol.

Ignoraba todavía que debajo de aquella frialdad se ocultaba un volcan, un volcan comprimido.

Más de una hora hacia ya que la campana de la catedral habia recordado á los vivos sus deberes para con los muertos.

VII.

Colon abandonó, sin saber lo que le pasaba, la morada de aquella mujer, que habia cambiado por completo su modo de ver.

Al salir, no bien hubo andado algunas pasos, tropezó con un bulto.

—¡Calle! ¿Sois vos, señor Colon?—dijo un hombre que se tambaleaba.

En la voz reconoció en seguida al soldado Martin Carrasco.

—No desperdiciáis el tiempo por lo que veo,—añadió el soldado, dándole á entender por el tono de su voz que estaba más alegre que de costumbre.

—¿Qué decís?—exclamó Colon.

—¡Já, já, já! Veo que sois un pretendiente en toda regla; no dejais á sol ni á sombra á vuestra amable protectora.

—¡Martin Carrasco!—exclamó Colon con acento de reconvencion.

—No lo podeis negar. Os he visto salir de la morada de doña Beatriz Enriquez de Córdoba.

—Mentís.

—Si me decís que miento, voy á creer que hay algo más entre vos y ella que el deseo de ser protegido y el de proteger.

VIII.

Colon, indignado, fué á arrojarse sobre él; pero notando que no estaba en su cabal razon:

—Os disculpo,—le dijo,—porque veo que no estais en vuestro cabal juicio, y para que veais que no os guardo rencor, venid conmigo á la posada, y buscad reposo en el lecho.

—¿Yo acompañaros? De ningun modo; he jugado y ganado. Es cierto que he bebido más de lo regular, pero no importa. Yo sé dónde se pasa la noche alegremente, y puesto que he ganado y estoy de buenas, voy á ver si aumento mi fortuna y regalo mis sentidos. Adios, y buena suerte.

El soldado se alejó.

Colon pensó que al dia siguiente se habria olvidado Martin Carrasco de su nocturna entrevista.

Desgraciadamente no fué así.

IX.

Aquella misma noche fué el soldado á una casa de mal vivir, en donde se reunian algunos compañeros, toda la gente perdida de Córdoba, y en donde se jugaba y se rendia culto al amor profano.

Allí, en medio de los tahures y de las barraganas, manchó el nombre de Beatriz pronunciándole, y al ver que sus palabras producian efecto, en vez de contar simplemente que habia visto salir de la puerta de su casa á Colon, calumnió á su protectora.

X.

Al dia siguiente se habló en la córte de aquel suceso, y como no faltaban personas á quienes convenia que otra dama ménos escrupulosa que Beatriz disfrutase del favor de la reina, fué un arma poderosa que

emplearon algunos palaciegos para desacreditar á Beatriz á los ojos de su soberana.

Beatriz nada supo, y al dia siguiente, cuando fué á ver á la reina, deseosa, con la mejor buena fé del mundo, de hacer algo en favor de Colon, aprovechó un momento oportuno para preguntarla si su confesor la habia hablado.

XI.

—Veo que te interesas mucho por ese extranjero,—le dijo la reina, á cuyos oidos habian llegado rumores de la visita que habia hecho Colon la noche anterior á Beatriz.

—Vuestra majestad sabe los motivos que tengo para interesarme en su favor.

—Sé más aún; sé que le recibiste anoche y que salió bastante tarde de tu casa.

Las megillas de Beatriz se encendieron.

Aquellas palabras, dichas sin ánimo de ofender á la jóven, y pura y simplemente como una muestra de confianza y afecto hácia ella por parte de su reina, hirieron profundamente su corazon.

Más tarde oyó, sobre poco más ó ménos, las mismas alusiones á algunas otras damas de la córte.

Sufrió lo que no es decible.

XII.

—¡Dios mio, Dios mio!—se dijo.—¡La calumnia ha podido cebarse en mí! La desgracia de ese hombre es

inmensa, y sin embargo, ya es imposible que le proteja; mi desinteresado afecto hácia él se consideraría como el fruto de una debilidad.

¡Oh! no, no volverán mis lábios á pronunciar su nombre en Palacio, y yo misma procuraré cuanto antes retirarme para siempre de los que no comprenden la bondad si al mismo tiempo no la calumnian.

Cuando llegó á su casa no pudieron ménos de notar en su rostro sus camaristas, y sobre todo Inés, la agitacion que la dominaba.

A sus preguntas no respondió, y llamando á Beltran, despues de haber escrito en un papel algunas líneas con febril mano:

XIII.

—Lleva esto al extranjero que vive en la posada inmediata,—dijo al paje.

Poco despues recibió Colon la misiva.

—«No volvais nunca á verme,»—le decia Beatriz.

—¿Qué es esto, Dios mio?—exclamó Colon, presa de una horrible angustia.

Quiso llamar al paje para preguntarle lo que habia pasado; pero habia desaparecido.

Volvió á leer muchas veces la carta, notó en los caractéres, que los habia trazado una mano febril, quiso ver á Beatriz, hablarla; pero la órden que le daba era terminante.

XIV.

Aquel golpe, despues de haber confiado, era más terrible que los anteriores.

Colon quedó sumido en el más profundo abatimiento.

Al ver que no bajaba, subió el posadero á informarse del motivo que le retenia en su habitacion, y le encontró frio como la nieve, sin movimiento, exánime.

Inmediatamente fué á llamar á un médico judío, y cuando llegó, el infeliz marino se hallaba dominado por una fiebre espantosa.

Era tal su delirio, tan alarmantes los síntomas que presentaba su enfermedad, que el hombre de ciencia le contó con los muertos.

XV.

Su enfermedad duró bastantes dias.

A pesar de su pobreza, nada le faltó.

Un ángel habia velado á su lado.

Este ángel fué Beatriz.

Capítulo XVIII.

Ardides del amor.

I.

Beatriz supo al día siguiente por su paje Beltran que su protegido estaba enfermo.

Maese Repulgo, que no las tenia todas consigo acerca de la solvencia de su huésped, cuando le vió enfermo y oyó al doctor recetarle algunas drogas, se creyó con derecho para registrar el limosnero de Colon, y halló unos pocos maravedís, que constituian todo el tesoro del pobre extranjero.

—Pues, señor, esto va mal,—se dijo;—yo bien conozco que la caridad me ordena hacer cuanto pueda por el prójimo; pero si luego no puedo resarcirme de los gastos que haga en su beneficio, y no consigue realizar su pretension, habré ganado mucho para el cielo, pero lo que es para la tierra nada absolutamente.

II.

Y partiendo de este principio poco generoso y nada cristiano,

—Pues lo que es yo,—se dijo,—no he de desatenderle ni perder mi dinero.

Y obedeciendo á una idea que cruzó por su imaginacion, y como habia oido á los demás huéspedes, y aun al mismo Colon, que era su protectora doña Beatriz Enriquez de Córdoba, se dirigió á casa de la dama de la reina, y el primero á quien halló fué á Beltran.

III.

Además de conocerle por ser vecino, recordó que el paje habia estado una ó dos veces á visitar á su huésped, y celebró mucho su encuentro.

—Venia á buscaros precisamente,—le dijo.

—Pues ¿qué ocurre?

—Una desgracia.

—¿Que me interesa?

—No tanto á vos, segun creo, como á vuestra señora.

—¿Se trata del huésped extranjero que teneis en la posada?

—Precisamente se trata de él.

—¿Qué ocurre?

—Que está enfermo.

—¿Enfermo decís?

—Y de bastante gravedad.

—¿Habeis llamado á algun curandero?

—He mandado á buscar á Levi, y le ha recetado algunas yerbas; pero poniendo muy mala cara al verle.

—Segun eso, creéis...

—Que está en peligro.

—Y él os envia...

—El no; no puede hablar. Desde anoche no le deja un sólo instante la fiebre, y se ha pasado muchas horas delirando.

Pero yo sé que doña Beatriz se interesa por su suerte, y como es extranjero y no tiene, ni familia, ni amigos en la ciudad, he creido cumplir un deber viniendo á daros noticia de su estado, porque la verdad tambien es que el infeliz carece de recursos. Si yo fuera rico... pero el oficio mio tiene muchas quiebras. En fin, todo lo más que puedo hacer por él es compadecerle.

—Habeis obrado prudentemente viniendo aquí; voy á participar á mi señora la noticia que acabais de comunicarme, y estoy seguro de que dará las órdenes oportunas para que nada falte á vuestro huésped. Id descuidado, que yo no tardaré en volver á veros.

—Pues, señor, acerté,—se dijo maese Repulgo al retirarse.

Beltran subió á su casa, y entró en la estancia de su ama.

IV.

La infeliz sufría mucho, y en su rostro se revelaban los padecimientos de su alma.

Pero Beltran estaba verdaderamente interesado en favor de Colon.

—Señora,—dijo,—tengo que daros una mala nueva. El pobre extranjero por quien tanto os interesais, ha caido gravemente enfermo, y segun acaba de decirme el posadero en cuya casa está de huésped, carece absolutamente de recursos para atender al restablecimiento de su quebrantada salud.

Esta noticia produjo una inmensa emocion en Beatriz.

—¡Oh! ¡Dios mio!—exclamó.—El, enfermo, en un país extranjero, completamente solo, y en una miserable posada. Beltran, es necesario que ahora mismo corras á su lado; que no te separes de él, y procures que no le falte nada.

—Os doy gracias, señora, porque me designais paravelar á su cabecera, y yo os prometo desde luego que haré cuanto me sea posible para lograr aliviar su desgracia.

—Sobre todo, ven á decirme de cuando en cuando cómo se halla.

Y cuando se quedó sola, porque Beltran se preparaba á obedecer su mandato:

—¡Dios mio, Dios mio!—dijo.—Apiádate de él. Le he ofrecido un cariño de hermana, y su muerte llenaria de luto mi corazón.

V.

Beltran no tardó en llegar al lado de Colon.

El pobre enfermo no le reconoció siquiera.

La fiebre le devoraba.

Su delirio era espantoso.

Unas veces agitándose convulsivamente en el lecho:

—No lo dudeis,—gritaba,—os he ofrecido tierra, y o tardaremos en pisarla; pero remad sin miedo, centuplicad las fuerzas: no queráis perecer al borde de la orilla. ¡Animo, amigos, ánimo!

Y al decir esto, se agitaba como si también él remase en medio del Océano borrascoso.

Otras veces:

—Callad, callad,—decía.—¿No escucháis esa música que llega hasta mi alma? Son los sonidos del órgano.

Estamos en la casa del Señor. La imagen de la Virgen tiene á su alrededor una aureola de luces; ¡prosternáos ante ella; orad, orad, hermanos míos!

Otras:

—Es ella, sí,—balbuceaba.—Se adelanta con paso majestuoso hácia mí; sus negros ojos son el emblema de la bondad, ella me amparará.

¡Ah! ¡Dios mío! ¿Por qué no me dejáis ver en el fondo de su corazón? ¿Qué sentimientos tiene hácia mí? ¿Es la felicidad, ó la desgracia? ¿Me acaricia, ó me hiere? No, no os la lleveis, no me separéis de su lado.

VI.

Después de estos momentos de exacerbación caía en una especie de sopor, y permanecía largo tiempo

sin moverse; pero con la respiracion agitada y cavernosa.

Al mismo tiempo un sudor frio bañaba su frente y sus manos.

No reconocia á ninguno de los que estaban á su lado.

Sólo al oir la voz de Martin Carrasco, que entró á informarse de su estado, se estremeció, y pugnando por levantarse,

VII.

—Sí, sí,—dijo,—es un asesino, él nos ha separado. ¡Ah! Apartadle de aquí, apartadle. Quisiera beber su sangre.

Beltran fué por la tarde á comunicar á su ama todo lo que habia visto, y despues de recibir sus órdenes, volvió de nuevo á la posada y buscó á maese Repulgo.

VIII.

—¿Qué pensais del enfermo?—dijo á este.

—Yo no doy un maravedí por su vida.

—¿Quién sabe?—contestó Beltran.—Pero oid; tengo que hacer os una proposicion.

—¿De parte de vuestra ama?

—Eso no os interesa; figuráos que soy yo, pura y simplemente yo, quien os habla.

—Sea enhorabuena; decid.

—¿Cuánto quereis por despedir á vuestros huéspedes?

—Eso es muy grave.

—No os aprovecheis de la ocasion; decidme cuánto os produce su estancia en vuestra casa, y puede ser que nos arreglemos.

—Los que están de asiento me hacen ganar diariamente treinta maravedís de plata; pero eso es lo de ménos: los que pasan aquí una noche, los que van y vienen durante el dia, me producen el doble.

—Pues bien: yo voy á daros tres doblas cada dia, que es mucho más de lo que ganais; pero vais á desalojar la posada.

—Es muy difícil. No hay otra más barata que la mia. Mis huéspedes son pobres, y por otra parte, es jugarles una mala pasada plantarles en la calle.

—El dinero ¿no os hace aguzar el ingenio?

—Yo bien quisiera ganar lo que me ofreceis; y si eso fuese siempre...

—Lo será mientras dure la enfermedad de Colon, y despues que se restablezca, si como es de esperar, Dios oye nuestras súplicas, hasta que logre recuperar las fuerzas perdidas... Con que, ¿qué respondeis?

—Amigo mio, me da lastima perder una ocasion tan favorable para mí, porque la verdad es que si recibo algo más de lo que gano hoy, y no tengo que dar nada en cambio... Pero francamente, soy muy cristiano, incapaz de hacer una mala obra á nadie, y estoy seguro de que causo un perjuicio, y no flojo, á mis huéspedes si les digo que se marchen de aquí.

—Teneis un medio de conseguir vuestro deseo sin necesidad de despedirlos.

—Un medio, ¿cuál?

—Un medio eficacísimo.

—Pues hablad, hablad pronto, que si tiene la virtud que decís, pronto le pongo en práctica.

—Leví es judío, ¿no es verdad?

—De pura raza.

—¿Ama el dinero?

—Más que á su vida.

—¿Teneis alguna influencia sobre él?

—Como que le proporciono la mayor parte de sus ganancias.

—Pues bien: en ese caso él os puede ayudar. Nada más fácil que indicar á los que le pregunten que la enfermedad del extranjero es contagiosa.

—Ya os comprendo; ¡sublime idea!

—Puede añadir que no tendria nada de extraño, que si se contagiaba alguno con su mal, se desarrollase una peste. En otras ocasiones, forasteros han sido los que han infestado las ciudades con epidemias.

—Teneis razon.

—Estas palabras, dichas por un hombre de ciencia, bastarian para que vuestros huéspedes y todos los arrieros se marchasen en seguida, y no volviesen por aquí en ningun tiempo. Si la noticia circulaba, se alejarian, no sólo ellos, sino los vecinos huirían tambien y no pasarian por la calle en algun tiempo. ¿Os acomoda el plan?

—Es excelente.

—Pues ahí teneis á cuenta quince dias de salario.

—¿Y si no dura tanto la enfermedad?

—Mejor, eso ganais.
 —Pues entonces, voy á ver á Leví y á prepararle.

IX.

En efecto: se entendió con el médico judío, y al llegar, precisamente cuando todos los huéspedes estaban reunidos en el hogar, despues de haber visitado al enfermo, entró pidiendo agua para lavarse las manos, y con aire de misterio mandó á una de las criadas que calentase unas tenazas y quemase con ellas un poco de vinagre que mandó echar en una cazuela.

X.

—¿Por qué hará eso el curandero?—dijo uno.
 —Mala espina me da,—contestó otro.—Eso se hizo cuando la última peste.

—¿Qué tal sigue el enfermo?—preguntó maese Repulgo en alta voz para que lo oyeran los circunstantes.

Todos prestaron atencion.

XI.

—No está muy bueno, y temo que su mal vá á traernos á todos fatales consecuencias.

—Pues ¿qué tiene, qué tiene?—preguntaron todos con avidez.

—Nada, poca cosa; pero lo que es él entrega el pellejo. Sensible, muy sensible seria que él muriese; pero más temible lo que puede venir detrás.

—Vamos, señor Leví, sea usted franco, y díganos lo que pasa.

—Casi es en mí un deber no ocultarlo. Al fin y al cabo, quien huye de la ocasion evita el peligro.

—Oid,—dijo á aquellas gentes, que se levantaron para acercarse á él;—ó mucho me equivoco, ó la enfermedad que tiene el huésped es uno de esos males terribles que inficionan el aire que respira el enfermo, y desarrollan epidemias en la ciudad.

Al decir esto todos se estremecieron.

—Por Dios, señor Leví,—dijo maese Repulgo,—¿qué es lo que dice vuestra merced? ¿No veis que me arruinais? Eso no pasa de ser una suposicion, y estoy seguro de que todos los que la han oido van á poner piés en polvorosa.

—Y tanto como lo haremos,—dijo uno.

—No, hasta ahora no hay cuidado,—añadió el astuto curandero.

—Pero todas las epidemias han empezado así. Al fin, ese hombre es extranjero, puede haber traído de su nacion el mal, y seria una lástima...

—Maese Repulgo, maese Repulgo,—exclamaron algunos,—diga qué le debemos y que lo pase bien.

—Esto es horrible,—exclamó el posadero;—este hombre vá á perderme.

—Poca cosa se pierde,—dijo Martin Carrasco,—aunque no se perderá, porque tambien vuesa merced, á pesar de estar gordo, correrá como un galgo. Ea, en marcha, señores.

XII.

Maese Repulgo, fingiendo un sentimiento que no tenia, ajustó cuenta con unos, dejó escapar á otros, y en diez minutos quedó desierta la posada.

No fué esto lo peor, sino que los que huian refirieron á los que se hallaban en la calle los motivos de su fuga, y en un momento se puso el barrio en conmocion.

XIII.

Cómo todo estaba preparado, mandó llamar doña Beatriz á uno de los médicos de Palacio para que vieran al enfermo, y este, despues de visitarle, tranquilizó á Beatriz y á las personas allegadas á la córte que habian oido los rumores de un caso de peste.

—No es nada,—dijo,—es una fiebre, hija más que de causas físicas, de padecimientos morales. El descanso y el cuidado le sacarán adelante.

Pero el vulgo no quiso dar crédito á este pronóstico, y Beatriz logró lo que deseaba: la soledad en torno de su casa y de la posaba en donde yacia Colon.